Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

LA NOVELA

en Colombia

TESIS PARA EL DOCTORADO

EN FILOSOFÍA Y LETRAS

PRESENTADA POR

ROBERTO CORTÁZAR
Colegial de número



BOGOTA
IMPRENTA ELÉCTRICA, CALLE 10, N.° 168
1908

Al Sr. Dr. D. Eduardo Posada, respetuosamente El Autor

Bog. oct. 30/1908

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

LA NOVELA

en Colombia

TESIS PARA EL DOCTORADO

EN FILOSOFÍA Y LETRAS

PRESENTADA POR

ROBERTO CORTÁZAR

Colegial de número



BOGOTA

IMPRENTA ELÉCTRICA, CALLE 10, N.° 168

1908

RECTOR DEL COLEGIO

Señor Doctor Don Rafael María Carrasquilla

PRESIDENTE DE TESIS

Señor Don Antonio Gómez Restrepo

CONSEJO DE EXAMINADORES

Señor Don Antonio Gómez Restrepo

Señor Presbítero Don Jenaro Jiménez

Señor Doctor Francisco de P. Barrera

A MIS PADRES



A MIS HERMANOS

Al Señor Doctor

Don Rafael María Carrasquilla



Al Señor

Don Antonio Gómez Restrepo



INFORME

DEL PRESIDENTE DE TESIS

Bogotá, 7 de Octubre de 1908

Señor Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

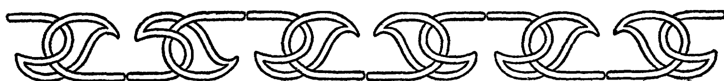
He leído la tesis que ha escrito el Sr. Roberto Cortázar para su Doctorado de Filosofía y Letras, sobre el tema de *La Novela en Colombia,* y me permito informar á Su Señoría que este trabajo me parece muy adecuado para el objeto á que se destina, por la novedad del asunto, por el estudio que revela y por el sano criterio literario que lo informa.

Debe aplaudirse la elección que ha hecho el Sr. Cortázar de un tema nacional, que interesa á los propios y merece llamar la atención de los extraños, tanto más cuanto á la parte expositiva acompaña un curioso trabajo bibliográfico sobre las novelas publicadas en el país. Ojalá el ejemplo del Sr. Cortázar fuera seguido por otros jóvenes y abundaran las investigaciones y estudios sobre asuntos nacionales.

Considero, pues, que esta tesis puede aceptarse, y merece también ser publicada por la Imprenta.

Soy de Su Señoría muy atento servidor,

ANTONIO GOMEZ RESTREPO



La Novela en Colombia



INTRODUCCION

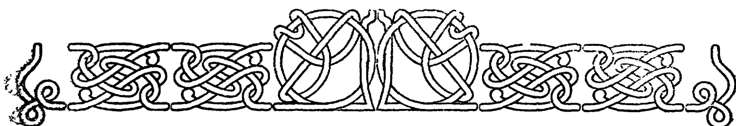
Al intentar un estudio acerca del desarrollo y tendencias de la novela colombiana, no pretendemos reputación de críticos, sino consagrar nuestras fuerzas á lo que es brote de nuestro suelo, para que, mostrando los resultados obtenidos en este campo literario, quizá se despierte en nuestros compatriotas el cariño por nuestra literatura, cuya celebridad, por fortuna, no es de las menores entre aquellas con que justamente se enorgullece el Continente americano.

Y en el terreno de la novela es donde menos se ha mostrado el talento de los colombianos; todos los demás géneros literarios, y en especial la poesía lírica, han tenido, cuál más, cuál menos, apreciable desarrollo. En efecto, dejando á un lado la época que precedió á nuestra Independencia nacional, de aquel glorioso acontecimiento para acá han venido desenvolviéndose, á veces rápida, á veces lentamente los géneros literarios que están más en armonía con el carácter nacional, siendo la poesía y la prosa de aquellos tiempos objeto de serios estudios de parte de críticos eminentes ya nacionales, ya extranjeros, entre estos últimos principalmente el Sr. Menéndez y Pelayo, quien con su

vastísimo talento y profunda erudición ha mostrado tener cabal conocimiento de lo que en cosas literarias atañe á nuestro país.

Tropezamos en el presente trabajo con muchas dificultades, una de las cuales, y no la más insignificante, es la de no existir ó á lo menos no conocer nosotros, ningún estudio que pueda guiarnos con mayor ó menor acierto. Necesario es, pues, que se descubran aquí muchas imperfecciones debidas en parte á la causa que anotamos, en parte á nuestra poca versación. Bástenos, como disculpa á nuestra insuficiencia, el deseo que abrigamos de contribuír en algo al conocimiento de un departamento de nuestra literatura—la novela—cuyo mejor desarrollo y tendencias artísticas parece que aumentan de día en día, si no con obras maestras, á lo menos con ensayos que bien pueden llegar á ser preludio de mejores días para el progreso y civilización del suelo colombiano.





LA NOVELA EN COLOMBIA

Si fuéramos á estudiar la producción novelesca en Colombia á la luz de los principios rigurosamente artísticos, muy poca cosa merecería el nombre de tal, y casi no sería exagerado decir que apenas hemos tenido una obra que pueda calificarse de maestra. El resto son ensayos más ó menos afortunados y originales, y en ellos se marcan variadas tendencias, pudiéndose apuntar que los ensayos de novela realista, pero realista moderada, son una de las manifestaciones más salientes de la novela colombiana. La repercusión del Romanticismo europeo á principios del siglo pasado, tuvo poco y relativo éxito entre nosotros, y si algunos novelones pudiéramos citar de esa época, no son ellos, en verdad, los que forman lo mejor de la producción: la complexión artística de los colombianos parece que no está modelada para producir obras de aquella escuela literaria.

No es nuestro intento hacer una historia completa del desarrollo de la novela en Colombia, apuntando de paso las cualidades salientes de cada autor: ni la extensión de nuestro trabajo lo permite, ni conduciría á nada bueno el historiar obras de ningún mérito literario, á más de que su número es excesivo para ser producto de tan corto tiempo (1). La mayor

(1) D. Isidoro Laverde Amaya, en su *Bibliografía Colombiana*, trae un apéndice de los autores de novelas colombianas, y enumera cosa

parte de esos libros ha quedado sepultada bajo el polvo de las bibliotecas, sin que su lectura despierte hoy mucho interés.

Así pues, solamente estudiaremos aquellas obras que presentan cualidades salientes y que gozan de relativa fama entre nosotros.

Tomando en bloque la novela, nos ha parecido mejor y más expedito hacer de ella una división por géneros, estudiando en cada uno los principales autores; y aun cuando todos aquellos podrían quedar reducidos en último análisis á uno solo—el de costumbres,—siempre es cierto que la división se impone en tratándose de obras que tienen notorias diferencias entre sí. Podríamos, pues, apuntar:

I—Novelas más ó menos realistas ó de costumbres.

II—Novelas históricas.

III—*La María* como perteneciente á un grupo aparte, por contener en sí muchos géneros literarios.

IV— La novela antioqueña, que difiere de las demás y que tiene caracteres propios.

V—Novelistas más recientes.

CAPITULO I

Novela realista

I

Con *El Doctor Temis* se inicia, en cierto sentido, la éra de la novela colombiana, y aun cuando no podamos dar á su autor el título de novelista en el sentido estricto del vocablo, merece especial mención como iniciador de la no-

de 50, algunos de ellos con seis, ocho ó diez obras, lo cual arroja una cifra considerable. Fuera de las que el Sr. Laverde Amaya apunta, las novelas de época posterior forman también un número no despreciable.

Véase nuestro catálogo final.

vela de costumbres, puesta tan en boga hacia la misma época por afamados autores españoles, con quienes llegó á su más completo desarrollo.

Una sociedad perfectamente formada necesita de que se le presenten en forma literaria y novelesca sus propios defectos y cualidades, para que viendo fielmente retratada la imagen de lo que hace y de lo que á su alrededor acontece, sepa mejorar éstas y corregir aquéllos.

Esta necesidad se hacía sentir en tratándose de Bogotá, donde nada se había elaborado hasta la aparición de la obra del Dr. José María Angel Gaitán, quien después de repetir el tradicional "todo está escrito ya," agrega: "Sin embargo, con aplicación á Bogotá, muy poco se ha escrito todavía, aunque de mucho tiempo atrás está exigiendo el público la imagen de lo que hace, imagen que la literatura debe apresurarse á mostrarle, pues que está destinada á corregir así las costumbres, que sin ella de día en día irán mostrándose más descompuestas, como quien, careciendo de espejo, se viste siempre á ciegas."

Con tan loable propósito quiso el Dr. Angel Gaitán presentar á sus lectores un cuadro de la sociedad bogotana de aquellos tiempos en que no resplandecía la justicia, y parece que lo consiguió con talento y conocimiento directo y objetivo de la sociedad que describe, ya que le cupo en suerte vivir en esa época en que por su saber, influencias é integridad estaba al tanto de lo que acontecía en las distintas esferas sociales. El autor de *El Dóctor Temis* escogió para asunto de su obra el estado lamentable del foro de su tiempo en que él mismo tuvo que representar papel interesantísimo en pro de los intereses comunes; y al observar de cerca las depravaciones, congojas y temeridades á que estaban sujetos los habitantes de Bogotá, su pluma de escritor galano encontró amplia esfera de acción y campo fértil donde dejar bien cimentado su nombre y su fama literaria.

Tiene el autor marcada tendencia satírica, y no desperdicia coyuntura ninguna para vapular con el látigo de su

estilo á aquellos monstruos de la sociedad que entonces querían, con audacia é ignorancia, sobreponerse á los que, representando la pública conciencia, habían encanecido en los estudios luchando por el triunfo de la justicia y la verdad sobre la patraña y el error. El capítulo en que presenta á Monterilla, quizá el personaje principal, se distingue por la justa aversión que muestra el Dr. Angel contra los llamados *tinterillos* y que por desgracia abundan todavía en nuestro suelo: hombres que buscan la justicia no para amarla sino para perseguirla, siempre emboscados en los archivos buscando la ocasión de que el mal obtenga sobre el bien victoria completa. Hace el Dr. Angel un análisis curioso acerca de los caracteres distintivos de los *tinterillos*, presentándolos por su triple faz física, intelectual y moral y estudiando las notas salientes en cada una de éstas. Monterilla es el rábula perverso que, no obstante estar rodeado de crímenes, trata de hacer vencer con ardides y mañas sus personales intereses. Y como la trama de la novela está constituída por el triunfo de la verdad sobre el error, la figura del Dr. Temis, como abogado íntegro, forma notoria oposición con la de su famoso antagonista. La justicia se ve eclipsada por unos momentos, pero á la postre queda resplandeciente, gracias á la constancia de su defensor.

Es entonces cuando aparece la personalidad del autor: sus biógrafos nos lo dan á conocer como miembro respetable del foro colombiano, como defensor de la sociedad, de a verdad y del bien, como el hombre que espera el triunfo de su causa á pesar de los que quieran anonadarla, como el tipo del magistrado en el cual no obra sino la rectitud de la conciencia! Bien hayan los que al terminar una carrera semejante, están hondamente poseídos de la necesidad del orden moral, porque "quien estudia las leyes las aprende para respetarlas, siendo un horror execrable escudriñarlas sólo para hacer de ellas el ludibrio de la codicia y el apoyo del latrocinio," dice el mismo Dr. Angel.

Una idea capital, hemos dicho, domina en *El Doctor Temis*: el triunfo del bien sobre el mal. De aquí que sus per-

sonajes, principales y secundarios, puedan agruparse de dos en dos, y formando contraste: el Dr. Temis y Monterilla, La Cisne y la Daifa, Adelaida y Veratrina, etc. Merced á los esfuerzos del primero vence la justicia, y los criminales que un día antes se juzgaban victoriosos, se ven de repente aplastados por su enemigo que no ceja un momento en la lucha por el triunfo de la equidad y la justicia, de la moral sana; y todo esto sin el menor móvil de interés personal, lo que comunica á sus acciones fin noble y elevado.

La figura de Monterilla se destaca sobre las demás, si no por sus hechos que lo hacen aborrecible, á lo menos por la manera enérgica como el autor sabe presentarlo en todas las páginas del libro. Monterilla es el jefe de los ladrones y factor principal de los crímenes que se cometen por la compañía; pero al lado de estas maldades, está adornado de ciertas cualidades que lo hacen interesante: es inteligente, activo, influyente, no se arredra en presencia del peligro y razona con los cinco sentidos. De tal manera que el interés que despierta en el ánimo de los lectores estriba en estas cualidades, que de no existir harían de él un tipo aborrecible y poco natural en la vida ordinaria, ya que en gentes de esa naturaleza suelen encontrarse rasgos sobresalientes de talento, al lado de un egoísmo lamentable. El autor no olvida esto, y de ahí que haga hablar y obrar á sus personajes tal como se presentan en la realidad, condición ineludible para el interés humano de la obra. En la defensa que de Santiago hace Monterilla ante el Juez, se muestra astuto para librar á su cliente, valiéndose de una circunstancia baladí, pero que únicamente podía usarse con un individuo que, como el Juez, no pensaba sino en mejorar de situación monetaria á costa de cualquier sacrificio.

Otro de los personajes, y de los mejores del cuadro por la suavidad con que está dibujado, es la Cisne, tipo de la muchacha virtuosa y recatada, de alma transparente y que no obstante estar bajo la inmediata despótica presión de la

Daifa, logra vencer las asechanzas de sus enemigos y salir ilesa del peligro, merced á la firmeza en el cumplimiento de su deber, porque no pone el último fin en cosas terrenales, ni atiende á los traidores lazos que el enemigo de la inocencia sabe tender por doquiera. Figuras como esas que en medio de la realidad se destacan envueltas en velos de ligero idealismo, son generalmente simpáticas para los lectores; y en el presente caso, cierto sentimentalismo, sus quejas, sus lances peligrosos, su afán por contribuír al triunfo de la justicia y cierta cultura y recato en sus acciones, son una especie de calmante en medio de aquel tinte trágico que se va deslizando por las páginas del libro.

A más de la sencillez del lenguaje, que sin pecar de plebeyo, atrae la atención desde el principio de la narración, nótase el desarrollo lento, firme, sin saltos bruscos, y la presentación oportuna de los sucesos y cierta mesura en lo general: cualidades que revelan al escritor que ha pasado buena parte de su vida consagrado á estudios serios de literatura, de filosofía y de ciencias morales para conocer á fondo la sociedad que describe.

Una novela de la extensión de *El Doctor Temis* debió producir admiración en la capital de la República en los tiempos de su publicación, ya por referirse á sucesos que, como los del célebre Dr. Russi, traían con razón alarmados á los habitantes, y ya también porque la producción novelesca había sido nula hasta entonces. Bien quisiéramos tener á la mano algunas apreciaciones contemporáneas del autor, para formarnos idea del efecto producido en las distintas clases sociales. Y no dudamos que dichas opiniones, si las hubo, debieron ser muy buenas, aun prescindiendo de la ignorancia del público respecto del autor del libro, quien ocultó su nombre por modestia, hasta que después de bajar al sepulcro, uno de sus amigos y admiradores lo dio á la estampa con el verdadero nombre del Dr. Angel Gaitán, produciendo honda impresión en la sociedad la temprana desaparición del escritor que había dejado puesto saliente en la literatura patria.

Leyendo detenidamente la novela del Dr. Angel Gaitán, se ve que su autor estaba adornado de excelentes dotes de escritor vigoroso á la par que sencillo, y probablemente si la muerte no hubiera tronchado en temprana hora su corta existencia, el catálogo de obras nacionales se hubiera enriquecido con otras producciones de su pluma.

II

Otra de las novelas pertenecientes á la mitad del siglo XIX, y una de las más notables del género realista, es *Manuela*, de D. Eugenio Díaz Castro, novela cuyo objeto principal es la pintura de las costumbres de los trapiches de tierra caliente, con pleno conocimiento de ellas, como que su autor vivió largo tiempo en aquellas regiones que dieron margen á su observación constante.

Fuera de muchos cuadros de costumbres del Sr. Díaz, y de artículos de periódico que corren en distintas publicaciones antiguas, bastaría para su fama de escritor la creación de *Manuela*, personaje principal de la obra, y en cierto modo original, digno de alta consideración : representa el tipo de la muchacha sencilla y natural, poseedora de un corazón que sabe sentir profundamente lo que vale el pedazo de tierra donde por vez primera se abren los ojos á la luz, y sintetiza las aspiraciones de una clase de la sociedad que no por ser la más humilde, deja de encerrar fructuosas enseñanzas y elementos de arte, y que ha sido cantera inagotable explotada por célebres escritores con el cincel de la pluma.

Hay en el libro del Sr. Díaz una lucha constante en pro de la clase proletaria de las tierras calientes, extorsionada en aquellos tiempos por las autoridades y dueños de *hacienda* convertidos en señores feudales. Semejante combate constituye una de las mejores glorias del Sr. Díaz, porque la influencia de la literatura de costumbres sobre la mejora de los desheredados es innegable. Testigo de este influjo fue en los Estados Unidos, para no citar más, *La Cabaña*

del Tío Tom, obra que contribuyó á la abolición de la esclavitud en aquel país.

A ese género de novelas, como el de la Sra. Beecher Stowe, pertenece *Manuela*, pues aun cuando en una y otra el fin oculto sea distinto, se unen y enlazan hermosamente en beneficio de los seres que, de un modo ú otro, nacen mal acondicionados para la lucha por la vida. En Colombia, es cierto, no había esclavos: desde 1849 se expidió la ley que los declaraba libres, ley que siempre hará recordar la memoria del gobernante que la sancionó; pero pasando la acción de la novela á raíz de aquella fecha memorable, aún estaban los dueños de tierras acostumbrados á ser señores absolutos de sus propiedades, sin que la acción del Gobierno hubiera podido de un solo golpe quitar por completo las preocupaciones reinantes contra los proletarios.

Eminentemente realista, *Manuela* no sobresale por la idealización de los personajes que en ocasiones quedan despojados del arte, para presentarse desnudos á los ojos del lector; hay allí escenas un tanto escabrosas de aquellas regiones en donde lo enervante del clima es muchas veces origen de la licencia de las costumbres; tampoco ostenta el autor mucha galanura en el estilo, aunque á veces el lenguaje no está desprovisto de colorido, á lo menos cuando pinta la naturaleza virgen y exuberante ó cuando expresa humanos sentimientos. En las descripciones, diálogos, etc., marcha el Sr. Díaz con paso firme, como que conoce palmo á palmo el terreno donde la narración se desliza. No es un cuadro de costumbres que pueda llamarse nacional; entre los habitantes de la República se encuentran peculiaridades de clima, raza, educación, etc., que marcan perfectamente el límite que existe entre los moradores de las distintas secciones del país. Se descubre fácilmente que el propósito del autor fue pintar fielmente la vida íntima de una región de las orillas ardientes del Bogotá, del Tequendama abajo, inventando una trama sutil que se desvanece poco á poco hasta obtener la primacía los cuadros de costumbres propiamente dichos, en que la heroína de la nove-

la representa un papel secundario. Hay capítulos netamente tomados del natural como, por ejemplo, los de *San Juan*, *Ambalema* y otros, en que el autor no hizo sino narrar sencillamente las cosas que tenía ante la vista. Podrían esos capítulos entresacarse de la obra, la cual nada perdería con ello.

A más de novela de costumbres, merece examinarse *Manuela* por cierto aspecto político, relacionado con el modo de vivir entonces aquellas gentes pobres. La acción se desarrolla, como hemos dicho, por los años de 1850, en que la Nueva Granada, hondamente sacudida con los disturbios políticos, andaba dividida en tres partidos: el draconiano ó liberal antiguo, el gólgota ó radical y el conservador. La encarnizada lucha de esas tres facciones se vislumbra en las páginas de *Manuela*, cuyo autor nos presenta al Cura como tipo del conservador, amigo de la tradición de las costumbres sanas y de la moralización de los pueblos como segura tabla de salvación; á D. Demóstenes, representante del partido gólgota y figura más caricaturesca que real, charlatán por añadidura, enemigo de la religión y del clero, y partidario de la abolición de los monopolios, de la igualdad fraternal, de las trabas á los ricos, etc., y á D. Tadeo, tipo repugnante y odioso del liberal antiguo, en quien se encarna y se resume el *gamonalismo* de la parroquia, sin que los esfuerzos del gólgota logren derrotar á su antagonista, que á la postre triunfa de sus enemigos.

Para tales alusiones de partido, el autor pone en boca de sus personajes puramente novelescos—Manuela, Rosa, etc.,—frases políticas, elevados conceptos que poco se avienen con el modo de ser de esa gente acostumbrada á la vida del trapiche, que no piensa más sino en Dios y en el pan cuotidiano, sin que nada les importen las cosas de la política; y aun cuando el autor en alguna parte de su libro dice sobre el particular que no debe extrañarse semejante lenguaje en boca de sus personajes por estar ellos al tanto de lo que pasaba, siempre es verdad que aquella manera

de hablar nos parece no estar en todo conforme con la realidad que D. Eugenio Díaz ha querido pintar en la novela.

Semejantes deslices bien pueden excusarse en un escritor de costumbres que apenas nos dejó una obra digna de consideración, la cual hubiera podido dar margen á otras de más alto aliento, de mayor precisión en la traza de los personajes, de mejor colorido en la pintura de algunos cuadros, pues el autor de *Manuela* puede ser tenido como realista instintivo, porque el género que á tanta altura llegó en España con Fernán Caballero, Pereda, Alarcón y otros, aún no había empezado á desarrollarse perfectamente, al tiempo que en este jirón de los Andes veía la luz pública la novela del Sr. Díaz; quien tal vez habiendo tenido á la vista las obras de los grandes maestros y empapádose en ellas, hubiera adquirido más extensa fama, ya que la naturaleza le dotó de excelentes cualidades. Hombre de mucho ingenio, la literatura colombiana le debe á más de la novela que estamos examinando, varios cuadros de costumbres y sus primeras novelitas llenas de mucha gracia, entre las cuales se citan *El rejo de enlazar*, *Los aguinaldos en Chapinero*, *Bruna la carbonera* y otras.

Habiendo comenzado á escribir en la madurez de su vida, logró escasamente dejar una muestra que lo acredita como escritor del natural de bastante significación; además, la falta de una buena educación literaria que encauzara sus facultades, es causa de sus imperfecciones, lo cual demuestra una vez más que el talento sin la ilustración necesaria no llega nunca á producir fruto en perfecta sazón.

Oíganse las palabras del Sr. Laverde Amaya respecto de *Manuela*, después de apuntar ligeramente la aparición de *El Doctor Temis*: "Con todo, reconócese que D. Eugenio Díaz Castro ocupa el primer lugar como autor original, espontáneo y exactísimo en la descripción de las costumbres de las tierras templadas; y su novela *Manuela* es plena prueba de que la naturaleza le dotó de un talento de observación poco común y de una gran facilidad para escribir con expresión y verdad. Aquello de que: 'los cuadros

de costumbres no se inventan, sino se copian,' texto puesto por él al frente de las páginas de su ameno libro, fue cumplido á la letra en los episodios, el lenguaje y las formas que dio á su novela, la que es una pintura de tanta belleza que cualquiera se siente tentado á creer que ha conocido los personajes que allí se exhiben, y ha presenciado los sucesos que se narran, tomando parte en sus alegrías y en sus dolores. Lo cierto es que si otros sobrepujan al autor de *Manuela* en pulcritud de estilo, ninguno le aventaja en naturalidad, condición que es la primera en tratándose de obras de esta clase, y la intención moral de su obra ataca en su raíz la desmoralización y desdicha de nuestras poblaciones pequeñas, exhibiendo la crueldad y tendencias del *gamonalismo*."

Y para hablar del desenlace de la obra, nada mejor que ceder la palabra á un autor colombiano (1), que en hermosa página pone en su punto lo que vale *Manuela* como producción novelesca:

" Al terminar la lectura de *Manuela*, queda en el espíritu una melancolía profunda, y á más no poder, protestamos contra el trágico desenlace de aquel drama terrible, que tiene como escenario las majestuosas selvas de nuestros climas cálidos y los caseríos pintorescos que, á á manera de villorios de *pesebre*, adornan las quiebras y arrugas de la cordillera oriental. Pero ¿en dónde estaría la enseñanza que el autor se propuso deducir como moralidad de su admirable creación, si las cosas no hubieran sido conducidas á ese doloroso pero imprescindible epílogo?.... La Filosofía del Arte tiene exigencias de esa naturaleza, y ante ellas encallan las protestas del sentimiento. *María*, casándose con *Efraím* y convertida, con el correr de los años, en robusta matrona caucana y respetable madre de numerosa progenie, habría dado al traste con el inmortal libro de Isaacs. Si el ingenioso invento del sabanero espiritual no hubiera terminado con la muerte desas-

(1) L. Rivera y Garrido.

trosa de *Manuela*, protagonista principal de aquel drama vigoroso, digno de la mente de Alfonso Daudet ó de la pluma inimitable de Pedro Lotti, más de un lector habría bostezado al llegar á la página final, y quizás habría exclamado: 'Qué simpleza!' Mientras que con el desenlace ideado por el Sr. Díaz, sucede todo lo contrario: *Manuela* obtiene un verdadero éxito de emoción y de lágrimas, 'el más durable de todos los éxitos,' según la expresión de Julio Claretie; y es con el corazón oprimido por el sentimiento y los ojos inundados en llanto, como se cierra el simpático libro al llegar á las líneas sublimes que lo finalizan."

III

De paso citaremos aquí otra novela generalmente conocida por ser de quien es: *Olivos y Aceitunos todos son unos*, del ilustre D. José María Vergara y Vergara. Cualquiera que escriba sobre nuestras cosas literarias, por fuerza ha de tropezar con el nombre de este escritor, porque él, ardiente patriota, espíritu levantado, se dio con todas las energías de su alma á estudiar los productos de la literatura colombiana, desde los tiempos más remotos de nuestra vida colonial hasta poco después de sellada la Independencia; tarea de verdadero aliento, reveladora del talento crítico de Vergara y Vergara, de sus cualidades de prosador, y que le mereció elogios de personalidades extranjeras. Mas no contento con ser el historiador de nuestra cultura nacional, unió su nombre á una multitud de trabajos literarios; artículos de costumbres, estudios serios sobre materias científicas, poesías ligeras, artículos en los muchos periódicos que vieron la luz bajo su dirección, etc.; encaminó á muchos por el sendero del buen gusto, en una palabra, comunicó su impulso vigoroso á todo aquello que se relacionaba con el adelanto de su país. Por eso su memoria, y la de sus compañeros de faenas literarias—D. Ricardo Carrasquilla, Silva, Borda, Eugenio Díaz, Marro-

quín, J. David Guarín y otros muchos—es respetada y querida de los colombianos. Y á pesar del cambio de gustos, de las revoluciones en las tendencias literarias, los artículos de Vergara y Vergara se leen con exquisito agrado todavía y recuerdan aquella época floreciente de nuestra cultura, que produjo tantos varones íntegros, verdaderos cultivadores de la vida del espíritu, tan fecunda en bienes para la Patria.

Fuera de su *Historia de la Literatura en Nueva Granada*, quizá lo que más gusta de Vergara y Vergara son sus *Artículos Literarios*, publicados en volumen especial, y en donde al buen gusto une su autor la sencillez y naturalidad que se encuentra en muchos escritores de su tiempo; descúbrese allí el gracejo bogotano, brote espontáneo de un espíritu travieso y juguetón. Su libro, que hemos nombrado al principio, escrito en pocos días, produce la misma grata impresión, pero más que novela es una serie de artículos de costumbres trazados con mucho donaire y delicadeza, con bastante sátira política, con no pocas alusiones á las influencias malsanas del *gamonalismo*, con caracteres bien dibujados y que se graban fácilmente en la memoria.

D. José María Quijano Otero, amigo íntimo del Sr. Vergara y Vergara, dice hablando de *Olivos y Aceitunos todos son unos*: "¿Pero qué clase de novela ha escrito mi compadre? Es cierto que todos los episodios que en ella narra tienen completa verosimilitud; pero no hay esa trama que se requiere en la novela de nuestros días para darle tal nombre; y ya sea por lo acertado de las observaciones con que interrumpe la narración, ya por la fotografía que se descubre en tal ó cuál de los personajes, es lo cierto que el ánimo no está suspenso por la suerte de los protagonistas sino en dos ó tres pasajes, pero en muchos de ellos los olvida completamente, para no ver sino la exactitud del comentario. No hay héroes ni hay poderosos protectores del protagonista que en un lance apurado salgan en el momento preciso, sin que se sepa de dónde, á

salvar á su protegido. No es una novela de capa y espada, porque no hay tajos ni mandobles, sino apenas un desafío de esos que se han hecho tan comunes en nuestros días, salvo el desenlace, que se ha hecho muy raro. No es tampoco novela de costumbres, porque aunque todos conocemos más de un gobernador que pudiera decirse que sirvió de tipo para D. Félix, más de un diputado que creerá ver su retrato en la Asamblea de Chirichiquí, más de un Parra poeta, petrimetre y duelista de ciudad de segundo orden; y, en fin, tal vez algún Antonio Córdoba, tipo nobilísimo que escasea de día en día, no son esos los tipos más generales, no son las costumbres."

IV

D. Luis Segundo de Silvestre, bogotano, colaborador de varios periódicos de la capital, en los cuales se leen artículos suyos de mérito, también nos dejó una obra—esbozo de novela realista—breve y por desgracia su único ensayo, pues sobrevivió corto espacio de tiempo á la publicación de *Tránsito.* Novelita de escenas de tierra caliente, con una historia de amores ligeramente delineada, de corta extensión, sin digresiones que aparten de lo esencial de la narración, en un lenguaje exento de vulgaridades, bien puede decirse que *Tránsito* es entre nosotros uno de los mejores libros de su clase.

Por lo general, la tierra caliente ha sido la que en Colombia ha suministrado vida y animación á los escritores de costumbres, y es porque allí el calor pone todo en movimiento, la vida es varia, nadie está ocioso, se encuentra originalidad en personas y cosas, y la feracidad del clima alegra el paisaje y da origen á las diversiones genuinas del pueblo calentano, que siempre formarán una página aparte en nuestra literatura.

El Sr. de Silvestre, después de contarnos de dónde sacó la historieta que va á referir, da principio á ella en un pueblo de las orillas del Magdalena, y el teatro de los primeros

acontecimienos es el ancho y caudaloso río por cuyas ondas revueltas se desliza la barca que conduce al *blanco* y también á *Tránsito*, que furtivamente y merced á su audacia logra introducirse en la embarcación, huyendo de su terruño, donde todo es sombras para ella. Allí, bajo el sol ardiente que se ve reverberar sobre la arena de la playa, empieza á esbozarse la silueta de Tránsito, franca, hermosa, de maneras determinadas, con una historia medio trágica, fuente de sus desgracias, y lentamente aquella figurita que parece esfumarse al soplo de la brisa, va adquiriendo magnitud y personalidad, va haciéndose interesante por lo sencilla y natural. *Tránsito* es una heroína de novela dibujada á la inglesa.

No queremos relatar aquí la sutil trama de esta novela. Bástenos decir que los amores de Tránsito por el desdeñoso Andrés, amores que nacieron en el alma de la *calentana* únicamente porque el *blanco* se enterneció al referir ella su historia en la balsa, son un idilio que poco á poco echa hondas raíces en el corazón. Su extremada belleza es su tormento; ama en silencio sin ser escuchada ni atendida por el *blanco;* marcha en persecución de un amor imposible, y quiere sacrificarse por *él.* Esa es Tránsito: siempre lista, ágil, esquiva para los demás, indiferente ante los requiebros de muchos amantes, delicada en sus expresiones de cariño inocente, que declara su amor y quiere ser esclava de su amado. ¿Y Andrés, el *blanco?* Frío, impasible primero ante aquella morena de ojos negros, porque su posición social no podía igualarse con la de Tránsito ni tampoco se lo permitía el respeto del tío, lentamente su corazón aristócrata va cediendo ante los múltiples lazos que su dulce enemiga le tiende sin quererlo, y aunque él trata de evadirlos al principio, ella lo sigue, se le adelanta, le ruega, le suplica. Al fin la roca cede: ya siente sobre sí la humedad de tantas lágrimas, el ruido silencioso de tanto suspirar; cede, sí, pero cuando todo está perdido sin remedio; y ya al borde del sepulcro, la enamorada Tránsito, en medio de los dolores de una herida mortal,

aprisiona entre las suyas la mano del *blanco* y muere tranquila cerca del objeto de su constante amor. Hé ahí una página bella, una página que con la trágica muerte de la heroína triunfa del olvido; Tránsito, llevándose consigo su amor, jamás con franqueza correspondido, representa la lucha del corazón con lo imposible, lucha que necesita de la muerte para consumar la victoria. ¡El puro amor no tiene murallas que le impidan el paso!

Si del mérito de la invención pasamos á las demás cualidades del Sr. de Silvestre, no será difícil reconocerle facilidad para narrar, acertada elección de lenguaje de tierra caliente, viveza para presentar escenas que como la de la vuelta de Andrés á Girardot con las peripecias que la siguen, la de las fiestas y bailes en el Espinal, están llenas de cierto gracejo delicado que de cuándo en cuándo hace reír; y una que otra descripción de las personas y de la naturaleza donde el autor vació buena parte de los colores de su paleta. Véase, por ejemplo, cómo pinta á Tránsito en el momento en que ésta, llevada del cariño que iba cobrando al *patrón*, toma parte en las faenas de la cocina en un rancho á orillas del Magdalena: "A pocas vueltas quitóse Tránsito el pañolón que la cubría, y como si fuera en su casa, se puso á ayudar á la casera á hacer la comida. Era de verla ir y venir en cuerpo gentil luciendo la camisa de tela blanca bordada de seda negra, la falda de tela morada y las blancas y sueltas alpargatas en que llevaba metidas las puntas de los pies más bonitos que he visto, sin sombrero y con el pelo levantado sobre la parte superior de la cabeza, llena del donaire y de la gracia de la juventud."

Y para cerrar esta parte, transcribimos la siguiente descripción de uno de tantos bellos panoramas de tierra caliente, donde son de notarse el colorido y la vida: "Tras breve espacio coronámos la altura del cerro de la Culebra. Nada más hermoso que el espectáculo que se presentó ante nosotros: á la derecha se veía la llanura en una extensión de leguas, semejante á una rica alfombra de terciopelo verde, en donde á trechos se divisaban, como bordados de

verde más oscuro, los matorrales y guaduales que crecen á la orilla de los arroyos y riachuelos que la surcan, y desde lejos aparecía el tortuoso curso del Magdalena como ancha sierpe de plata que venía á perderse al pie de la colina desde donde dominábamos aquel panorama espléndido. Más allá de la llanura, la gigantesca barrera de la cordillera central de los Andes, en donde están amontonados cerros sobre cerros, sostenes de las moles inmensas de los nevados que asoman sus blancas cabezas ateridas de frío para mirar el valle caliente y pintoresco tendido á sus pies. A nuestra izquierda el valle del Bogotá, inmensa floresta semejante á un mar verdinegro de encrespadas ondas, esmaltada á trechos por islotes de verde claro formados por los prados artificiales que el hombre industrioso ha logrado crear en aquel océano de verdura. Al frente veíamos extenderse la llanura hasta perderse en los confines del sur, en una línea confusa que separa el cielo de la tierra, y en el fondo de aquel vastísimo cuadro el cerro de Pacandé destacado y solitario, á manera de juguete de forma piramidal, sobre ancha mesa de carpeta verde. ¡ Qué esplendor y qué vida en aquella palpitante naturaleza tropical, donde todo luce y resplandece bajo la bóveda azul de un cielo en que no se ve ni el ligero copo de una nubecilla!"

V

Entre los individuos que forman la genuina representación de la literatura colombiana—al menos en prosa—debe contarse en puesto saliente á D. José Manuel Marroquín (1), cuya personalidad como hombre de letras es bien conocida de todos y cuya fama ha resonado en España y en muchos puntos de la América del Sur.

Perteneciente á la generación literaria de mediados del siglo pasado, tocóle, junto con otros ingenios no menos

(1) Esta parte fue escrita antes del sentido fallecimiento del Sr. Marroquín, acaecido en Bogotá el 19 de Septiembre del presente año.

celebrados, enriquecer la producción nacional y encaminar por el camino del buen gusto muchos jóvenes que más tarde vinieron á dar lustre á la literatura patria. Muchos son los campos donde el Sr. Marroquín ha sabido conquistarse merecido renombre: como conocedor de los buenos modelos de las literaturas extranjeras, como poeta, como novelista, como autor de cortos y chispeantes artículos, siempre su nombre será recordado con justicia; su tarea de educador de la juventud en los Colegios que regentó, dio probablemente origen á la formación de sus obras didácticas; y estas y otras cosas son razones suficientes para que, literariamente hablando, los colombianos lo estimen y respeten.

Reduciéndonos á las novelas, nos dejó cuatro: *Amores y Leyes*, *Blas Gil*, *Entre primos* y *El Moro*, todas escritas en sus últimos años, pues las ediciones de los ejemplares que tenemos á la vista son de 1897 y 1898, cuando ya el Sr. Marroquín era conocido como buen estilista y poeta.

No entraremos aquí á analizar sus escritos de otro género; bástenos hablar someramente de su labor literaria en el campo de la novela, en el cual dejó una —*El Moro*— que constituye el mejor florón de su corona.

No es el Sr. Marroquín un novelista cuyos libros descuellen por el interés de la trama, ni por la gráfica pintura de los personajes, aunque los tiene buenos en ocasiones; su talento es predominantemente descriptivo, y, como tal, la descripción ocupa buena parte de sus obras, y con tal gracia, precisión y colorido que cautiva y hace recordar algunas veces el *humour* de los buenos autores ingleses. Nadie, pues, busque en ninguna de sus novelas el interés creciente de la narración, los lances románticos, las escenas interrumpidas para producir mejor efecto; pero el que quiera representarse fielmente algunos puntos de Bogotá, tales como eran hace tres ó cuatro lustros —San Diego y sus alrededores, las vías públicas, el aspecto de las calles principales, el edificio de San Francisco,—muchos cuadros del a vida de tierra caliente y de la Sabana, todo con cier-

tas peculiaridades que al pasar por la pluma del Sr. Marroquín cobran mucho relieve, tendrá que saborear las páginas de *El Moro* y *Entre primos*. A la fidelidad en las descripciones de la naturaleza, que á trechos hace venir á la memoria al ilustre Pereda, únese verdadera *sal ática* que comunica cierto encanto, cierta delicadeza que cuando menos se piensa pone la risa en los labios.

El Sr. Marroquín pertenece al número de escritores colombianos que sin haber estudiado largos años sistemáticamente en colegios públicos ó privados, suplieron con su temprana afición al estudio de las humanidades lo que en vano se busca en los institutos adocenados. Hombres que desde la infancia se entregaron á la lectura concienzuda de las obras maestras de varias literaturas, fueron adquiriendo caudal y tersura de estilo, y cuando empezaron á escribir, lo hicieron bien y después mejor. El cimiento era de granito. Todos esos literatos antiguos han ido cayendo uno á uno al beso de la muerte, dejando huella luminosa en la cultura nacional; el Sr. Marroquín ha llegado á una senectud avanzada como uno de los últimos vástagos de aquella generación, pero considerado literariamente, bien podemos decir que ha terminado su carrera.

Leyendo *Amores y Leyes*, tal vez la menos buena de sus obras, se recuerda la novela del Dr. Angel Gaitán: en una y otra, aunque por aspectos diferentes, se ventila el mismo asunto de la justicia, entorpecida por los tinterillos, eterna rémora de la sociedad desde que hubo leyes en Colombia. La narración pasa por los años de 1880 cuando ya Bogotá respiraba mejores aires de civilización, sin que por eso hubiese llegado á la cumbre; pero comparada esa época con la de mediados del pasado siglo, sí se ve el progreso efectuado en las costumbres del país.

¿Cuál es el objeto de la novela? Su nombre lo dice: mitad amores, mitad leyes; y así, en la primera parte aparecen unos enamorados que de pronto y sin declaración previa, aparecen de brazo ante el lector, camino de la casa, después de haberse casado. Aunque es verdad que hubo un

tiempo en nuestra vida colonial, en que los matrimonios se arreglaban entre los padres de los contrayentes sin que éstos se conocieran á fondo y en que el interés de la sangre ó el del capital eran los únicos móviles de los respectivos padres de familia, no parece que paso de tánta significación se presente en las páginas de un libro sin ninguna sombra de amor y de esperanza. Se dirá que así sucede algunas veces en la realidad de las cosas, pero entonces búsquese el momento oportuno, pues aun en esos fríos ejemplares de la naturaleza humana suele haber instantes en que la pasión brota y se manifiesta en presencia del objeto amado. Allí no, todo es frío y acompasado. Los novios del Sr. Marroquín no tienen corazón.

Lo que sí conoce palmo á palmo el Sr. Marroquín es la vida del hogar. En él ha tenido fincada la felicidad de toda su vida; á su lumbre benéfica ha meditado sus obras; allí encerrado ha visto desarrollarse á sus hijos, y cuando recientes acontecimientos de la Nación lo arrastraron en pos de un partido político, dejó aquella intimidad del hogar, y ya sabemos que esa época de vida pública no ha sido la más feliz de su existencia. Un pez en tierra y el Sr. Marroquín fuera del hogar, tienen sus puntos de contacto.

Amores y Leyes presenta una familia rica *in alio tempore*, pero que debido á las injusticias y triquiñuelas de los rábulas del derecho, había quedado reducida á la mayor miseria, mostrando, sin embargo, resignación en medio de la desgracia, rasgo que hace simpática la pareja de Honorio y Matilde. La lucha con la adversidad después de haber gozado de relativa opulencia, lucha personificada en la infeliz pareja, y el triunfo de la justicia, son los fines de la novela. Honorio y Matilde sufren con paciencia su pobreza hasta que tras largas y penosas privaciones, ven brillar la recompensa á sus sufrimientos cuando la Providencia los favorece en sus intereses mediante un efecto retroactivo de la ley. Este desenlace no es brusco; está bien tratado, como que en las personas que tuvieron bienes de

fortuna y después de perdidos vuelven á poseerlos, produce el cambio menos efecto que en aquellos que tras de una inopia permanente se encuentran de la noche á la mañana dueños y señores de inmenso caudal. Matilde sufre, pero educada en la religión católica, su fe no la abandona nunca; espera en Dios que jamás desampara á sus criaturas, y aunque de clase elevada, ni se amilana por el desprecio de las que ayer no más eran sus amigas de salón, ni desdeña ocuparse en humildes trabajos para llevar á la hambreada boca de sus hijos el pan amasado con sus lágrimas de madre amorosa.

Tiene el Sr. Marroquín marcada intención satírica contra el profesorado colombiano, y á menudo lo presenta como una de las profesiones más lastimosas de la República y como el último recurso de los que echan por la senda de conseguir *clasecitas* y hacerse maestros de escuela, declarándose tácitamente ineptos para las demás manifestaciones de la actividad individual. Quizá tenga razón el autor de *Amores y Leyes*, y tal vez haya tenido ocasión de experimentarlo de cerca en su larga vida de pedagogo, pues á la verdad en Colombia se mira con tono de desprecio á aquellos que se consagran á la educación de la juventud de uno ó de otro modo, sin detenerse á pensar en las cualidades que adornar puedan á tales maestros, y sin propender con eso al adelanto de la nación, porque evidentemente los maestros vienen á ser los fundadores de un país educando á la juventud no tanto para que se ejercite en estudios especulativos, como para modelarle el carácter, formando hombres, miembros útiles de la sociedad. En países europeos se le da grandísima importancia á los educadores como fundamento que son de todo orden social, grabando en el corazón y en el entendimiento de los alumnos las nociones de respeto á la ley, á los ciudadanos y á la autoridad legítimamente constituída. Hé ahí la fuerza poderosa con que esos países se muestran á la faz del mundo. Aquí en Colombia, por desgracia, no hemos llegado á tanto. El Gobierno propende, es verdad, por que la Instruc-

ción Pública esté en manos idóneas, bien remuneradas, pero el concepto de los particulares, con raras excepciones, parece que perdura el mismo, no sirviendo á variarlo el mayor ó menor caudal de ciencia ó de respetabilidad que posea el maestro.

De los cuatro libros del Sr. Marroquín, dos de ellos —*Blas Gil* y *El Moro*—son biografías en que un pobre diablo en la primera y un caballo en la segunda, cuentan las peripecias de su vida. *Amores y Leyes* y *Entre Primos* quizá con más propiedad puedan llamarse novelas. Esta última tiene cualidades salientes, y su trama, aunque tomada de la vida ordinaria, está presentada con bastante naturalidad: Pablo y Cecilia son hijos de dos hermanos, y desde la primera infancia, desde que jugaban aquellos juegos inocentes en que poco ó nada se reflexiona, cada uno sentía cariño infantil por el otro. Cuando ya están ambos entrados en edad y cuando ninguno osa manifestar su cariño, se presenta Jorge, joven educado en Europa, á pretender á Cecilia. El nuevo novio es aceptado, y ante él se muestra indiferente Pablo, cuyo amor aún no es claramente descubierto por Cecilia. Doña Mariana, madre de Pablo, y que comprende que el enlace de su hijo con su sobrina es una utopia, pretende para aquél la mano de Modesta, joven simpática y de no escasa cultura. Pero Pablo prosigue sus amores en silencio, y más por obedecer á su madre que á los impulsos de su corazón, empieza á cortejar á Modesta, con quien al fin se compromete, causando así la alegría de su madre. Hay varios veraneos en un pueblo llamado por el autor San Rafael; allí están en contacto Pablo y Cecilia, y en una noche de baile, al declararse éstos su amor, Modesta, desesperada con aquel cambio repentino de decoración, resuelve pasar los últimos años de su vida á la sombra de un claustro conventual. Jorge, de repente, y contra lo esperado, deja de volver al lado de su prometida, y su padre anuncia á la familia de Cecilia que su hijo debe partir para Europa inmediatamente, con lo cual queda abierto el camino á Pablo para casarse con Cecilia, su prima, quien sufre una enfermedad, causa de los frecuentes veraneos. La fatal dolencia crece y crece, po-

niendo en alarma á la familia. Los médicos declaran que el mal de Cecilia es un caso de lepra en su forma nerviosa. Se frustra el matrimonio con Pablo, pero es tanto el amor de Cecilia para él, que antes de bajar á la tumba quiere ser su esposa. Devorada por la mortal enfermedad, suma sus fuerzas, logra incorporarse en el lecho, y recibiendo de manos del Ministro de Jesucristo la bendición nupcial, se desposa con Pablo y con la muerte. Así acaba *Entre Primos*, novela que, á habérsele dado otro desenlace, no produciría cierta impresión de repugnancia al ver sucumbir al peso de horrible y desesperante dolencia una niña en plena primavera.

Los caracteres, en general, están bien delineados, pero delineados apenas. Pablo es un joven inteligente, experto y muestra su talento práctico en el campo manejando los negocios de su tío Leonardo, á cuyas haciendas de tierra caliente ha tenido que ausentarse en busca de lenitivo para sus amores sin esperanza, al saber que Jorge quiere ser esposo de su prima. Jorge, educado en Europa, carece de tino en sus empresas, y su misma educación refinada hace de él un individuo que no es generalmente simpático. Un poco frío el autor en la expresión de los afectos, los novios que figuran en sus novelas no despiertan aquel interés que nace del amor, de la pasión de dos seres que van á unir su suerte para siempre. Quizá no sea aventurado decir que para el Sr. Marroquín las novelas son un pretexto, un pretexto hermoso, un molde para vaciar en elegante dicción y con brillantez de colorido sus ideas sobre la vida, la política, para apuntar de paso cuestiones morales, para describirnos las modas antiguas, presentarnos ante la vista tipos de otras edades, y muy especialmente para describir lugares y paisajes, en lo cual ocupará puesto saliente en la literatura patria. En las obras del Sr. Marroquín se ve la intención de corregir ó de enseñar. En sus libros se siente correr el ambiente del campo, donde el Sr. Marroquín ha pasado buena parte de su vida. Allí pueden verse cuadros de las costumbres de tierra caliente en la

época de veraneo escogida por los bogotanos, con pintura de la naturaleza del terreno y amena descripción de la vida calentana que se desliza para los veraneantes en medio de goces que la fría y monótona Sabana no acierta á suministrar jamás. El Sr. Marroquín, bogotano *pur sang*, sabe apreciar las ventajas de la vida de la capital, pero no ha podido permanecer indiferente ante las que, desde cierto punto de vista, tienen los climas cálidos sobre los fríos.

Entre Primos es un libro que no fatiga, y aun cuando uno no halla en él el estudio de las grandes pasiones puestas en movimiento, no por eso deja de notarse que la ática pluma del Sr. Marroquín se desliza suavemente, casi puede decirse sin tropezar jamás. La variedad de tonos es cosa que nunca falta en él, y su pluma se amolda fácilmente al objeto que quiere tratar.

Véase, como una muestra de su estilo, la siguiente descripción de la montaña, sacada al acaso entre otras muchas de diferente género que andan dispersas en sus libros:

"*¡La Montaña!* ¡Cuántos han visto de cerca ó de lejos la montaña! ¡pero qué pocos la conocen!

"Es necesario haber penetrado en ella para saber cuán esquiva y adusta se nos muestra, y cómo nos halaga al mismo tiempo brindándonos con las riquezas que guarda para nosotros en su seno.

"Bajo la inmensa y tupida bóveda que jamás han penetrado de lleno los rayos del sol, reina una claridad opaca, difusa y teñida de los colores que allí dominan, claridad de que no dan idea los crepúsculos y de que no pueden ofrecer imitación las cortinas que en nuestras viviendas mitigan la luz.

"De cuándo en cuándo, y si el viento separa momentáneamente los follajes, se dibujan en el suelo labores luminosas y movedizas, al mismo tiempo que las ondas de luz cabrillean en las hojas lustrosas de muchos árboles.

"Aquella claridad parece ser una con el ambiente. El aire, eternamente encerrad o, se carga de las emanaciones de los vegetales vivos, de las de los despojos que han estado por siglos en silenciosa efervescencia, las de muchas plantas resinosas y de las de la tierra, que son como las que se exhalan del suelo de un camino cuando la lluvia comienza á humedecerlo.

"Del ambiente parece quedársele algo adherido á quien penetra en la montaña. El que sale de ella, sale oliendo á montaña.

"Las columnas ya rectas y cilíndricas, ya airosamente curvas é irregulares, ya formadas de haces de troncos; ya lisas, ya adornadas con labores más ó menos simétricas, corresponden por su grandiosidad y su poder á la soberbia bóveda; y cuando en uno de los oquedales del bosque se le presentan al espectador en hileras regulares, hacen comprender cómo sugirió la naturaleza á algún antiguo arquitecto el plan de una basílica.

"No es raro que un accidente del terreno, como un peñasco blanco ó rojo, rompa pintorescamente la uniformidad de la perspectiva. Abundan producciones raras que enajenarían á un botánico y á un naturalista; flores, plantas trepadoras, parásitas que serían el orgullo del jardín que las poseyese; árboles y arbustos de formas pictóricas; festones airosos que engalanan la gran bóveda como para una próxima fiesta; pero ninguno de estos detalles es poderoso á divertir el ánimo, absorto en la contemplación del grandioso conjunto.

....

"Al pie de los fornidos, corpulentos y vividores hijos de la tierra, el hombre se siente pequeño y endeble; pero cómo se siente luégo rey de la creación si considera que el bosque, en su silenciosa inmovilidad, ha aguardado por siglos á que el hombre quiera venir á aniquilar su pompa para enseñorearse del suelo y obligarlo á cubrirse de producciones que, en cotejo con las que de suyo ha ostentado, son harto efímeras y ruines."

¿Y *Blas Gil?* Esta novela biográfica, si tal puede llamarse, está inspirada, aunque remotamente, en las picarescas españolas del mismo género, en donde, sin duda alguna, el Sr. Marroquín ha encontrado buena parte de su inspiración. *Blas Gil* está formado por la narración de las aventuras de un pobre diablo que saliendo de su ciudad de provincia viene á Bogotá, donde tropieza con dos ó tres colegios y universidades, sin dejar en ellos, según declaración del mismo, huella de su paso; y sin embargo.... lo gradúan de doctor en leyes. Se conoce que no pasó la escena en la época actual del Colegio del Rosario. Ya graduado Blas Gil sale á entendérselas hombre á hombre con el mundo; lo hecho anteriormente sólo ha sido el apresto del combate: ahora ya tiene el enemigo al frente. El audaz héroe del Sr. Marroquín recorre en corto tiempo muchas fases de la vida de tunante; se hace periodista, diputado á asamblea, presidente de ella, militar, enamorado, jefe de casas de comercio, empresario de minas, y qué sé yo que otras cosas.

Aun cuando hay allí algunos personajes secundarios con los cuales se roza Blas Gil en sociedad, son éstos tan pocos y habla tan corto con ellos, que el libro llega á fatigar por aquella insistencia casi absoluta del *yo* á través de las páginas de la novela. Es más bien una narración, la cual viene á terminar, después de mil peripecias, con la no realización del matrimonio de Blas Gil con Elisa, porque ésta, firme y de carácter, renuncia á ser esposa antes que ver á Gil metido en la política, madre de las desgracias de un hombre cuando á ella lo llevan no el patriotismo sino el lucro y la ganancia, y factora de la inutilidad en que para los asuntos propios se convierte quien así la agasaja. La política, con todos sus adherentes, es uno de los más fecundos campos donde ha espigado la pluma del Sr. Marroquín, quien conoce á fondo todas las triquiñuelas á que la máquina está sujeta cuando de ella quieren asirse los *servidores* de la Patria. Quizá para el Sr. Marroquín, y así parece manifestarlo en sus libros, la política es lo más de-

testable que existe sobre la tierra, y no obstante ha venido á rendirle pleito homenaje al declinar de su existencia. Pudo conocer entonces cuánto es lo que corrompe la intriga vil, porque le tocó ver la política desde el elevado puesto que en la República ocupó. Hoy, que se encuentra lejos de esa marea ascendente, rindiendo culto á la vida privada que tanto ha amado, podrá apreciar con rectitud los estragos que ocasiona la política, diosa versátil, que cuando logra coger en sus redes á un individuo que para ninguna otra cosa sirve, lo aprisiona, lo desespera, lo abate, lo tritura. Tal pasó con el héroe de *Blas Gil*: prefiere la política al enlace conyugal después de serias promesas de no más ingerencia en la cosa pública; los azares de una vida tormentosa se anteponen á las dulces y apacibles horas del hogar, ¿y todo para qué? Para las decepciones más tarde por no haber servido á la Patria como buen ciudadano, sino á los intereses banderizos de un partido.

De lo ameno de su estilo y de la corrección del lenguaje, nada tenemos que decir, porque el Sr. Marroquín es uno de los buenos hablistas que ha tenido este jirón de la América, reconocido así no sólo dentro del país sino fuera de él; y cierto humor y gracejo que salpican sus obras, la facilidad para introducir vocablos nuevos, la sencillez y naturalidad que siempre lo distinguen, su amor nunca desmentido por la vida íntima de familia, son cosas que hacen leer sus libros con interés.

Mas, si no hubiera trazado tan gallardamente las páginas de *El Moro*, sabe Dios si no ocuparía el puesto que ocupa entre los noveladores colombianos. Cierto que sus otras novelas que hemos visto, especialmente *Entre Primos*, amén de sus muchos cuentos, se lo darían y no pequeño; pero al Sr. Marroquín como que le hacía cosquillas en su entendimiento y fantasía ese pobre caballo cuya historia sentía y veía á cada paso.

No poco debió servir al Sr. Marroquín *El Azabache*, de autor americano del Norte, para la confección de *El Moro*; sólo que Marroquín superó al libro inglés en el estilo,

en las descripciones, en la vida que anima á ese cuadrúpedo, servidor incansable de la humanidad, y de manera especial del sabanero, para quien es compañero inseparable, el único que en este mundo de miserias no lo traiciona jamás y sobre el cual pasa la vida entera como medio de locomoción más adecuado para sus diferentes ocupaciones agrícolas.

Sin duda alguna, el hacer hablar á un caballo es una cosa que desde el punto de la concepción, no deja de tener sus visos de absurda; pero lograr interesar con esa narración á lectores pensantes, es uno de los principales méritos de la obra. Ya se ve! Es que hay trozos en que el engaño no es posible: El Sr. Marroquín está allí de cuerpo entero con todo su donaire y gracia bogotanos.

Aprovecha, como siempre, la coyuntura que se le presenta, para pintar y describir; y aunque un mismo plato, por bueno que sea, suele cansar al paladar más delicado, el Sr. Marroquín lo condimenta de tal modo cada vez que lo sirve, que siempre nos parece nuevo. Mas ya no es raro verlo pintar la naturaleza, las costumbres, la vida de los diversos climas; cuando nuestra admiración sube de punto es cuando lo vemos, por boca de su caballo, describir la vida íntima de estos animales, que en sus múltiples modos de servir al hombre, están sujetos á miles de peripecias, todo lo cual supone una finísima observación y un cariño entrañable hacia el sér irracional que después del hombre es la criatura más bella de la naturaleza creada. Si los caballos fueran susceptibles de inteligencia y usaran del verbo y de la péñola, yo aseguro que ninguno de ellos trazaría con mejores pinceladas una autobiografía de su raza, que como lo ha hecho el Sr. Marroquín. La especie caballuna, representada en *El Moro* por muchos aspectos, debiera levantar (si pudiera, claro está) un monumento al Sr. Marroquín como fiel testimonio de reconocimiento hacia sus esfuerzos por contribuír á la mejora educativa del caballo, tan vilmente tratado, al menos cuando cae en poder de pícaros como el famoso tuerto Garmendia,

una de las mejores creaciones de Marroquín junto con el inolvidable tío Leonardo de *Entre Primos.*

Es *El Moro* una obra preceptivo-literaria. En ella pueden aprender nuestros hacendados, tal vez con más precisión que en libros ex profeso, los cuidados que deben tenerse para con los animales ; los *chalanes* especialmente, que son los que de ordinario desvirtúan un caballo haciéndolo coleador. ¡Un caballo coleador! ¡Hé ahí el eterno é irreparable defecto que tantas lágrimas y suspiros debió arrancar al caballo de Marroquín! Porque ser coleador es llevar el estigma de la muerte en vida, es eclipsar de un solo golpe las demás cualidades que la naturaleza concede á sus criaturas.

El Sr. Marroquín enseña deleitando. Difícil cosa en verdad.

Muchos habrá capaces de confeccionar una novela como *Entre Primos,* pero difícilmente resultará otro libro como *El Moro* entre nosotros. El Sr. Marroquín agotó allí el género, haciendo palpitar su alma y su vida. A través de esas páginas trazadas con verdadero *amore,* se escapa el perfume del aroma campestre, se siente *el sabor de la tierruca* sabanera con sus múltiples matices y colores.

VI

Bajo el seudómino de Rodrigo de Rahavánez han visto la luz modernamente en Bogotá dos novelas: *Contrastes* la primera, y *Caprichos* la segunda, editada en Barcelona hace apenas un año. El público está más ó menos informado de que con dicho seudómino han entrado al palenque de las letras dos jóvenes escritores, conocidos por su amor al Arte, su constante estudio, observación de la vida, y que permanecieron en guardia ante la nueva y ya pasada escuela literaria que invadió una parte de la juventud colombiana. Prueba de sus méritos son sus dos libros, en los cuales se observa, del uno al otro, considerable adelanto, como era natural que sucediera. Merece

ciertamente aplauso la publicación de obras de esta clase, para un público cuya afición por la literatura novelesca no está bien acentuada, de donde resulta que la empresa puede ser ruinosa para los autores. Pero Rodrigo de Rahavánez ha querido no desmayar en el cultivo del lenguaje, bien seguro de que los primeros pasos que dé en el abrupto sendero no han de obtener éxito completo. Qué importa? Con la fórmula de que "el escritor es el obrero magno," se va siempre adelante venciendo los escollos del camino. Los autores de *Caprichos* trabajan en pro de la lengua, tarea patriótica, y eso sólo bastaría para agradecérseles.

Si *Caprichos* no se lee con deleite, y eso que tiene trama á ratos interesante, es porque sus autores, apartándose de la sencillez y naturalidad propias de la novela, se cuidaron mucho de la forma. En *Caprichos* hay mucho de poético, lo cual, si es tolerable en las descripciones, expresión de afectos, etc., requiere mesura para que á cada paso no se encuentre el lector con un pedazo de lirismo en prosa. Aquello á la larga fatiga. Si Rodrigo de Rahavánez escribiera con más soltura, se formaría un estilo mejor, hermanable con los asuntos que ha escogido para sus novelas: escenas de la vida colombiana.

Bien se echa de ver que los autores de estas novelas han sido influídos por la constante lectura de escritores y poetas románticos, y no poco también por los realistas franceses del siglo pasado.

Hacemos nuéstras las siguientes palabras de un juicio que apareció sobre *Caprichos*, en la *Revista del Colegio del Rosario* :

"Hay descripciones muy buenas, pero nos parece que hay demasiadas descripciones, sobre todo, celajes. El estilo es correcto, vivo, y corre por todo él un soplo no interrumpido de lirismo, como en el de los noveladores románticos. Los diálogos, que han sido el escollo de autores nacionales, se mueven naturales, rápidos y decorosos."

En *Contrastes* la prosa es más suelta, más natural; hay allí una que otra cosa inverosímil y aun escenas de

mal gusto desde el punto de vista artístico; de modo que fundiendo la sencillez de ésta con el buen gusto de *Caprichos*, resultaría una obra de mejor complexión literaria. Esperemos.

CAPITULO II

Novela histórica

I

Bien conocida es la personalidad literaria del Dr. Felipe Pérez, cultivador de la novela histórica. Como estadista, como dialéctico, como sostenedor de los principios de su partido, como gobernante del Estado Soberano de Boyacá por los años de 1871, y principalmente como periodista en las columnas de *El Relator*, fundado por él; en todos los campos dejó huellas marcadas de su talento; y en medio de los azares de la vida pública, tiempo le quedó para cultivar las bellas letras, dejando obras de verdadero mérito literario.

Las novelas históricas de Felipe Pérez merecen, pues, lugar saliente en la producción nacional. Enamorado de la historia de los países suramericanos, ha trazado hermosos cuadros de las grandes épocas por que pasaron esos pueblos hasta su emancipación; en él predomina la parte histórica, aunque adulterada como ahora veremos, sobre la novelesca, y sólo se sirve de ésta para dar colorido y animación á los acontecimientos que de otro modo se presentarían fríos y desapacibles.

En *Los Gigantes* abarca el gran cuadro histórico que precedió á la Independencia de Colombia y Venezuela; estudia el estado en que se hallaban las colonias, y no concede que la Madre Patria les hubiera hecho beneficio alguno; dice que en cambio del oro, de la dignidad, de la belleza indígena, sólo les dio "la abyección por patriotismo, el látigo por gobierno." Semejante juicio es evidentemente falso, pues sería desconocer los bienes que España dio á sus

colonias, que, aunque se redujeran todos ellos á la predicación del Evangelio y consiguiente implantación de la Religión Católica, tan hondamente arraigada entre nosotros, y á habernos legado como nativa la lengua de Castilla, sólo esto bastaría para compensar en cierto modo el despotismo usado en la Conquista y en los primeros tiempos coloniales. Indispensable se hace reconocer que España se preocupó por sus colonias, introduciendo en ellas mejoras para su adelanto, y prueba de esto, para no citar más, es el Gobierno del Sr. Ezpeleta, á quien el país es deudor de buena parte de nuestro progreso actual, y cuya administración es y será siempre brillante timbre de gloria para el Gobierno que nos lo envió.

Como se ve, pues, el Sr. Pérez se sitúa, para escribir la parte histórica razonada de su novela, desde un punto de vista harto distinto de aquel por el cual deben considerarse justa é imparcialmente los asuntos de la civilización española en sus colonias de América, y consiguiente emancipación de las mismas. Porque prescindiendo de la Religión y de la Lengua, necesario es convenir en que España nos legó una civilización conforme con las circunstancias de entonces. Si paseamos la vista por el vasto territorio de la República, refiriéndonos únicamente á nuestro suelo, por doquiera encontramos la mano de España sacando del oscurantismo y la barbarie indígenas el dilatado territorio de la América. Y la civilización material que la Madre Patria nos legara, aún permanece en pie para atestiguarlo.

¿En dónde están los pueblos fundados en nuestros tiempos de vida republicana? ¿ Dónde las iglesias, los conventos, los colegios, los puentes y calzadas? Doloroso es decirlo: algo se ha hecho, porque la vida estacionaria es más de retroceso que de adelanto, pero es poco cuando se le compara con lo otro. Todas estas obras de civilización material, causa ocasional é instrumento indispensable del desarrollo intelectual y de la moralización de las costumbres, hablan con elocuencia muda de la raza conquistadora que pasó por aquí dejando señalada huella de su interés por

la raza conquistada; y también, precisa confesarlo, otra huella de sangre, de crímenes y de exterminio, pero que no alcanzan á suprimir por completo la obra benéfica de España. Y todas esas obras que han resistido á la mano destructora del tiempo como testigos de la grandeza española en aquellos siglos de su ilimitado poderío, son apenas una parte de los beneficios recibidos. ¿Qué decir de la célebre Expedición botánica que, encabezada por un sacerdote español, abrió vastos horizontes á la ciencia y produjo después falange casi incontable de sabios de que hoy nos orgullecemos? ¿Qué de los trabajos apostólicos de los Jesuítas, á cuyos titánicos esfuerzos se debe en mucha parte el implantamiento de la religión católica y la reducción de los salvajes á una vida más civilizada? ¿Qué decir de la introducción de la imprenta, que facilitó la circulación de las ideas y abrió nuevas fuentes á la educación de los naturales? ¿Qué de la propagación de la vacuna, que aminoró el señorío de la muerte?

En segundo lugar, parece que el autor de *Los Gigantes* ha pretendido demostrar que la guerra de Independencia fue llevada á cabo por los indígenas, con el único fin de vindicar sus derechos, gravemente lesionados por la tiranía española; sin acordarse que los indios fueron siempre partidarios incondicionales de la causa del Rey, y que la guerra fue hecha en su mayor parte por los blancos, cuyo desarrollo intelectual había llegado á su madurez, teniendo por causa eficiente, no el tan cacareado oscurantismo de España para con nosotros, sino la civilización introducida lentamente por ella. Harto convencidos estamos de que la teoría de la generación espontánea no se cumple ni en el orden físico ni en ningún otro. Por eso es imposible, desde todo punto de vista, que por espontánea manifestación resultaran aquí hombres de tan avanzadas ideas políticas, de tanto valer en las ciencias y en las artes, capaces de llevar á cabo la Magna Guerra, listos á derramar su sangre en el altar de una patria naciente. Y el hecho mismo de que nuestros antepasados nos conquistaran, mediante sacrifi-

cios cruentos, la libertad apetecida, es, si se quiere, una prueba palmaria de que España había traído á sus colonias una civilización para aquellos tiempos fructuosa. Mas esto no justifica en manera alguna los desmanes é injusticias de muchos mandatarios españoles, quienes, valiéndose de la distancia que los separaba del Soberano, y abusando de la exigua parte de autoridad por el Rey á ellos conferida, quisieron hacerse dueños y señores de estos territorios y cometieron los más espantosos crímenes.

Ahora, no obstante todos los adelantos efectuados en las colonias, la Independencia se justifica plenamente á los ojos de la religión, de la moral y del derecho, atendidas las múltiples y juiciosas razones que en pro de este asunto se han presentado. Y para no alargarnos demasiado, referimos al lector interesado en estas materias al bien pensado artículo que bajo el título de *La emancipación de América ante la moral católica,* publicó en el número 26 de la *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario,* el Dr. Rafael María Carrasquilla.

Así pues, el libro del Sr. Pérez es más histórico que novelesco, pero la historia está allí falseada casi en su totalidad, dadas las ideas que sobre el particular predominaban entonces, cuando se quería justificar la Independencia únicamente por los desmanes y atropellos cometidos por los peninsulares, sin pensar que el desenvolvimiento de la vida colonial, el lamentable estado político de la monarquía al alborear el siglo XIX, dieron margen á que los súbditos de aquende los mares lanzaran el grito de guerra apoyados en sus legítimos derechos.

Y en cuanto á los personajes históricos, el Sr. Pérez se deja llevar á veces por su rica y poderosa fantasía, á veces por su aversión á España, hasta el punto de desfigurarlos. Tal acontece, por ejemplo, con el de la Virreina á quien, sin dejar de reconocerle talento y habilidad política comparada con su marido, el mediano Virrey Amar y Borbón, la presenta asaz ambiciosa y cegada por la sed de oro hasta el extremo. Y para desarrollar la parte novelesca, siempre

en relación con el tópico principal de la obra, el Sr. Pérez introduce personajes, mitad reales, mitad simbólicos, que viviendo en un mundo fantástico, parece que contribuyen á dirigir la máquina de los sucesos. Estos simbolismos no son hoy de recibo en la novela histórica, la cual, sin abandonar el colorido que tanto interés produce, busca siempre por guía la más absoluta certeza en hechos y personas. Con todo, el Sr. Pérez tiene personajes históricos muy bien caracterizados y muy llenos de verdad.

Otro de los aspectos por que puede admirarse la novela del Sr. Pérez, es por el de las descripciones, en las cuales su imaginación hallaba siempre dónde espaciarse. La naturaleza virgen de aquellos primeros tiempos y en aquellas regiones asiento de un mundo salvaje, las costumbres de los indios *guahibos* y las de otras tribus, la cacería de caimanes y de otros animales feroces, la descripción de los vestidos de los naturales, etc., hace suponer en el Sr. Pérez una extensa erudición en cuestiones indígenas, pues tan perfectamente describe y tales detalles curiosos introduce, que aquello sólo es accesible mediante largo y concienzudo estudio. Para el curioso, amigo de rastrear las costumbres de los indios de nuestras selvas bravías, el libro del Sr. Pérez es fuente de investigación, pues analiza, describe, pinta la naturaleza en toda su pompa primitiva; y con ese espíritu sutil que lo distingue, nos da á conocer muchas peculiaridades de la vida indígena, que en un libro de historia se harían fatigosas á la par que inútiles. Otra de las cosas que describe, y con bastante propiedad, es la vida física é histórica de los Llanos, siempre abiertos para el ojo observador é inteligente; el Sr. Pérez, al hablar del desarrollo civilizador de esas regiones, era natural que hablase, como en efecto habla, de los Jesuítas, á quienes con justicia ensalza, por haber sido ellos los únicos que lograron hacer allí algo duradero en medio de mortales peligros. Estaban ayudados por Dios, y su Dorado era la propagación evangélica.

Sin ser esta parte la más amena del libro, porque las series de enumeraciones y descripciones alejan del centro

primordial, fuerza es reconocer que el Sr. Pérez ha exhibido en algunas partes una de las ventajas de la novela histórica, y es enseñar interesando á cada paso, ya por el lenguaje correcto, ya por la viveza de algunos cuadros como aquel en que se narran los acontecimientos del 20 de Julio, en donde el entusiasmo y fluidez del diálogo despiertan interés creciente como si el lector los presenciara de nuevo.

Las otras obras histórico-novelescas de este autor no interesan mucho por el asunto, tomado de las cosas del Perú: abarca en cuatro novelas la civilización de los Incas, desde la puramente indiana hasta la época en que, mezclados naturales y europeos, fue resultante de otra civilización. Las cuatro novelas son: *Huayna Capac, Atahualpa, Los Pizarros* y *Gilma.*

El Sr. Pérez ha personificado en *Huayna Capac,* la primera faz de esa civilización. Esta es una novela breve y que debió costar á su autor mucha labor, porque le fue necesario consultar el idioma, la estructura de la sociedad, costumbres y monumentos antiguos y empaparse en la crítica juiciosa del célebre Prescott. En esa erudición, en ese peruanismo, estriba el valor de la obra, pues trátase allí de dar á conocer lo que había antes de la invasión española, y de ver lo que sobre ese mundo indígena edificaron en el siglo XVI los conquistadores.

En *Atahualpa* se pintan las divisiones y disensiones de de un Imperio que, á no haber sido por ese dualismo gubernamental que siempre enflaquece y debilita, no hubiera podido ser fácilmente sojuzgado por los castellanos para la monarquía española; el interés crece cuando se observa aquel vasto y rico territorio de los Incas que en medio de sus luchas intestinas no alcanzaba á vislumbrar la tempestad que, partiendo de las costas del mar de Balboa, se iba á descargar furiosa sobre él. La hora de la caída de tanto poderío había sonado lúgubremente y se iba á perder una nacionalidad al golpe de las espadas toledanas.

En *Los Pizarros,* continuación de *Atahualpa,* aparece revuelta aquella sociedad indígena que bajo Huayna Capac

habíamos visto tranquila y floreciente. Tomando por punto de partida la expedición de Pizarro y Almagro, lentamente el Sr. Pérez nos va llevando sobre el Pacífico á los dominios del Perú, donde por desgracia se cometieron crímenes espantosos que la historia se ha apresurado á reprobar. Allí vemos aquella época de descubrimientos en que á trueque del oro y los honores, no se tenía en nada la vida; la elocuencia del clérigo Luque, más puesta al servicio de su codicia inmoderada que á la religión á que pertenecía; la anarquía que bien pronto invadió el Perú, ya en manos de los españoles; los asesinatos, las guerras banderizas. La anarquía va cediendo terreno, y Pedro de la Gasca logra cimentar el régimen de la Corona y volver las cosas á un estado mejor. En medio de tantas peripecias como abatieron aquella tierra, asiento de una civilización adelantada, se puede apreciar el valor indomable de jefes y soldados, y los Pizarros con su largo cortejo de grandeza y pequeñez, siempre representarán para España, junto con el célebre conquistador de Méjico, gran parte de sus magnas hazañas en aquella época en que los nombres de dos de sus hijos se unieron á los de los más renombrados conquistadores de la humanidad.

Esta novela *Los Pizarros* está dividida en tres partes, la primera de las cuales comprende desde las negociaciones hechas en Panamá para la expedición, y primeros resultados de ésta. Allí se pinta muy bien aquella época de los descubrimientos y conquistas y da ocasión al autor para hablar del espíritu guerrero y aventurero de los españoles.

La segunda parte trata de la vuelta de Pizarro á la Península con el fin de capitular á derechas con el Soberano la definitiva conquista del Perú; pero ni el oro recogido en la expedición, ni la fama del futuro Marqués fueron suficientes á impedir que á su llegada á España sus émulos lo lanzaran á la cárcel por antiguas deudas. Y con todo, el espíritu fuerte de Pizarro no decayó, antes bien, se templó mejor en la adversidad, hasta que á la postre pudo en Toledo capitular con el Emperador Carlos V, adquiriendo

para sí títulos y honores. Todas estas negociaciones dan pie al Sr. Pérez para pintar un poco la Corte española de entonces con sus intrigas y pequeñeces; pero por encima está la mano fuerte de Carlos V, que hasta los últimos momentos de su poderío terrenal supo dar lustre á los reinos que le legaron sus mayores.

Allí aparecen en escena Hernando y Gonzalo Pizarro, pobres expósitos, como su hermano Francisco: la fama del Perú los hace enganchar en la expedición y darse á la vela en los buques que el magnánimo Cortés regalaba á Pizarro para la prosecución de sus conquistas, salvándolo así de las calamitosas circunstancias en que éste estaba envuelto, debido al despilfarro que había tenido que hacer en la Corte antes de que se le concediera la audiencia del Soberano.

En la tercera parte hay más novela que en las dos anteriores. Los amores de Pizarro con Florazul, la fuga de ésta en manos de Alí, el domador que la engaña, la batalla de Puná, la lucha del griego Candia para arrancar á Florazul de las garras de su robador y devolverla á Pizarro, el sacrificio de Chalcuchima, etc., son cuadros novelescos y á ratos puramente fantásticos.

Al tratar de la reconquista del país por los naturales, tiene la historia del Sr. Pérez bríos románticos y pintorescos. Allí no se sabe qué admirar más: si la intrepidez estoica de los españoles, ó la resistencia de los peruanos para defender su imperio, que se desmoronaba para trocarse en colonia española. Juan, Gonzalo, Hernando, verdaderos héroes en aquella guerra magna; Hualpa, Manco, los adalides que luchan hasta la muerte, envueltos en el jirón de sus banderas. En esta parte el estilo es animadísimo: se siente correr la sangre, el silbar de las flechas envenenadas, el rápido galope de la caballería española, el hálito poderoso de la muerte que se adueña de la metrópoli peruana. El levantamiento había sido general. De aquellos varones ilustres, súbditos de Carlos V, parecía que nada iba á quedar. La ambición de gloria, de mando

y de riqueza, y principalmente la venganza, produjeron el 26 de Junio de 1541, día nefasto en aquellos dilatados imperios, efecto de crímenes anteriores y productor de los que después se presenciaron El señor Pérez hace algunas juiciosas consideraciones acerca de los conquistadores del Perú, quienes de humilde linaje que eran, merced á su valor se levantaron á tan excelsa cumbre, pero á quienes perdió así mismo su poder casi ilimitado. España demoró bastante en colocar los nombres de estos valerosos en el catálogo de los grandes, y por eso dice el señor Pérez con mucha razón: "España siempre se ha distinguido por la justicia tardía que ha hecho á sus grandes hombres" El ejemplo de Colón bastaría á justificar esta aserción.

Gilma ó continuación de los Pizarros, es para muchos la personificación del Perú, medio sojuzgado, medio cristiano, al cual no le queda ya sino una alternativa: ó doblar la cerviz ante el yugo de los conquistadores, ó sucumbir derramando su sangre. Los Incas, al morir, representan la majestad de aquel imperio; sus súbditos, doblando la cabeza, nos indican la supremacía de la fuerza sobre el derecho.

Los personajes de estas obras—si se exceptúan algunos—son históricos, verdaderos los más de los sucesos principales; el color de la época, cosa importantísima en este género pseudo-histórico, las costumbres indígenas, la religión, sus tradiciones, la naturaleza andina con toda su pompa y majestad salvajes, todo está descrito con interés y entusiasmo y siempre en un lenguaje florido, fácil y elegante. La naturalidad del diálogo, rápido y animado, el desembarazo de la narración y la unidad de concepción, son cosas que van en progreso desde *Huayna Capac* hasta *Gilma*.

No queremos terminar sin transcribir á la letra las palabras de un escritor ilustre (1), quien después de elogiar la labor literaria del Sr. Pérez, agrega: "¿No tienen,

(1) Manuel Ancízar.

pues, defectos sus obras? Tanto así no hemos querido decir, ni podría decirse de escritor alguno. Escribir obras de amena literatura en un país en que todavía son escasísimos los consunos intelectuales y, por tanto, muy mezquina, si alguna, la remuneración de ese trabajo, es tarea tan meritoria, tan desinteresadamente patriótica, que no deja lugar para una crítica severa. ¿Cuántos defectos provendrán del desaliento y no de la incompetencia del escritor? Que brille el ingenio en una obra, el espíritu creador, capaz de ejecutar grandes cosas, como incontestablemente brilla en las producciones literarias del Sr. Pérez, y eso basta para tener perfecto derecho á ser elogiado y alentado."

Estas obras del Sr. Pérez son poco conocidas entre nosotros; quizá se deba esto á que versan sobre asuntos que muy poco nos interesan; á buen seguro que si el señor Pérez hubiera escrito juiciosamente sus novelas históricas, tomando por cuadro nuestra vida nacional en sus diferentes épocas, cosa que no hubiera sido para él difícil, tendríamos hoy, á no dudarlo, obras completas sobre el particular y que todo el mundo leería con marcado deleite.

II

Al proseguir enumerando las novelas históricas más salientes que tenemos, tiempo es ya de citar, en el puesto que se merece, á D. José Caicedo Rojas, autor de *Don Alvaro (Cuadros novelescos é históricos del siglo XVI)*, que apareció en varios números de la ya extinta *Revista de Bogotá*.

Educado en el Colegio del Rosario, el Sr. Caicedo Rojas empezó su laboriosa carrera de literato en algunos periódicos de la capital, allá por los años de 1840; escribió para el teatro algunas piezas dramáticas, que subieron á la escena con grande éxito, *ut temporibus illis;* y más tarde colaboró asiduamente en notables publicaciones bogotanas,

tales como *La Caridad*, *La Revista de Bogotá*, *El Repertorio Colombiano*, etc. Así mismo fue gran patrocinador de las letras patrias, y bajo su dirección vieron la luz poesías y obras en prosa de autores nacionales.

Resucitar una época ya medio muerta en el entendimiento de los actuales habitantes, poder presentar un cuadro de la vida colonial, de la cual la historia nos refiere apenas las cosas más importantes, interpretar las crónicas antiguas dormidas en el polvo de los archivos, y lograr interesar todavía á lectores separados de la escena por largo espacio de tiempo, son cosas que requieren no poco talento y erudición. Hé ahí la tarea del Sr. Caicedo Rojas en su simpática novela, que ha venido á ser una curiosidad bibliográfiea.

A la verdad, poco es el interés que de suyo pueden ofrecer aquellos tiempos del siglo XVI, en que apenas Santafé salía de las manos de sus fundadores, en que el radio de la ciudad era muy reducido y poco numerosos sus moradores, y en que el respeto de los colonos á la autoridad real era quizá mayor que el que hoy se ve en muchas monarquías. Para los naturales de las colonias no había en aquella centuria estímulos que los levantaran al nivel de los españoles peninsulares; el progreso material empezaba escasamente á iniciarse en Santafé y otros puntos del país, y si las ciudades aumentaban, era menos por el gusto de hermosearlas que por la necesidad de los inmigrantes que soñaban encontrar en todas partes de América imperios tan ricos como el Perú. Nuestra capital misma apenas ha progresado en lo material desde hace corto tiempo, relativamente; y en cuanto á otras ciudades de menor importancia, puede decirse que se han quedado casi como las dejaron los fundadores españoles.

Las escenas histórico-novelescas narradas en *Don Alvaro* se realizan en Santafé, y á ellas sirve de introducción el trágico episodio de Gilma y Tilmaquín, que interpretado por los vaticinadores de entonces, significaba la próxima invasión del reino por gente extranjera.

El mismo Sr. Caicedo dice en alguna parte de su libro: "Esta no es una novela propiamente dicha, ni el enredo ó trama que pudieran darle tal carácter es aquí lo principal: son simplemente cuadros simples de antiguas costumbres y tradiciones nacionales, á las que sirve como de argamasa y liga para unirlos, la historia de los cuasi mudos amores de dos buenos mozos y buenos corazones, *verdaderas almas de Dios.*" Como tal, pues, hay que considerar esta obra, notando sí que el señor Caicedo supo fundir muy bien los dos elementos que para muchos son escollo insuperable. Por ambos lados sabe interesarnos, y aunque la trama de los amores de D. Alvaro y Constanza se encuentra muchas veces en novelas y dramas, está, sin embargo, presentada con buen gusto y naturalidad. Constanza, una de las hijas de D. Pedro de Urrego, mercader español residente en Santafé, se enamora en silencio de D. Alvaro, apuesto y valiente caballero como lo eran casi todos los españoles de posición que entonces pisaban el Nuevo Mundo; esos amores, nacidos á la salida de la iglesia, se van desarrollando poco á poco á despecho de D. Pedro, que, calculista siempre, quiere casar á su hija con D. Jerónimo de Oviedo, viejo rico, pero que no logra despertar en Constanza un soplo de cariño hacia él. D. Alvaro, después de algún ligero altercado con D. Pedro, á causa de que aquél seguía de cerca á la familia de éste, se ausenta del Reino, y contra lo creído, se presenta de nuevo en el momento en que se verifican unas justas y torneos en la plaza pública; se hace anunciar como caballero, lucha, vence á sus antagonistas y recibe el premio de manos de Constanza, quien había esperado verlo en la entrada del Presidente González, pero en vano. Era necesario que ahondase más en su corazón la pasión amorosa que la consumía, preciso era que el amor echase más profundas raíces en el corazón de la hija del mercader español. El instante llega contra toda esperanza: los viejos y silenciosos amantes se reconocen de nuevo.... Después, una noche de luna indecisa, en que D. Pedro había salido al campo, sus hijas, llevadas por la

curiosidad, estaban á la ventana en acecho de lo que pudiera ser el fantasma de la *mula herrada,* cuando, ¡oh sorpresa para aquellos tiempos! ven á D. Alvaro en ella. Un diálogo tenido con un fraile hace detener al valiente español frente á la ventana de la casa de D. Pedro; de repente aparece éste á caballo, y creyendo que el apuesto mozo, aprovechándose de su ausencia, quería deshonrar su casa, lo reta allí mismo á singular combate; y en menos de nada, y contra las protestas de inocencia, cae Alvaro herido en un costado. Lo introducen á casa del matador, sin saberlo Constanza, á quien un accidente ha privado del conocimiento. Allí, tras algunos días en que el cirujano no daba esperanzas de vida para D. Alvaro, éste logra verse con el objeto de su amor. Hay una escena vivísima de juramentos y promesas mutuas al borde del sepulcro; Constanza declara firmemente su amor, jura no pertenecer jamás á otro hombre, y él la entrega, como lazo de unión conyugal, una joya preciosa que había pertenecido nada menos que á la Reina Isabel de Inglaterra. ¡Y D. Alvaro expira! D. Pedro es condenado á corta prisión y desterrado del Reino: prueba clara de la inflexibilidad de la justicia de entonces. Constanza acaba sus días entrando de monja al convento de La Concepción. Figura en esta parte novelesca una linda guacamaya que, lanzando de cuándo en cuándo unas palabras vaticinadoras del dolor, hace recordar el ave negra de *María.*

Mas si este libro no vale tanto por la parte novelesca, no obstante lo galano de la forma y el brío con que estudia los caracteres de los personajes que en él actúan, tiene no escaso mérito basado en el color de la época, en el modo de presentar los acontecimientos; allí están las fiestas religiosas, las diversiones públicas y privadas de una ciudad naciente, las comidas, los trajes, la recepción de los gobernantes, las cacerías, las excursiones veraniegas, junto con curiosos datos verdaderamente históricos. Pasando los episodios que refiere el Sr. Caicedo cuando estaba para llegar D. Antonio González, nombrado Presidente del Nuevo Rei-

no, y de quien dice el Sr. Caicedo: "fue uno de los mejores que tuvo el Reino, por su ilustración, su amor al país, y su genio suave y accesible," se le presenta coyuntura para pintar la vida de entonces en diversos puntos del país, descripciones que hacen renacer en la memoria la Santafé de aquellos tiempos venturosos en que el pueblo colonial respetaba á sus gobernantes como si fuera el Rey en persona quien los mandase. Oigase lo que dice el Sr. Caicedo al hablar del recibimiento de D. Antonio González: "El aspecto de la ciudad había cambiado enteramente; sus habitantes, de ordinario tranquilos y flemáticos, habían tomado un aire de actividad y ocupación desusadas; por todas partes se veían acarrear maderas, lonas y canastos, á las gentes cruzar apresuradas por las calles al par de los caballos y arneses; los sastres, talabarteros, batihojas, zapateros, albéitares, carpinteros y peluqueros, aunque en corto número todavía en la ciudad, todos tenían ocupación abundante y andaban afanados buscando lo que necesitaban para sus obras y solicitando oficiales. Al silencio habitual había sucedido la animación y movimiento, y todos los semblantes expresaban una misma emoción y una misma esperanza que rayaba ya en pueril."

Entre los episodios de *Don Alvaro*, hay uno digno de encomio y en que el autor sigue á Walter Scott, si bien á mucha distancia del novelista inglés. Ese episodio es el que se refiere á las justas habidas en Santafé, con ocasión de la llegada del Sr. González, y como la mejor señal de regocijo y muestra de adhesión y respeto á la Corona por los grandes acontecimientos que entonces tenían lugar en la Península. Fácilmente se recuerda el célebre *Tournment* de Scott en *Yvanhoe*, y que es en esta obra inmortal uno de los mejores capítulos. Con todo, la diferencia es grandísima entre uno y otro: no solamente en el lenguaje y viveza de estilo, sino debido á que esos torneos en la Gran Bretaña tendrían más aparato del que pudieran tener en una incipiente colonia.

El caballero desconocido, vencedor de Fonte y de García Zorro, bien se adivina que es D. Alvaro, diestro en materias de equitación y valiente en todos los momentos de su vida; y el cuadro que presenta el vencedor, al recibir de manos de Constanza los galardones del triunfo, en medio de la sensación producida por el desmayo del viejo Capitán, es digna de las edades caballerescas y en él encaja muy bien la súbita emoción de la silenciosa muchacha al encontrarse frente á frente con el dueño de su corazón. El lector se siente despistado con aquella repentina aparición del caballero (explicada más adelante), cuya apuesta figura se patentiza al dar cuenta el autor de su entrada en la lid, con las siguientes palabras: "El sol doraba ya apenas con sus lánguidos rayos la torre de la Catedral, y pronto vendría la noche á dar fin á aquel sabroso entretenimiento y solaz, cuando el heraldo que estaba de facción en la puerta del norte, anunció con su trompeta que se presentaba un nuevo caballero, en demanda de entrada á la plaza. Un sordo murmullo, y el tropel de la gente que se agolpaba en aquel punto, hicieron suspender por un momento toda otra atención, y allí dirigieron sus curiosas miradas todos los espectadores, que no aguardaban esta nueva y sorprendente escena."

A más de este episodio, hay otros cuadros dignos de atención por la manera gráfica y atractiva con que están presentados. Dígalo, si nó, la comida en casa de D. Pedro de Urrego, donde uno conoce perfectamente cómo era entonces el arte de cocina, los cumplidos de la sociedad en un caso como éste, y las trazas de que se valió el astuto padre para ver de colocar á su hija Constanza con D. Jerónimo de Oviedo. Estos cuadros, en lo general, son muy animados, las personas de los comensales muy bien dibujadas y todo salpicado de cierto delicado gracejo que hace asomar la risa á los labios. D. José Manuel Marroquín ha dicho del Sr. Caicedo Rojas: "Si se me pregunta cuáles son las dotes que más admiro entre las que hacen que el Sr. Caicedo se distinga, diré que, á mi juicio, son el buen

gusto y la delicadeza." Por eso la novela histórica de este autor, junto con sus demás obras, figurarán siempre con honra en el ya extenso católogo de las producciones nacionales.

III

Perteneciente á la generación romántica de mediados del siglo XIX, es D. José María Samper, á quien debemos nombrar por sus trabajos en el campo de la novela. Ha dejado puesto culminante en el país por sus brillantes dotes de estadista; y por su acendrado patriotismo, por su espíritu recto, por la nobleza de su carácter, por su fidelidad á sus amigos personales, ha quedado como ejemplo entre sus conciudadanos.

Quizá le haya perjudicado un tanto para su fama posterior el hecho de que paseó su talento multiforme y su rica imaginación por todos los campos de la ciencia, de la política, de la literatura, de la poesía, del periodismo en sns diversas faces, etc. Es, pues, un verdadero polígrafo en nuestra literatura.

Sus obras revelan al escritor vigoroso, al hombre convencido de sus ideales. En Samper hubo constante evolución de ideas religiosas y políticas, siempre de buena fe, siempre hacia la verdad y el bien.

Nos dejó varias novelas de escenas de la vida colombiana, tales como *Florencio Conde, El Poeta Soldado,* la que lleva por nombre *Escenas de la vida neogranadina,* y otras. Pero de todas ellas, la que más se nombra, la que mayor curiosidad ha despertado y probablemente la que se lee con mayor agrado, es *Martín Flórez*, obra escrita en la plenitud de su vida, cuando su talento é imaginación habían llegado á su desarrollo. Con esta novela el Sr. Samper se coloca en buen puesto entre los prosadores colombianos.

Es el libro que nos ocupa una narración, como el mismo Dr. Samper lo anuncia, de la historia, un tanto romántica, de un joven desgraciado á quien el autor encuentra

por casualidad en una población de nuestras tierras templadas, y con el cual traba amistad del modo más sencillo y natural, pues "en nuestro país la cortesía es general y espontánea; se pasa luégo con mucha facilidad de la cortesía á la conversación franca y fácil, entre gentes que no se conocen, y de la conversación franca á la amistad no hay más que un paso," dice el Sr. Samper en el primer capítulo de su novela.

La historia del joven Martín Flórez es bastante sentimental, y en síntesis queda reducida á lo siguiente:

Martín, hijo de un veterano de la Independencia, viene á educarse en Bogotá bajo la dirección de D. Marcos Plata, hombre sano y caritativo; á poco Martín, con aquel entusiasmo propio de la inexperta juventud y más hijo del sentimiento que de la reflexión, se enamora de Dolores, á quien conoció en el cementerio de la ciudad. La familia de la muchacha, por uno de esos trances tan frecuentes en la sociedad, se arruina, y Martín, para poder unir á ella su suerte, emprende un largo y penoso viaje al Tōlima en busca de fortuna. En su ausencia, la veleidad de Dolores la lleva á casarse con Villa, antiguo rival de Martín, tipo del mozo ignorante que con el dinero cree alcanzarlo todo. En el momento en que Martín llega á la Sabana, prevenido por su amigo Aurelio de lo que estaba sucediendo, halla que su antigua prometida se ha casado ya, y viene entonces la desesperación ante la esperanza tan vilmente burlada. El herido mancebo resuelve vengarse de esta traición y penetra en la casa de campo de los desposados, aprovechando la ausencia de Villa. Hay allí en aquella mansión solitaria una escena verdaderamente romántica, descrita con calor y fuego, y cuyo desenlace, que iba siendo funesto, fue milagrosamente frustrado. Huye entonces Martín á Bogotá; resuelve hacerse fraile; profesa, y cuando va á ejercer, lleno de unción, el sacramento de la penitencia, la primera alma que á sus pies se arrodilla para implorar el perdón de lo alto, es Dolores! El confesor la reconoce, la penitente reconoce á Martín á través del cambio

operado en sus facciones y vestido. ¿Qué hacer ante tan desesperante realidad? Huír lejos. Entonces busca el joven penitente la inmensidad del Llano, y se entrega á la laboriosa tarea del misionero, labor en la cual cosecha abundantes frutos gracias á su celo y caridad. Después de un año de ardorosas luchas con la naturaleza, el joven fraile regresa á Bogotá á presenciar la muerte del Prior de su Convento. Intenta volver al Meta, pero sabe que su ausencia de aquellas soledades fue causa de que los salvajes lo destruyeran todo. Aparece entonces la guerra del año 1860, y tiene lugar el formidable sitio de San Agustín, donde tanto se distinguieron los sitiados y donde pereció la flor y nata de un partido en defensa de sus principios políticos.

Allí estaba el Padre José, como se llamaba Martín Flórez. Al terminarse el sitio, un defensor del convento cae herido de muerte; el Padre José corre á auxiliarlo, y ¡oh sorpresa! se encuentra cara á cara con el esposo de su antigua novia: Villa. Lo absuelve, lo perdona, y cuando al siguiente día viene Dolores en busca de su marido, Martín le muestra el demacrado rostro de Villa hecho cadáver.

—¡Gran Dios! ¡Qué aparición! exclamó aquella hermosa mujer al reparar en las facciones y oír el acento de Martín.

—¡Silencio, señora! repuso el fraile. ¡Vuestro esposo ha muerto en mis brazos, absuelto y perdonado por mí!

La infeliz señora cayó de rodillas delante del cadáver, y el fraile se alejó de aquel lugar de duelo, enjugándose una lágrima y diciendo:

"¡Pobre Dolores!"

Quince días después Martín vivía en la hacienda de D. Marcos, cerca de Funza, encargado de la educación de los hijos de su benefactor. ¿Y Dolores?.... pobre Dolores.... estaba loca.

Tales son las últimas palabras de *Martín Flórez*, novela á la que su autor ha querido dar un carácter histórico y cuyos personajes, una de las cosas á que se da mayor importancia en el modo de novelar actual, están bien deli-

neados, sobre todo el del protagonista—Martín,—quien sostiene en su corazón luchas profundas entre el recuerdo venerable de su padre y el amor tierno primero, impetuoso después, que Dolores le ha inspirado; entre su pasión ardorosa y la conducta ostensiblemente infiel de su amada, lo cual muestra á las claras lo que es el amor cuando logra eclipsar las facultades mentales. En la pintura de ese personaje el autor ha salido airoso, porque Martín es un caballero que se enamora con el corazón, y cuando ve que todo está perdido sin remedio y que en las veleidades del mundo no se puede encontrar el reposo del espíritu, busca refugio en la religión católica, única que suministra la paz á las conciencias y hace al hombre feliz. La firmeza de su carácter ante la resolución de hacerse fraile, no obstante los mil y mil consejos de sus amigos, nos indica cuánta es la asistencia de la gracia divina para el corazón recto que sólo espera en Dios y en El deposita toda su confianza. Su abnegación al partir para el Llano para evitar la vista del objeto por que en otro tiempo había luchado, muestra la firme rectitud de la voluntad hacia el bien, evitando las ocasiones de quebrantar la palabra empeñada. Y por último, aquella terneza infinita al perdonar á Villa, es prueba de la gran enseñanza recibida con el ejemplo de Cristo, quien nos enseña á perdonar á nuestros enemigos.

Amante el Dr. Samper de la naturaleza, tiene verdaderos cuadros que dejan entrever al artista, al hombre que siente las impresiones de la naturaleza, que sabe trasladar al lienzo novelesco panoramas enteros que bien pudieran inspirar á diestros pinceles. Transcribimos aquí uno de tantos cuadros, en que el autor describe con precisión y vivo colorido:

"La estación era de pleno verano, la tarde estaba serena y la temperatura ardiente, y sin embargo el sol no me calentaba la cabeza ni reflejaba su luz en las colinas del contorno. Volví la cara hacia el poniente y vi una especie de eclipse de sol, producido únicamente por la densidad de la atmósfera. A causa de las innumerables *quemas* de po-

treros y *rozas*, propias de la estación, que se hacían en una vasta extensión del territorio circunvecino, la atmósfera había perdido su transparencia ordinaria. Era una atmósfera de humo, espesa y de tintas entre pardas y amarillentas, que, como una inmensa mortaja de plomo, encapotaba el cielo del lado del poniente y apagaba todos los reflejos del sol. El astro soberano había perdido esa irradiación que es como la terrible altivez de su mirada de fuego, con que deslumbra y ciega al que se atreve á contemplarlo. Parecía una estupenda lámpara suspendida en la profundidad de un subterráneo, sin titilación en su llama ni reverberación en su disco. Se hubiera dicho que en vez de una auréola de rayos luminosos y punzantes, tenía el sol un capuchón que le cubría la cabellera, mostrando apenas su faz redonda, lívida y sin expresión. Se le podía mirar durante largo rato sin pestañar. Por primera vez el sol me parecía triste y humilde, puesto que se le podía mirar de hito en hito ó contemplarlo sin temor. El horno eterno, donde Dios prepara la vida de la creación, parecía como apagándose; su aspecto tenía como la sublimidad de una agonía tranquila ó de una inmensa ruina iluminada por el reflejo de lúgubres hachones."

Y se ve que el Dr. Samper gustaba de la descripción, pues más adelante, al hablar de los Llanos donde Martín ejerce su ministerio apostólico, se extiende en dar á conocer esos desiertos describriéndolos con muchos detalles, pero siempre con el mismo buen gusto, con el elegante lenguaje que lo distingue y con el amor que por la naturaleza sentía su alma al verse en contacto con ella. Esta parte de los Llanos recuerda á D. Felipe Pérez en *Los Gigantes.*

No descuida el Dr. Samper las ocasiones para presentar en hermosa forma expositiva sus doctrinas religiosas y políticas, y así, abunda en teorías de moral y de gobierno tratadas con mucha sencillez y convicción profunda; de manera que un estudio más detenido de esta obra podría servir para conocer el carácter religioso, político y social

de su autor, porque en ella nos muestra las doctrinas sobre las cuestiones que en su tiempo se agitaban.

De todos los capítulos de la novela, el que más movimiento encierra es el de *La Venganza*, en donde Martín, ebrio de cólera, casi loco, resuelve vengar el ultraje recibido con la traición de Dolores al casarse con Villa. Allí palpita la desesperación, con brío de lenguaje, con exuberante expresión de los afectos. La pasión del amor que ciega hasta morir está allí en toda su más alta manifestación; es un cuadro sombrío, lúgubre, en que luchan los resplandores de la muerte con la palpitación de dos corazones. Dolores se muestra altiva, valerosa ante su enemigo, y cuando después de agotar los recursos de la palabra, acude á las armas, la figura de esa mujer tiene algo de grandioso y de tétrico que contrasta con su habitual modo de ser. Es un cuadro que infunde espanto y eriza los cabellos y hace recordar los ya lejanos tiempo del romanticismo.

La parte histórica de *Martín Flórez* está principalmente en la célebre relación del combate de San Agustín en 1862, en la cual el Dr. Samper encontró la frase adecuada para alabar aquel titánico esfuerzo del partido político á que estaba afiliado entonces, hecho que ha pasado á la historia nacional, circundado de refulgente auréola de heroísmo, aunque infructuoso como lo han sido todas nuestras contiendas civiles. "Aquel combate, dice el Dr. Samper, fue sin duda, por todas sus circunstancias, el acto más grande y glorioso de una revolución en que todo el mundo hizo sacrificios, soportó amarguras y combatió como soldado. Ricaurte había sido heroico individualmente en San Mateo; en San Agustín lo fue todo un partido político, arrojando á la balanza del peligro la mayor parte de sus más preciosas vidas ó de sus más nobles figuras. Si los partidos hubieran de ser juzgados solamente por sus actos de abnegación y heroísmo, el liberal tendría en Colombia asegurada su perpetua gloria con el terrible combate de San Agustín."

IV

Y ya que hablamos del Dr. José María Samper, oportuno nos parece nombrar aquí á su señora esposa, D.ª Soledad Acosta de Samper, que desde hace ya largo tiempo vive noblemente consagrada al cultivo de las letras, en cuyo campo ha obtenido repetidas veces triunfos duraderos.

En los periódicos literarios de la capital se encuentran numerosos artículos suyos; fue fundadora de *La Mujer* y de *El Domingo de la familia cristiana*, importantes revistas en las cuales abogó mucho por la educación de su sexo y en donde corren publicados estudios serios de historia y de literatura.

En 1869 publicó Dª Soledad un voluminoso tomo con el título de *Novelas y Cuadros de la vida sudamericana*, en el que pueden leerse tres de sus mejores producciones novelescas: *Dolores*, *Teresa la Limeña* y *El corazón de la mujer*. Fuera de éstas ha publicado otras que aparecieron en folletines de varios periódicos; y se ha consagrado á los estudios de nuestra historia patria, lo cual es digno de mucha alabanza, hoy que por lo general los asuntos anteriores á nuestra independencia están medio olvidados.

No entramos en la crítica de las obras de la Sra. Acosta de Samper. La profunda estimación y respeto que nos inspiran, sin el honor de haberla saludado siquiera, no sólo sus prendas literarias, sino sus eminentes virtudes, sus egregias dotes de matrona cristiána, harían que no fuéramos, ó no pareciéramos imparciales al elogiarla; ó que nuestros encomios se atribuyeran á la galantería debida por un joven principiante á una dama digna de respeto por cien títulos diversos.

V

Otra novela histórica, no muy conocida, es la que lleva por título *El Alférez Real*, de D. Eustaquio Palacios, escrita en el Cauca por los años de 1886

En la dedicatoria que de la obra hace el autor á un su amigo, declara explícitamente haberse servido para su factura "de un cuento puramente fantástico para describir personajes reales y hechos verdaderos y las costumbres de esta ciudad (Cali) en una época determinada." En efecto, *El Alférez Real*, considerado por su aspecto novelesco, no alcanza á muy altas regiones: carece del actractivo, de la fluidez del lenguaje, de lo pintoresco de las descripciones y de otras muchos cualidades que tienen las novelas históricas.

Cada vez más se ve la gran dificultad con que tropiezan los escritores que quieren fundir en uno solo dos elementos heterogéneos, como son la novela y la historia, pues frecuentemente predomina uno de los dos, con casi absoluta exclusión del otro, lo cual se observa aun en varios episodios de Pérez Galdós, en que se ve forzado á dejar á un lado la parte novelesca para narrar acontecimientos históricos, y al contrario.

El cuento de que se vale el Sr. Palacios es en realidad fantástico, pero no tuvo talento de novelista para preparar bien el desenlace desde los primeros capítulos, y se quedó así á larga distancia de los verdaderos cultivadores del género que, como Alarcón, llevan la trama con suma sencillez hasta el fin, sin que el lector barrunte el desenlace, que, sin embargo, se presenta naturalmente. La novela del Sr. Palacios pierde su interés como tal, y su mérito está en otra parte.

Mas, considerado *El Alférez Real* por su segundo aspecto —el histórico— es digno de elogio, porque es una pintura casi á lo vivo de las costumbres y la vida de Cali á fines del siglo XVIII, cuando las ejecutorias de nobleza estaban de moda y aún no asomaba por Oriente la aurora que había de anunciar la abolición de la esclavitud, institución odiosa y que será una mancha eterna para la humanidad, por más que hayan querido algunos fundar la esclavitud en la misma naturaleza.

El Sr. Palacios empieza su libro pintándonos la hacienda de *Cañasgordas*, donde se desarrolla lo principal del cuento fantástico, y sigue luégo refiriendo la historia de Cali y describiendo su situación topográfica en el valle del Cauca, para empezar luégo el relato histórico de las principales costumbres de la ciudad; puede verse allí cómo era la vida de las ciudades en aquella época en que alboreaba la Independencia: la vida de familia, la del campo, las fiestas populares, la marcha de la justicia, las fiestas públicas con motivo del reconocimiento de algún nuevo monarca, etc., todo aparece historiado hasta en sus detalles, pues el Sr. Palacios quiso transmitir fielmente, hasta donde le fue posible, la vida de todas las clases sociales, sin descuidar anécdotas curiosas que á veces comunican cierto sabor agradable al libro. Por lo visto el Sr. Palacios era persona de ilustración, amigo de rebullir archivos; poco le ayudaba su imaginación: en *El Alférez Real* no se encuentra quizá nada que revele un espíritu poético, y á veces ciertas alusiones mitológicas y no pocas frases tomadas de los clásicos latinos, dan al libro un sabor de mal gusto y dejan comprender que el autor tuvo especial cuidado en intercalarlas para mostrar erudición en esas materias.

El historiador puede encontrar en las páginas de *El Alférez Real* muchos datos curiosos que harto trabajo hubo de tener el Sr. Palacios para conseguir; pues evidentemente su obra contiene un cúmulo de noticias referentes al establecimiento de órdenes religiosas, de fundaciones de conventos, etc., que quizá no se encuentran en otra parte, porque muchos de ellos fueron recogidos por la tradición que en Cali se conserva intacta no obstante el transcurso de más de un siglo.

Tiene capítulos que interesan un tanto como aquel en que se va á aclarar el doble origen del novio de D.ª Inés y el de la vuelta de Daniel de Cartagena y su encuentro repentino con Inés á altas horas de la noche en el corredor de la casa.

CAPITULO III

La novela de Isaacs

Tarea difícil es hablar de *María*, de Jorge Isaacs. Es tanto lo que sobre ella se ha escrito, que trabajo costaría compaginar todas las opiniones emitidas. *María* representa, en el campo de la novela, la gema de la literatura colombiana; en ella se encuentran muchas de las cualidades que andan esparcidas en casi todos nuestros libros novelescos, cuyos personajes se ven como velados por la sombra de la heroína de Isaacs. Bien pudiéramos decir que hemos llegado al cenit de nuestro estudio, porque *María* fue el sol meridiano que surgiendo como por encanto de los confines de un valle poético, ocultó con su luz muchas estrellas literarias, anteriores á ella unas, contemporáneas otras. Muchas resplandecen todavía en el cielo de la Patria, pero ese resplandor es más intenso cuando reciben su luz del foco central que las anima.

Ningún libro colombiano de su género había traspasado las lindes nacionales. La fama, deidad esquiva y caprichosa, tomó á *María* en sus manos y tendió el vuelo más allá de los confines de la Patria, y la hizo conocer y admirar en toda la América española, desde Méjico hasta la Patagonia. Jorge Isaacs, de quien la fortuna ha sido compañera inseparable, es deudor de las lágrimas vertidas sobre su hermoso libro; pero él no hace más que recogerlas en recompensa de las que él derramó al trazar aquel cuadro en el lienzo de sus recuerdos juveniles.

Algo tiene que haber allí donde la pintura de un idilio amoroso, repetido cien veces, logra despertar el corazón y hacerlo latir de emoción y de ternura.

María es lectura para todos, sin distinción de sexos ni edades. Los que van declinando en la carrera de la vida, lo leen para recordar los mágicos tiempos de la juventud,

y, plateados ya sus cabellos por la mano del tiempo, al leer á *María* como que la primavera de la vida vuelve á retozar en sus miradas y se sienten transportados á un edén de amor y de delicias. Es porque las primeras impresiones del corazón no se apagan sino con la muerte. El libro del poeta caucano será la eterna fuente de belleza para la doncella americana que aprenderá allí la primera lección de los amores inocentes y puros. Libros hay que lo mismo sirven para arraigar la tristeza que para despertar los goces íntimos del alma. *María* es uno de ellos. Los jóvenes han meditado sobre *María*, y el que no haya sentido humedecerse involuntariamente sus ojos al recorrer esas páginas idílicas, es porque tiene el corazón atrofiado y de él ha huído el sentimiento en fuga vergonzosa. Toda alma se siente herida al recibir los golpes del dolor allí latente. Ahí la gloria, ahí la inmortalidad!

Ha habido quien piense que el libro de Isaacs ha tenido una fortuna superior á su mérito real, dada la popularidad de que goza en toda la América española, de un extremo á otro, y aun en España mismo. Ha sido traducido al francés, no sabemos con cuánto éxito, por una señora, y las ediciones en idioma español hacen de *María* el libro más editado de Colombia. Los elogios que se le han prodigado, si fueran á coleccionarse, formarían un volumen; y no sería exagerado decir que se le ha juzgado mejor fuera del país que dentro de él, lo cual ha sucedido también con otras obras de autores colombianos.

Si fuéramos á averiguar hasta dónde alcanza la originalidad de *María*, tal vez pudiéramos afirmar que reposa únicamente en la forma, en el modo de presentar el cuadro novelesco. Con efecto, el argumento, á más de ser tan viejo como el globo que habitamos, está harto trajinado ya, y así, surge el paralelo de *María* con *Pablo y Virginia*, *Atala*, *Graziela* y demás ejemplares de la especie.

En cierto modo, el tema de estos libros románticos ha formado un personaje que tiene notas de universalidad,

porque el corazón siente lo mismo dondequiera, ama con el espíritu, y por eso María, Inocencia, Virginia, etc., son la encarnación de ese ideal eterno tras el cual corre siempre la humanidad desventurada. María se encuentra en todas partes, doquiera que la especie humana haya puesto la planta: la buscan desde el infeliz labriego que á su modo de entender rústico é imperfecto sabe interpretar las tendencias instintivas de su naturaleza, hasta el príncipe rodeado de oro y pedrería que doblega su faz ante una beldad femenina: el poder cede ante el corazón; el amor, cuando, penetra hondo en el alma, avasalla y triunfa. Al pie de esas vírgenes consagradas como el tipo del ideal imperecedero del corazón, se dan la mano los seres que contrastan dentro de nuestra especie: el rico y el pobre, el cetro y el arado, el sabio y el ignorante; todos tienen un corazón para sentirse transportados al cielo del amor. Y eso que pasa en cada uno de nosotros en la plenitud de la existencia, es lo que vemos en el libro de Isaacs.

Pero *María* brilla por encima de sus compañeras—si se exceptúa alguna—en la expresión de los afectos, en el sentimentalismo, en las descripciones de la naturaleza exuberante y bella. ¿Y el desenlace? No han sido pocos los que han pensado que *María*, como obra de arte y tratándose del desenlace, supera á las novelas que se le parecen. En una de éstas, aquél es violento; en otra, desprovisto de naturalidad, por lo general producen horror, y es aquello demasiado fuerte para hermanado con el amor que allí se respira. A nuestro modo de ver, en el desenlace estriba la fuerza, la belleza de *María.* Era necesario que la heroína sucumbiese al beso de la muerte, de una muerte que se siente venir paso á paso, antes que uniera su corazón al de Efraím. Es porque el amor verdadero es ideal, mora en las alturas, y antes de que sus alas puedan empañarse al contacto de los seres reales, huye rápidamente, temeroso de perder su virginal pureza. Cuando viene el goce del sentido, lo espiritual se trueca en materia, el arte desapa-

rece dejando el recinto vacío. María muerta es una creación llena de vida. Si hubiese sobrevivido á su amor, en nada se diferenciaría de cualquier hija de Eva. Y aunque uno deplore aquella súbita interrupción de la esperanza por el tajo de la parca inflexible, y quisiera devolver á Efraím su prometida arrancándola á las garras de la muerte, ¿qué sería de María tornada en elegante dama, qué de aquella historia donde se presiente el desenlace, donde á cada paso se escucha el metálico aleteo del ave negra? Era necesario que María muriese para engendrar la fama de un poeta.

Opinión muy generalizada es la de que *María* no es propiamente una novela, sino más bien la descripción sencilla y pura de un indilio amoroso, por el estilo de *Pablo y Virginia*, *Dafnis y Cloé*, é *Inocencia* del Conde de Taunay, si bien esta última sí tiene verdaderas condiciones de novela y brilla más por el vigor y colorido con que está pintada la naturaleza brasilera.

Es cierto que leyendo la *María* no nos parece novela: allí no hay conflicto dramático, no necesitó el autor plantear problemas psicológicos, no hay allí pasiones estudiadas detenidamente. Qué hay? el amor y la naturaleza; el candor y la ingenuidad. Es la explosión del sentimiento. Con estos elementos ha logrado Isaacs interesar á muchos, porque supo vaciar el eterno despertar de la juventud representado por corazones como los de María y Efraím. Tomada la heroína por su aspecto más noble, por el sentimiento más elevado del sexo bello, por la virtud que es, á decir de alguno, la verdadera patria de la mujer, Isaacs ha enmarcado su cuadro con un paisaje severo y grandioso.

Y María y Efraím no son dos seres fantásticos, ideales, ni tienen por teatro de su pasión el desierto, ni viven sin la sociedad de sus semejantes: son dos seres que piensan, que hablan, como habla todo el mundo, cuyo amor crece al calor de un hogar muy conocido, y que se codean dia-

riamente con personas sencillas de toda clase y condición. El amor, la delicadeza del sentimiento, la naturalidad de la expresión de los afectos, el vigor ingenuo en las descripciones, todo hace de *María* un libro que escrito á manera de diario, debe ser leído una, dos y muchas veces. En él se funden á modo de arroyos que á sólo un río rinden el el tributo de sus aguas, muchos géneros literarios: es realista con marcados tintes de idealismo en las descripciones de la naturaleza, tiene pasión ardiente que es lo que muchas veces inmortaliza las obras literarias.

Del paisaje de *María* ha dicho muy bien uno de los prologuistas del libro: "Allá en lontananza, con aterciopelado color, las agudas montañas del Cauca: más cerca, las selvas vírgenes, sombrío acorde de ramajes azul-verdosos, manchados de rojizas notas, chispeados de oro y verde por el sol que quiebre su luz aquí y allá á través de la espesa enramada; el torrente no encauzado cayendo con blanca espuma por las quebradas, y cruzando el aire límpido las aves de abigarrada pluma y ronco grito, que parecen engendradas en el seno de la tierra roja de la pampa por un rayo de su ardiente sol. Y en primer término, y al rededor de la figura principal, desarrollándose escenas de la vida rústica del país, deliciosos apuntes del natural pintados con amorosa complacencia por el poeta, y sobre los que la vista vaga curiosa y entretenida como en un verdadero viaje."

Como muestra de la pluma descriptiva de Isaacs en *María*, hemos tomado al acaso unas pocas pinceladas en que se siente palpitar la naturaleza caucana con su espléndido cielo de verano, cuando el poeta estaba sumergido en el piélago de sus recuerdos:

"Estaba la noche serena y silenciosa: la bóveda del cielo azul y transparente, lucía toda la brillantez de su ropaje nocturno de verano; en los follajes negros de las hileras de ceibas que partiendo de los lados del edificio cerraban el patio, en los ramos de los naranjos que demoraban

en el fondo, revoloteaban candelillas sin número, y sólo se percibía de vez en cuando el crujido de los ramajes relajados, el aleteo de algún ave asustada ó los suspiros del viento. El blanco pórtico que á setenta varas de la casa daba entrada al patio, se destacaba en la obscuridad de la llama proyectando sus almenas sobre la masa informe de las cordilleras lejanas, cuyas crestas delineaban á ratos fulgores de las tormentas del Pacífico."

Véase ahora cómo pinta la marcha de un río por en medio de hermosas praderas:

"Descendí á las anchas vegas del río, donde acercándose á las llanuras es menos impetuoso: formando majestuosas curvas, al principio por en medio de colinas pulcramente alfombradas, de las que ruedan á unírsele torrentes espumosos, sigue luégo acariciando los follajes de los carboneros y guayabales de la orilla, desapareciendo después bajo las últimas cintas montañosas, donde parece dar en murmullos sus últimos adioses á la soledad, y al fin, lejos, muy lejos, en la pampa azul, donde en aquel momento el sol, al esconderse, tornasolaba de púrpura y oro su manto undoso."

Y en otro lugar, cuando iba á emprender la última navegación para llegar al nativo valle, dice:

"La luna, grande y en su plenitud, descendía ya al ocaso, y al aparecer bajo las negras nubes que la habían ocultado, bañó las selvas distantes, los manglares de la ribera y la mar tersa y callada con resplandores trémulos y rojizos, como los que esparcen los blandones de un féretro sobre el pavimento de mármol y los muros de una sala mortuoria."

En el mismo camino, á lo largo del Dagua, expresa sus impresiones de la naturaleza, de esta manera:

"Los bosques iban teniendo, á medida que nos alejábamos de la costa, toda aquella majestad, galanura, diversidad de tintas y abundancia de aromas que hacen de las selvas del interior un conjunto indescribible. Mas el reino

vegetal imperaba casi solo: oíase muy de tarde en tarde y á lo lejos, el canto del paujil; muy rara pareja de panchanas atravesaba á veces por encima de las montañas casi perpendiculares que encajonaban la vega, y alguna primavera volaba furtivamente bajo las bóvedas obscuras, formadas por los guapos apiñados ó por los cañaverales, chontas, nacederos y chiperos, sobre los cuales mecían las guaduas sus arqueados plumajes. El martín pescador, única ave acuática que habita aquellas riberas, solía rozar los remansos con sus alas, ó se hundía en ellos para sacar con el pico algún pececillo plateado."

Si á todo esto se agrega la fidelidad al pintar escenas de la vida campestre, el conocimiento de los provincialismos característicos de las regiones caucanas, el talento para trasladar al lienzo los usos, costumbres, vestidos de aquella gente, la animación y viveza de los diálogos, tendremos una obra cuyo valor se acrecienta por otros muchos aspectos, fuera del principal.

Y de la moralidad, no se diga. A través de las páginas de *María* se siente una moral sin tacha, se respira una atmósfera de creencias cristianas y católicas, de tal manera que *María* lo mismo puede estar en manos de un anciano de experiencia que en las rosadas palmas de una doncella de quince primaveras. Para éstas especialmente parece escrito el libro.

Otra de las faces por que puede el libro de Isaacs ser examinado, es por el de los caracteres, dibujados con naturalidad y precisión. Isaacs los sentía y los veía en el mundo real y poco trabajó en delinearlos, hermoseándolos, dotándolos de mucha vida. María es el mejor. ¿Y cómo no? Ella es la protagonista, la que da ocasión á tantas bellezas, á cuyo alrededor se siente como un hálito de tristeza, y sobre cuya cabeza se presiente una catástrofe desde que por primera vez el ave negra ha lanzado al aire *su espantoso canto*. Después viene el padre de Efraím: serio, amante del hogar, desprendido de las riquezas, amigo de hacer el bien,

y por cuyas venas corre la sangre azul de los ingleses. En seguida Efraím, joven educado en Bogotá y que al tornar á su tierra natal se enamora de la hija de Salomón, y allí, en el hogar paterno, empieza el desborde impetuoso de su corazón, y de los labios de la pareja enamorada fluye aquel "diálogo de inmortal amor dictado por la esperanza é interrumpido por la muerte."

"Entre los caracteres externos ó extraños á la acción, el mejor es el de Salomé, que está admirablemente descrito; el segundo el del boga del Dagua, y el tercero el de los colonos antioqueños. El pícaro y enamorado amante que hace rabiar á Salomé se le conoce donde se le vuelva á encontrar; y si uno fuera á la choza de José, podría decir: aquella vaca es la Mariposa y aquel majadero es Lucas. Si va al Cauca y se cruza con un hacendado petimetre, de labios rosados y patillas peinadas, seguido de otro viajero, de zamarros de chivo y cara de gaznápiro, puede saludarlos: adiós, Sr. D. Carlos! ¡Adiós, Sr. D. Emigdio! No hay cómo confundir á Tránsito con Salomé ó Lucía, ni al insultoso amante de la segunda con el marido de la primera. Si se encuentran con los del lector los ojos de la muchacha y los guiña, Salomé se echará á reír y Lucía se avergüenza" (1).

La historia de Feliciana pudiera muy bien suprimirse, sin que la obra perdiera nada; y es una de las cosas defectuosas de la novela, pues dicha historia aparta la atención del asunto principal para engolfarse en mundos diferentes que poco ó nada interesan en una novela como *María*. Esa relación de las peripecias de una mujer africana que después de muchos sufrimientos causados por la guerra, viene á parar á la hacienda del padre de Efraím, trocando su nombre de Nay por el de Feliciana, es algo así, por lo exótico, como *El curioso impertinente* del *Quijote*. Todo lo que no tenga mediata ó inmediata conexión con el tópico prin-

(1) José María Vergara y Vergara.

cipal debe desecharse, porque rompe la unidad de impresión tan necesaria en las obras de arte. Tal vez pueda tener algún interés por referirse á los esclavos de Africa cuando se comerciaba con ellos como si fueran *cosas* y en que para el efecto se atestaban los buques de esos fardos humanos.

Fuera de esta historia, que por fortuna no es muy larga, hay en *María* otros episodios que también distraen la atención del lector, pero cuyo aliciente es mayor por tratar de cosas que pasan en tierra caucana, con pintura muy bien hecha de las costumbres; tales, por ejemplo, la historia de los amores de Salomé, el regreso de Efraím de Europa, en que gasta varias páginas pintando la navegación en el río Dagua, jornadas penosas para el pobre viajero, pero en las cuales el autor, espíritu observador, halla campo para algunas de sus más bellas y naturales descripciones; y era indispensable que introdujera objetos y personajes secundarios, porque las escenas y diálogos amorosos solos, acabarían por fastidiarnos. Pero después de que con un laconismo incomparable, al saber la enfermedad de María, dice Efraím: "Dos horas después salí de Londres," el lector quisiera seguirlo con esa rapidez vertiginosa de los primeros momentos, para llegar al desenlace sombrío de la novela.

Nos hemos sentido tentados á reproducir las últimas páginas que rebosan pasión verdadera, que hacen sentir hondo y son las que han hecho romper el dique de las lágrimas. Los lectores hacen suyo el dolor que respira aquella escena trágica. En esas páginas vació el poeta la armonía y el sentimiento de su alma de oro, y adquirió, ¡cosa rara entre nosotros! que su nombre fuese llevado en poco tiempo en alas de la fama. Jorge Isaacs ha sido de los afortunados que han presenciado hasta la saciedad el éxito maravilloso de sus obras: hace apenas doce años, en la capital del Tolima, bajó á la fosa común su cuerpo envejecido, pero su alma inmortal ha quedado vagando en su libro á través de los mares y haciendo conocer por él los méritos

de la literatura colombiana. Quizá ante aquel cuadro desgarrador, ante aquella realidad espantosa de la muerte, pudieran parecer frías muchas de las escenas amorosas en que abunda la narración desde el principio. ¿Quién, en la edad del ensueño, no ha sentido sus ojos arrasados en lágrimas quemantes al leer esas últimas palabras que son una protesta, pero protesta muda, ante la realidad de la existencia humana? El final del libro de Isaacs es lo que le da supremacía sobre mucho de su clase: aquí no hay violencia que horrorice: la lucha es interna, muy interna y el ataúd se cierra tranquilamente, y María se duerme para siempre llevándose su amor no contaminado con las impurezas de la tierra!

Se ha pretendido hacer pasar como verdadera la hipótesis de la existencia de María en el poético valle del Cauca, y á esa creencia inducen ciertas alusiones del autor, la descripción completa de una hacienda que hoy lleva por nombre *El Paraíso*, y una que otra deshilvanada relación de alguno de los personajes secundarios que figuran en la novela. No hay tal. Nosotros siempre hemos creído que María nació en la mente de Isaacs, quien, al exteriorizarla, supo hacerla vivir adherida á los recuerdos infantiles que del Cauca guardaba él en su rica y poderosa fantasía. No parece esto improbable dada la circunstancia de que fue aquí en Bogotá donde varios amigos de Isaacs, en aquellas reuniones de *El Mosaico*, le propusieron que escribiera una novela; y él, cuyo tomo de poesías acababa de publicarse bajo el patrocinio de reconocidos literatos granadinos, se dio á la tarea de novelar, y tres años después de su primera entrada á las letras colombianas, en 1866, presentó al público su obra inmortal que probablemente no tendríamos si no hubiese mediado aquella instancia de sus amigos.

Además, uno de los principales méritos de *María* estriba en que sin haber existido realmente, viva el lector casi convencido de que su paso por la tierra fue una cosa tangible,

por la fidelidad de la relación novelesca; y á nuestro modo de ver, los que pretenden demostrar la existencia de María, afirmando en corroboración de su dicho que aún vivía hasta hace poco en Bogotá bajo tal ó cual nombre, quitan mucho de su valor á la obra.

Isaacs, además de autor de *María*, lo es de muchas poesías sentidas y delicadas, impregnadas del aroma que se respira lejos de los centros populosos; pero tal vez el descuido de la forma, debido en parte á la espontaneidad con que pulsaba la lira, ha hecho creer á varios que Isaacs es mejor poeta en prosa que en verso. Y tienen razón.

CAPITULO IV

La novela en Antioquia

Raro parece á primera vista, y ha sido apuntado más de una vez, que el pueblo antioqueño, consagrado por la naturaleza estéril de su suelo al trabajo penoso, y dedicado al comercio y á la minería, se haya formado una literatura propia que se distingue de la de las demás secciones de la República. La originalidad de los escritores antioqueños depende en mucha parte de la idiosincrasia de esa raza, que tiende á conservarse sin mezcla de elementos extraños y en donde se encuentran tipos que, hermoseados, pasan á las producciones artísticas, con matices diversos, y ha dado margen á una literatura muy bien designada con el gráfico nombre de *regionalismo.*

Como causas que expliquen el porqué de la producción y la pronta difusión de las novelas que allí se publican, suelen apuntarse, entre otras muchas, el vigor de aquella raza privilegiada, la tranquilidad política como resultante de la, por lo general, buena administración de los negocios públicos en Antioquia, lo cual permite dedicarse á las faenas literarias; y también que siendo aquel uno de los Departamentos cuyos habitantes son más acomodados y previsores, todos tienen, en mayor ó menor escala, un modo

de vivir independiente que les deja tiempo para dedicarse á las tareas del espíritu, al desarrollo de las facultades intelectuales. Y por ser Antioquia un pueblo aparte que, al parecer de D. Miguel de Unamuno, "pone un exquisito cuidado en conservar la pureza de sangre, sin mezcla de indios ni de negros," se explica la afición de la gente de por allá á la lectura de las novelas del terruño, comoquiera que nada hay más interesante para un pueblo que el relato de su propia vida, enmarcado en la descripción de la naturaleza del suelo que la produce.

La novela, que como hemos visto, ha tenido varios ejemplares en diferentes puntos del país, buenos algunos de ellos y que atenúan la opinión generalizada entre nosotros de que nada tenemos presentable en este departamento literario, forma hoy día en Antioquia una sección importante de su cultura, y se encuentra, puede decirse, en plena florescencia. Entre sus cultivadores hay artistas que han sabido trasladar al papel las costumbres de sus conterráneos con todo el sabor local que por desgracia sólo puede ser gustado perfectamente por los antioqueños y por los que han vivido largo tiempo en el país de la montaña. Para lectores de otras partes las obras del regionalismo antioqueño son de difícil lectura, por no conocer la vida íntima, el lenguaje especial que caracteriza las clases inferiores. En cierto sentido, los noveladores de las costumbres en Antioquia, al escribir de sus cosas, se echan á cuestas aquello del poeta Gutiérrez González, de que

> Y como sólo para Antioquia escribo,
> Yo no escribo español sino antioqueño.

pues si allá se pretendiera escribir para ser entendidos por todos los que hablan castellano, buena parte de la originalidad desaparecería, porque desprovisto el lenguaje de lo que le suministra fuerza característica, muy poco sería el mérito que restara á obras de esa clase. Tampoco queremos decir con esto que en sus novelas usen allá los escritores el lenguaje directo de la gente que ponen en escena; semejante sistema, como ya lo indicamos en

otro lugar, destruye toda elaboración artística, además de que, en tratándose de Antioquia, la traslación gráfica del lenguaje sería imposible fonéticamente, por no haber signos especiales que representen fielmente ciertas inflexiones de cuya mayor ó menor intensidad depende muchas veces la fiel expresión de un afecto del ánimo.

Debemos, pues, contentarnos con que el escritor de novela copie lo que pueda entrar en el arte, y como para esto se requiere mucha observación, resulta que los buenos novelistas antioqueños, los que han sabido explotar la mina que tienen delante, merecen grande elogio. Por desgracia no todos han dado al lenguaje del vulgo el valor artístico que requiere. Varios de ellos yerran de cuándo en cuándo el camino y á veces pintan y describen sin escogencia alguna, resultando aquello, á fuerza de real, pesado y de una vulgaridad insufrible.

El modelo del novelista que toma por asunto la clase ínfima de la sociedad, es, en España, el inmortal Pereda, quien escogió para teatro de sus novelas una naturaleza semejante: la montaña. De ella extrajo, en buena hora para las letras españolas, sus más hermosas creaciones y hermanó el arte con la naturaleza. Los antioqueños han tenido una cantera igual á la del novelista español, y si ninguno de ellos ha rayado á la misma altura, múltiples son las razones que los disculpan. No obstante, cuando se leen novelas antioqueñas, se recuerda á Pereda; y para los españoles tienen el encanto de que les recuerdan cuadros de costumbres de sus propias tierras montañosas. En todo caso, preciso es agradecerles el servicio prestado á las letras colombianas, al describir la naturaleza antioqueña, dando á conocer la vida de ese suelo y enriqueciendo el idioma con el aporte de giros nuevos con que el observador tropieza á cada paso. Y el mérito sube de punto si se tiene en cuenta lo ruinoso que siempre ha sido en Colombia la publicación de un libro de amena literatura; y si en Antioquia sucede lo contrario, excepción es, y muy honrosa, de lo que estamos diciendo.

La sencillez de las costumbres ha dado allí origen á la creación de cuadros enteramente regionales, y cada individuo, sin dejar de pertenecer á su especie, forma un tipo particular que se distingue, por muchos aspectos, de los demás de su clase; por esto los hombres de letras que allá se dedican á novelar ó á escribir cuentos realistas, tienen un venero inagotable que explotan de manera diferente, dando así variedad á sus obras, pues en el inmenso panorama de la montaña, en la vida de una misma clase de habitantes, hallan por doquiera casos raros, psicologías diversas, pasiones profundas, múltiples modos de entender el vivir campesino; todo lo cual forma para ellos vasto campo de fina y delicada observación.

En todo caso, y júzguese como se quiera la producción literaria de Antioquia, es lo cierto que los novelistas de aquel Departamento se han conquistado un puesto en los anales literarios de la República, y que á pesar de que la demanda de novelas nacionales no acrece en manera alguna, ellos siguen cultivando el género con mayor ó menor acierto, bien seguros de que si no consiguen dinero con su profesión, á lo menos se labran la estimación—que vale mucho más—de los hombres sensatos de dentro y fuera del país; y dan expansión al espíritu poniendo sus plumas al servicio de una naturaleza virgen todavía á pesar de la labor constante y ruda, y de una vida llena de savia que va de día en día esparciendo por muchos puntos del país el fruto del trabajo, que es lo que hoy más necesita Colombia para asentar sobre sólidas bases la éra de la paz.

I

La personalidad literaria del autor de *Frutos de mi tierra* es bien conocida en Colombia. Tomás Carrasquilla es considerado generalmente como el principal cultivador de la novela realista-regionalista en Antioquia, y de él, hacen arrancar el movimiento moderno de las letras en Antioquia; movimiento tan afamado y tan simpático ya entre los

amantes de la belleza y del arte, porque Carrasquilla, lo mismo que sus continuadores, rompió desde luego con el canon de las imitaciones, y ha escrito sus obras en un ambiente propio reñido con el extranjerismo literario que muchas veces empece á las literaturas nacionales. Los antioqueños son un ejemplo hermoso de que no se requiere buscar inspiración en fuentes extrañas, y lo están probando con sus producciones realistas.

A más de cuentista original, Tomás Carrasquilla es autor de algunas novelas, la mejor de ellas, *Frutos de mi tierra,* que lo ha colocado á considerable altura y que bastaría para asegurarle su fama de escritor de costumbres.

¿Será pesimista Carrasquilla? ¿Tendrá sus ribetes de naturalista? Así parece dejarlo entrever el hecho de que para su mejor producción haya escogido tipos desesperantes de la sociedad: á veces se recrea con lo feo, con lo ridículo ó doloroso de cosas y personas; á veces hiere con los certeros golpes de sátira mordaz.

No tiene *Frutos de mi tierra* verdadera trama de novela. No importa. La preponderancia que se da allí al detalle, sin descuidar por completo el conjunto, hace que se tenga la obra más por cuadros de costumbres que por una novela. Hay allí dos acciones principales: la de Gala con Pepa Escandón y la de César con Filomena; dos historietas de orden diferente. Y es lástima que el lector no pueda seguirlas separadamente hasta el fin; la relación detallada y hermosa de un episodio de la vida antioqueña se interrumpe á lo mejor del cuento para reanudarla cuando ya el lector está interesado con otra narración. Así, por ejemplo, cuando el autor empieza á hablar de Galita, se olvida uno de Agustín y comparsas, y cuando la historia de esta familia se renueva, se va Galita á las regiones del olvido. Mejor hubiera sido publicar el libro por series, y tendríamos entonces dos y más bonitas relaciones realistas que á ratos tienen bastante tinte novelesco.

Pero todos estos deslices del plan general quedan ahogados ante la realidad que allí palpita en los personajes y

en la naturaleza. De sentirse es que su talento de observador agudo no se haya extendido siempre por el lado bueno, pintoresco y poético de las clases ínfimas de la sociedad; lástima que no haya visto sino el lado vulgar de la vida para convertirse en crítico acerbo de las costumbres antioqueñas. El mimo de su primera edad, según apunta uno de sus paisanos, hizo á Carrasquilla pesimista al encontrarse frente á frente con la vida. De ahí aquellos personajes tan bien presentados pero que dejan una especie de amargura en el alma. ¿Quién no siente aversión por Agustín Alzate, pintura gráfica del tipo ambicioso que resuelve sacrificar la existencia y tranquilidad de sus hermanas á sus propias comodidades? Figura repugnante que infunde odio al ver que de ella ha huído el cariño fraternal para ser reemplazado por el egoísmo corruptor. Oigase cómo lo pinta el autor:

"Agustín siempre se había estimado mucho, pero de esta época en adelante el amor á sí propio fue creciendo, como crece en velocidad la piedra que cae; y tras este sentimiento le vino el de su grandeza. Aquí fue ello. Figuraos un mortal gozando los éxtasis del yo, en una plenitud que humanamente no tiene con qué compararse; figuraos un sér sin dependencia de nada ni de nadie, que mira al mundo y á sus habitantes como cosa de muñequitos de plomo; figuraos una ráfaga de viento individual que á toda hora entona trisagios, hosannas y *santus*, en alabanza de Agustín Alzate; figuraos todo esto, y tendréis idea de las que con respecto á sí mismo pasaban por el cerebro de este señor, si fue que tuvo cerebro."

Filomena, la compañera de Agustín en las baladronadas, es positivista hasta la medula; pero vanidosa al mismo tiempo, se preocupa de su personalidad cuando le asalta la idea matrimonial; es una amante con ribetes de histerismo á los cincuenta años de existencia.

La figura de Nieves hace contraste con la de sus hermanos y es una de las más simpáticas de todas; de ella no ha huído el sentimiento fraternal y sufre con resignación

las penas y maltrato de los suyos. La pobrecilla puede morirse antes que cometer una felonía contra nadie. Y Nieves no es una creación ideal: "es, dice D. José Montoya, en su esclavitud irremediable, de una verdad exacta y desconsoladora." "En su corazón, dice el autor, como en rico vaso, puso Dios la flor inmarcesible de la humildad. Por ella perdonaba sin esfuerzo, sufría sin quejarse, sin sentirse desgraciada; y, apóstol inconsciente del hogar, trataba sólo de llevar á las áridas almas de sus hermanos una gota de la ternura que la suya atesoraba; que, aunque vegete entre malas yerbas, siempre exhala perfume la violeta."

La señá Mónica, madre de los Alzates, es allí la mujer trabajadora que con nada se arredra, que no llora largo tiempo á su marido porque sabe que las lágrimas no le dan el pan cuotidiano, que forma á sus hijos para el trabajo, en una palabra, "es la hembra de gran corazón."

¿Y qué decir de la traviesa Pepa, la hija de D. Pacho Escandón, que siendo fea logra interesar por sus travesuras, por aquel vestido *á la derniere* con que el autor la ha presentado al público? Carrasquilla debe de ser muy conocedor de las modas femeninas, de los adornos, de lo que gusta y de lo que desagrada, de lo que embellece y de lo que afea á las mujeres, cuando ha logrado hacer de una muchacha como Pepa, una señorita simpática y atractiva por su modo de ser juguetón y caprichoso. A ratos parece un personaje satírito en quien se pretende ver retratadas muchas mujeres antioqueñas.

El señor Carrasquilla ha basado su obra en la constante observación de la clase ínfima de la sociedad, de esa sociedad que vive á expensas del diario laborar, aunque muchas veces ese trabajo sea odioso, como en el caso de los prendistas Agustín y Filomena. *Frutos de mi tierra* es una obra que vivirá, porque á la par que corrige las costumbres, es á veces una alabanza á la raza antioqueña, enriquecida mediante la personal actividad y el natural talento comercial de sus hijos.

Así pues, aunque estos personajes inducen á pensar en cierto naturalismo de Carrasquilla, lo que sí hay que alabar en él es el talento con que reproduce con verdad absoluta los individuos y escenas que tomó como modelo; más odiosos de lo que son en realidad, debido al fin satírico que el autor se propuso.

No queremos dejar de nombrar aquí dos personajes de *Frutos de mi tierra*, dotados de mucha vida: César, el bogotanito, y Gala, el caucano; dos enamorados que proceden de distinto modo en fuerza de las circunstancias: el segundo, que al principio sólo quería vengarse de un agravio anterior, cae ahora en las redes de Pepa y se desespera por ella. Este tránsito, del odio al amor, de la venganza á la adoración, es muy natural y una enseñanza de lo que pueden las gracias de una mujer sobre el corazón de la juventud que de vengativa y burlona se trueca fácilmente en adoradora de su víctima. César es otro. Cuando comprende el idealismo de su tía, aquellos mimos, aquellas deferencias, se apodera de él una pasión romántica y se hace dueño y señor del gran caudal de la prendera, para después alzarse con el santo y la limosna. ¡Qué tarde para el histérico amor de Filomena!

Otra de las cosas del Sr. Carrasquilla, y que tal vez perjudica la lectura de su libro, es la prolijidad en la descripción de los personajes, pues aquel que más se nos graba no es el que está delineado fuertemente de pies á cabeza, sino el que apenas se presenta con breves rasgos, dejando al lector el adivinar lo demás. Carrasquilla no procede así en la mayor parte de los casos: toma un personaje y agota la materia. Y entre tantos y diversos aspectos por donde lo considera, hay dos ó tres que descritos solamente bastarían para conocer el carácter del personaje. El detalle excesivo, las descripciones minuciosas llegan á cansar, por bien hechas que estén.

Difícil apreciar perfectamente hasta dónde alcanza la fidelidad empleada por el autor de *Frutos de mi tierra* en la reproducción del lenguaje del vulgo; punto éste que ha

sido el escollo de los que pretenden trasladar á lo escrito las costumbres populares, haciendo hablar á los personajes; la empresa es más dificultosa en Antioquia, pero Carrasquilla ha podido salir airoso mediante un largo y paciente estudio y concienzuda selección artística, aunque algunas veces se leen en su libro palabras que no por estar en boca del vulgo caben en las obras de arte.

Pero si por los detalles y la carencia de trama es *Frutos de mi tierra* una serie de cuadros de costumbres genuinamente antioqueñas, hay que ver á Carrasquilla cuando exhibe la muchedumbre con toques de mano maestra, ya en las fiestas civiles, ya en las funciones de iglesia, ora en las alegres reuniones de mancebos y doncellas. Partes hay tan bien descritas, que se siente uno en medio de ellas; dígalo, si nó, aquella fiesta de cuarenta horas; al llegar á la procesión, nada falta; allá se ve lo que por aquí; es una pintura verdaderamente fiel y en ella ve uno la unidad de la Iglesia Católica. Allí se siente el movimiento de la ciudad en una tarde que "determinó arrebolarse, allá por el poniente, por supuesto, y vestir de azul batatilla y de blancos tules por arriba, de color de esperanza por abajo, tanto garbeó, que pudo al fin alegrar la ciudad." *Ilusiones y realidades* es de los capítulos más bonitos del libro por la belleza de las descripciones, en las cuales se transparenta el alma del autor encariñado con aquella naturaleza que por todas partes suministra inspiración al pincel del artista. Como una muestra del estilo descriptivo de Carrasquilla, tomamos la siguiente, de un pelazo de falda llamado *El Cucaracho:*

"Levántase en majestuosa vuelta al occidente del valle. Aquí arranca violenta y atrevida, allá en suavísimo declive, más allá convulsiva y vacilante. Presenta, al ascender, ondulaciones esqueletadas de toldo sobre estacas, turgencias de acolchados almohadones, asperezas de caracol marino. Se encumbra altanera hasta dar en el cielo la fantástica silueta, que así semeja delineamiento de revuelta cabellera, como de almenares derruídos.

Ofrece el conjunto imponente, el detalle caprichoso, inesperado, del paisaje antioqueño: en seguida de una explanada para una plazuela, un tolondrón pedregoso de difícil acceso; después un barranco inexpugnable; luégo un escalón ó un repecho que hace echar los bofes al transeúnte; cuando menos se piensa, un derrumbadero, un grupo de pedrejones á manera de ruinas, á vuelta de los cuales se serena el terreno, presentando la curva de la colina, la oblicua del plano inclinado, la horizontal del nivel.

"Cúbrese en partes de peluche verde, como castellana de teatro; en partes, la paja seca, las telarañas y los yerbajos empolvados le forman guiñapos de mendigo; se abigarra por ahí con rebujos de helechos y zarzales, dejando ver los remiendos de rozas recién quemadas.

"Desnúdase en los flancos, mostrando peladuras rojas en carne viva, desgarrones que se caen á pedazos, excoriaciones calcáreas, por cuyas grietas parece que asomaran careadas puntas de huesos.

"En las hondas de tanta arruga, ya se engalana de guirnalda y festones, ya recoge en arroyos la piedra corrediza, ahora la pegajosa podredumbre de un pantano le va comiendo como una lepra; y luégo, por allá en las alturas, se paramenta con ropajes de soberana, ornados de flecos de gramíneas y de recamos de musgos, por entre las cuales se levanta el roble con la salvaje arrogancia de nuestras montañas."

A más de *Frutos de mi tierra*, el Sr. Carrasquilla, maestro de la novela antioqueña, como lo llama el Sr. de Unamuno, ha escrito otras tres obras de factura diferente á la primera, de las cuales dos son, á nuestro parecer, inferiores á ella. Llámanse esas tres obras en el orden en que salieron de las prensas, *Blanca*, que apareció en el número 3 de *El Montañés*, de 1897, y dedicada á las damas de Medellín; *Salve Regina*, la más amada de su autor, publicada en elegante tomito en 1903, y cuyo producto cedió espontáneamente el señor Carrasquilla para una obra de

beneficencia, y *Entrañas de niño*, que vio la luz en 1906 en varias entregas de *Alpha*, célebre Revista literaria de Antioquia.

A decir verdad, en ninguna de estas tres novelas—si es que pueden llamarse tales—se vuelve á ver al regionalista de *Frutos de mi tierra*. En ellas Carrasquilla echó por camino diferente, y posible es que á la postre no venga á sobrenadar de lo suyo sino sus dos primeras producciones novelescas y algunos de los bellísimos cuentos originales con que de cuándo en cuándo obsequia á los amantes de la literatura y del arte. Pero esto le basta: ha abierto con mano firme camino á la novela antioqueña, y por él han penetrado varios conterráneos suyos con más ó menos éxito. Con todo, Carrasquilla es mejor cuentista que buen novelador.

La primera de las tres obritas arriba enumeradas, la más alabada de sus paisanos por la delicadeza y originalidad, es un cuadrito de familia donde Blanca, niña pequeñita, nacida en "la cumbre social," amante de la naturaleza, de los astros, de las flores, pero de manera especial de la Virgen María, forma el encanto y la alegría del hogar de su madre. No del padre, que vive entregado á los placeres mundanos, olvidado de sus deberes de esposo. Por esas páginas se siente correr una alabanza merecida á la mujer antioqueña abnegada hasta el sacrificio, sufridora paciente y resignada, amante de sus hijos como lo es toda madre cristiana. Cuando el marido enferma, Ester encuentra ocasión de *vengarse* del desamparo de su esposo; "una de esas venganzas inconscientes de la mujer antioqueña, que tiene el talento en el corazón."

Hay allí cuadritos muy delicados, en lenguaje natural y expresivo, como aquel del registro en que Blanca, por una de aquellas intuiciones propias de la edad, establece una corriente amorosa entre sus padrinos—Máximo y Mercedes—y viene la pequeñuela á servir de lazo de unión entre esos dos seres, que á una travesura infantil se descu-

bren el amor de sus corazones. Pero los amores de los padrinos no es lo principal. Blanca, la que "no tuvo el encanto de la media lengua," la encariñada de la Virgen, es la que vivifica con la blancura de su alma y de su cuerpo, ese cuento lleno de viveza y candor. Por eso deja cierta tristeza en el alma aquel final inesperado y trágico, cuando la infantil heroína perece en persecución de su ideal. Aquel súbito abandono de la vida, aquel vuelo repentino á las regiones de la muerte, en medio de las alegrías terrenales de una fiesta de familia—el cumpleaños del abuelo,—nos señala lo rápido del placer, lo corto de la existencia cuando apenas empieza á latir el corazón.

Carrasquilla delinea bien el carácter de sus protagonistas. Blanca, á pesar de cierta nube de ligero idealismo que la envuelve, revela en sus acciones de niña aquella ingenuidad y sencillez que todos conocemos, pero que es de muy difícil interpretación por los muchos tránsitos que se operan durante esa edad de la niñez, varios de ellos casi intangibles y que requieren honda penetración para descubrir en ellos el móvil interno del corazón humano.

II

Entre los que han seguido por afición y por temperamento las huellas del autor de *Frutos de mi tierra* debe nombrarse de modo especial al conocido escritor D. Samuel Velásquez, actualmente residente en Bogotá. Espíritu observador, analizador de las costumbres de la montaña, delicado en el sentir, fácil y correcto en el hablar, respetador de las costumbres consagradas y con toques de impersonalidad en sus obras, tal es el Sr. Velásquez.

La mejor de sus novelas, á juicio de la mayoría, la que le mereció el lauro del triunfo en un concurso abierto en Medellín, es *Madre*, que no há mucho publicó *El Nuevo Tiempo Literario;* es una novela de pocas páginas, de esas que van con el gusto moderno, hondamente sentida, de un interés que no decae un instante, escrita en lenguaje cas-

tizo, de la tierra, con cuatro ó cinco personajes, cada uno de ellos representante de su clase respectiva; bien pudiera decirse que es un dramita arrancado á la vida y cuyo escenario es la naturaleza de aquellas montañas.

La corta extensión de *Madre* es una de sus cualidades; hoy, por lo general, nadie lee novelas de dos ó tres volúmenes (y en Colombia menos), á no ser que ellas sean producto del genio y que por tanto aportan algo nuevo al arte y á la literatura. El Sr. Velásquez tiene el mérito de haber condensado en espacio tan reducido un cuadro tan intenso que al desarrollarlo daría material para un volumen entero. Pero Velásquez ha tomado en bloque el asunto de su novela: nada de detalles, de descripciones multiplicadas, de repetidos incidentes: apenas lo indispensable para la inteligencia del cuadro y conservando la mesura en todo. Sus personajes son tomados de la realidad, pero de una realidad hermosa, que tiene en el fondo elementos de belleza que sólo el artista sabe descubrir. Allí se ve la castidad y honradez de la mujer campesina, que mira más al grito de la conciencia que á la embriaguez que produce el placer del sentido; allí está la vida de los arrieros antioqueños, vida á ratos tan idílica en medio de las faenas del trabajo, á ratos trágica hasta lo increíble. Al leer á *Madre* nadie se imagina aquel desenlace, que á veces parece traído con soberbia para dar fin á la novela; aquello desconcierta, es una nota lúgubre cuya vibración, en medio de tanto vigor, nadie esperaba. El idilio que veníamos recorriendo se trueca, por intervención de la muerte y con la rapidez del relámpago, en tragedia dolorosísima. ¿Qué pasa? La inocente Inés cae bajo el machete del arriero, envuelta en los jirones de su pureza y expira en presencia de su novio.

Bien se ve que el Sr. Velásquez está encariñado con esos tipos hermosos de mujer campesina; por eso, quizá al presentir para su heroína días aciagos al casarla con Felipe, ó porque el puro amor no hermane con las peque-

ñeces de la tierra, su temperamento se exalta y viene la catástrofe en su ayuda para desenredar el drama: mejor quedará Inés bañada con el "diluvio de sangre" que manaba la herida, que manchada después con las miserias de la vida. El lector también alcanza á recibir buena parte del golpe mortal; tal es el efecto que produce la muerte cuando se presenta en mitad de la existencia.

La otra obra suya, que merece mencionarse, es *Al Pie del Ruiz*, libro formado por una serie de cuadros de costumbres, donde se estudia la vida de tres familias antioqueñas: distinguida la una, pobres y humildes las otras, pero siempre con la honradez y decencia que el Sr. Velásquez da á la gente del pueblo. Con estos elementos le ha resultado un libro que leen con agrado los amantes del regionalismo, y los que gozan con el realismo que no toma al vulgo por modelo, ya que por su forma está al alcance de todos. Y cuenta que *Al Pie del Ruiz* es un libro menos regionalista que *Frutos de mi tierra*. En ambos se describen costumbres, pero en el primero no hay mucho de aquel vocabulario que á la larga fatiga.

No obstante ser cuadros de costumbres, si bien tiene mucho de romance, no está aquí la acción tan desligada como ya lo notamos en el libro del Sr. Carrasquilla; hay más conexión, los personajes de diversa condición social tienen relaciones entre sí y frecuentemente se ven juntos en la novela; pero nótase en cambio un como prurito del autor de sacar al lector del lugar donde se desenvuelve la narración principal, y llevarlo á pasear por muchos puntos de la República. Ya es en el combate de *Los Chancos*, ya en la ciudad de Buga, ya andando por el hermoso valle caucano, ora en el Magdalena, ora en las orillas del mar, luégo en París, después en Bogotá y en el Salto de Tequendama. Y con todo, la novela se llama *Al Pie del Ruiz*, porque algún nombre había de tener. Claro está que esto no es un defecto capital; así es muchas veces la vida: de

aquí para allá, de la Ceca á la Meca, y más en 1876, cuando la guerra civil traía trabados á tirios y troyanos; pero sí extraña el lector ese á ratos tan repentino cambio de decoración, sobre todo de la mitad para adelante.

¿Cuál es el protagonista de *Al Pie del Ruiz?* Difícil precisarlo. Aunque no hay allí una trama novelesca definida que hiciera descollar un personaje sobre los demás, sí se echa de menos entre tantos uno que se destaque dominando la escena y sirviendo de centro á los personajes restantes. En algunas partes cree el lector que la protagonista es Regina; pero luégo la bella figura de la campesina como que se impone con aquella fidelidad, con aquella belleza, con una castidad y honradez que hacen recordar á la heroína de *Madre*, como si las dos muchachas estuvieran trazadas por un mismo patrón.... En todo caso, si el protagonista no está suficientemente caracterizado, ello se debe quizá no á incompetencia del autor —que la creación de Inés está probando lo contrario — sino tal vez á la extensión del libro, donde novelando con tantos personajes era difícil, por atenderlos á todos, dedicarle á uno solo toda la fuerza de acción. Pero, para no citar más, Regina y Dolores son los personajes más simpáticos del libro del Sr. Velásquez. La primera por aquel misticismo innato que la acompaña, por la vocación que la lleva derecho al aprisco del Señor, como buscando dónde saciar la sed de su alma generosa; lástima grande que la tentación amorosa de Regina con un buen mozo de aldea, rompa en cierto modo la firmeza de esa voluntad, para hacerla vacilar en su estado religioso de Hermana de la Caridad, á ella que á la Congregación había ingresado no por despecho sino por un llamamiento interior de su corazón, no por huír de los hombres sino por acercarse á Dios. Regina, pues, como personaje de novela, es un carácter bellamente trazado, pero echado á perder por desgracia. Dolores, la casta, la pura, la bella mujer de Bonifacio, parece estar mejor caracterizada y sostenida. Hay en ella la pasión de las almas

fuertes, que no se doblegan ante los halagos de otro hombre que no sea su marido; que sufre, espera y ama á pesar de ser abandonada y hasta vilipendiada por el mismo objeto de su amor. No es una figura humana por completo, á menos que se tome como una excepción honrosa; y aunque muchas veces se piense que el oro corruptor puede torcer un corazón como el de Dolores, el optimismo del Sr. Velásquez lo lleva á mantenerla en una región de pureza donde es muy difícil morar largo tiempo cuando se lleva una vida azarosa como la de Dolores. De sentirse es que este personaje no se destaque sólo con su castidad y su belleza, en medio de aquel crecido número de individuos, que por lo crecido, hace debilitar la acción; lo cual se hubiera logrado disminuyendo las proporciones de los demás. De los otros seres que allí se mueven unos no tienen nada de particular, otros son horrorosos, como Manuel, el hijo de D. Basilio, que en sus amores con Isabel, hace recordar el *Pedro* de *Kundry*, y el cual tiene un desenlace trágico, llevado allá por el desenfrenado vicio del alcohol; Valeriano, algo así como *gracioso* de teatro, es un muchacho á quien por su donaire, ligereza y finas ocurrencias, va el lector cobrando simpatía.

Al Pie del Ruiz con todos sus bonitos cuadros de costumbres, con sus descripciones del natural, con su buen lenguaje, con aquel gracejo que á trechos la esmalta, no es, sin embargo, una novela que satisfaga como tál. Hay allí, es cierto, muchos elementos que muestran al que pudiera llegar á ser novelista de aliento, pero á cualquiera lo rinde la idea de llenar un libro de medio millar de páginas y pico. Creemos que el Sr. Velásquez maneja con más brío y con mejores resultados la novela corta, el cuento original, que no necesitan aparatoso estudio de pasiones humanas, ni idear grandes personajes para dotarlos de portentosa vida. Lo que la novela corta requiere— y es lo que tiene la del señor Velásquez—son individuos arrancados á la vida ordinaria, sin grandes pasiones, sin multiplicados incidentes,

Hé aquí por qué será siempre más celebrada *Madre* que *Al Pie del Ruiz*, aunque en ésta hay cuadros y escenas llenas de vida que bastarían para la fama de un escritor. ¿Quién no siente algo extraño y agradable al leer la descripción de la muerte de la *Señora Genoveva*, el encuentro del fúnebre convoy con los militares, la desesperación de Dolores al perder á su hija, y otros muchos cuadros que por ahí andan dispersos, llenos de realidad y de un sentimiento hondo que sabe apreciar las notas alegres y tristes de la vida?

Y el Sr. Velásquez es, á nuestro modo de ver, lo que puede llamarse un autor realista, sin toques de naturalismo, como alguno de sus conterráneos, sin aquella afición á lo feo y desesperante de la sociedad que describe; es más bien optimista, ve todo de color de rosa, aunque alguno de sus personajes no está de acuerdo con ese su temperamento: á veces se necesita del contraste de lo repugnante para hacer resaltar la luz y la belleza. Su temple de artista se manifiesta en los paisajes que copia con la pluma, en los cuales hay delicadeza y buen gusto, aunque á veces se muestra prolijo; maneja el diálogo con primor y huye del vocabulario soez de las gentes vulgares. Como una muestra de su estilo, transcribimos lo que dice del río *La Vieja,* de ese río que es como la entrada del paraíso y que produce nostalgia en el que una vez lo conoció:

"Es una corriente como de cincuenta metros de ancha, cuya mansedumbre encariña con ella los ojos y el espíritu; parece una carretera de cristal trazada por una mujer que se entretiene en hacer rayas onduladas buscando el dibujo de una labor. Van con tal lentitud por encima de él las balsas y las hojas secas, que, á no ser por un levísimo rumor que indica algo como respiración, se creería agua estancada. Dormido entre las sombras húmedas de los cacaotales, avanza largos trechos arrullado por el gemido de las palomas zoritas, y torna luégo á aparecer por entre aristocrático callejón de písamos florecidos, y es aquí donde es más bello: estos árboles que en vez de savia parece que

tienen fuego en el corazón, se cubren de una florescencia de brasas, y el río que los copia, aparece corriendo por entre incendios. Bandadas de garzas blancas posadas en la roja pradería vuelven aquel paisaje, que al recordarlo á distancia de él se toma como cosa de sueño.

"Más allá el río se abre en dos, y, cual se ciñe con los brazos el talle de una mujer hermosa, abarca una isleta vestida de verde, franjándola de espumas por todas partes; luégo aparecen dos playas ardientes, en cuyos arenales reverbera el calor; apenas si asoma por allí un guabo de escarbadas y retorcidas raíces, á cuyas sombras se bañan las gentes ó lava ropa una mujer solitaria. Muy fresca que anda Cartago metiendo los pies en aquella frescura. ¡Qué importa que los empedrados de sus calles y los viejos calicantos suelten chispas invisibles á la hora del bochorno, si el río le está diciendo con su mansa vibración: ¡Vén!.... ¡Vén!.... El es la alegría de aquella antigüedad; suprimírselo, sería tanto como desanimar una pupila quitándole la luz; por sus orillas viven las gentes en eterno alborozo, éste pesca, aquél se baña, zabulle el otro el cántaro de forma bíblica en la corriente, comentan los demás, aquellas playas son la misma animación. Acertado, y mucho, que anduvo el Mariscal español cuando fundó la soporífera ciudad de puertas ferradas y pesa los calicantos al borde de aquella delicia; con todo y sus casas tristonas de gruesos y carcomidos pilares y camarines á la calle y cancelas por las ventanas, por allí no falta alegría, porque á tiro de piedra está el oasis que derrama frescor apacible y que da picante dulzura al tamarindo, sonrojos á la grana la y miel al níspero."

Al Pie del Ruiz, si deja mucho que desear como novela, se lee con agrado, y al fin de la lectura queda en el ánimo el ambiente perfumado de los paisajes, el recuerdo de las escenas mejor pintadas. Quién sabe si de los personajes no se puede decir otro tanto: se irán esfumando poco á poco, porque todos ellos, en su esfera respectiva, están

como tirados á cordel, sin nada extraordinario que los haga grabar intensamente en la memoria.

III

Tomando por asunto un tema regional—la vida minera de Antioquia—el Dr. Eduardo Zuleta compuso una novela con el nombre de *Tierra Virgen*. Es el Sr. Zuleta un verdadero literato, correspondiente de la Academia Española; lo que no obsta para que sea uno de los primeros médicos de Medellín, ni para que esté desempeñando importante puesto diplomático en Europa. Sus méritos intrínsecos y la cultura y amenidad de su trato le han granjeado muchos afectos y simpatías dentro y fuéra de la tierra natal; y así la novela fue recibida, aun antes de conocerla, con anticipado aplauso.

Y sin embargo, la novela del Dr. Zuleta se lee con mucho menor agrado que otros romances antioqueños, porque una vez escogido el asunto, despreció el autor el procedimiento adecuado para tratarlo, y eso que "las reglas no son las que hacen buen escritor á un hombre, sino la fuerza inicial de que disponga," según doctrina sentada por el mismo Dr. Zuleta en el último capítulo de *Tierra Virgen*.

Son verdaderamente fatigosos los primeros cuatro ó cinco capítulos de la novela, donde una compacta muchedumbre de personajes se lanza á la escena á hacer alarde de ridiculeces, á mostrar pasiones triviales que á nadie interesan y que pronto caen bajo la indiferencia y antipatía de los lectores. Capítulos éstos que contrastan admirablemente con algunos de los subsiguientes, llenos de vida y colorido, aunque haya allí escenas que horrorizan y de que más bien deberíamos avergonzarnos porque tienen por teatro el suelo colombiano, y presentan aquellos apartados rincones como lugares de costumbres muy primitivas todavía, á donde no ha llegado un soplo de vida civilizada, y

mostrando al lado de una resistencia superior para el trabajo, el aspecto semisalvaje de los mineros de Remedios y Zaragoza.

El procedimiento en las obras artísticas no es tan relegable al olvido como á primera vista parece. Dígalo *Tierra Virgen*, donde el Dr. Zuleta cuidó más del fondo que de la forma externa; y de ahí que su libro tenga más valor como obra de propaganda, como producto de la reflexión y del estudio, como un libro social y de polémica, que como obra literaria. Difícil cosa es fundir una tesis doctrinal con los primores de la forma: por atender á la primera, que es casi siempre lo principal para el autor, la segunda se descuida y resultan obras más para estudiadas que para recrearse con ellas.

Se ha querido ver en *Tierra Virgen*, y es ese el *quid* de la novela, una lucha de razas. En un bien elaborado escrito del Sr. Tulio Ospina, publicado en el número 14 de *El Montañés* de 1897, se ataca el problema de la pretendida lucha de razas, divididas, como es obvio, en blancos, zambos y negros; lucha en que el Dr. Zuleta defiende á los segundos y terceros, haciéndolos aparecer en su novela, de mejor carácter, de más nobles sentimientos, de tanta bondad en algunos, que aquello raya "en lo sublime"; en fin, de mejores condiciones para la vida que sus antagonistas. Estos, en cambio, hombres y mujeres, aparecen como figuras detestables, llenas de vicios degradantes en unos, de ridiculeces y ruindades en otros, que más parece aquella falange de individuos cosa de caricaturas que personajes reales. Pero era necesario que así sucediera para hacer resaltar en los zambos y negros las virtudes de que carecían los blancos. Transcribimos los siguientes párrafos del Sr. Ospina, para que se vea cómo se estimó en Antioquia la lucha de razas en *Tierra Virgen*, lucha puesta tan patente por el Dr. Zuleta.

El Sr. Ospina, después de plantear el problema como lo entendió el Dr. Zuleta, dice: "Ahora, vamos á cuentas; y para que no se nos considere apasionados, empecemos

por confesar que en las razas de color existen muchos tipos tan buenos como los que pinta Zuleta; y por conceder que en Remedios eran todos de ese género, ya que aquél olvidó decirnos á qué raza pertenecían los que se robaban el oro que cambiaba D. Cándido, y los *veinticincos* que asesinaban á sus semejantes por el placer de 'verlos hacer gestos.' Pero, en cuanto á los blancos de Antioquia, ¿serán todos tan cobardes, tan corrompidos y tan ruines como los pinta el autor de *Tierra Virgen*? ¿Será posible que en una población como Remedios, que tiene la misma composición etnográfica que el resto del Departamento, no se encuentre más que un blanco decente, cuando todos los negros, mestizos y mulatos son gente perfecta é intachable? ¿Será cierto que en Antioquia existe una guerra cruda de razas, y que los blancos andan á la greña con los que no lo son, gritándoles en las iglesias, calles y ventanas: ¡negros! ¡zambos! ¡mulatos!

"Conteste cualquier hombre imparcial que conozca el verdadero carácter de la gente blanca que forma la inmensa mayoría de la población antioqueña; y que haya sabido apreciar el espíritu tolerante y democrático de nuestras costumbres patriarcales. Por nuestra parte, podemos afirmar que aquí no existe tal guerra de razas; que si nuestras gentes de color son honradas y dignas, nuestra población caucásica á ninguna cede en valor, en dignidad y en honradez; y nos atrevemos á decir que el Dr. Zuleta, al cercar el campo en su novela para una lucha de razas, no partió equitativamente el sol entre los combatientes, ni puso armas iguales en las manos de éstos.

"Una prueba incontrovertible de que las personificaciones que hace Zuleta en su novela, y las conclusiones trascendentales que de ella saca, son inexactas, la hallamos en su obra misma, gracias á que muchos de sus cuadros son tomados del natural, y olvidó retocarlos, para ponerlos de acuerdo con el carácter que asigna á las personas que figuran en ellos. En efecto, los libertos de la familia Jácome, Rita y Liberato, cuando llegó la emancipación,

se quedaron en casa de sus amos, sirviéndoles con el mayor desinterés. Este hecho, que se repitió en casi todos los hogares antioqueños, está probando la equidad y el afecto con que, aun en la época de la esclavitud, trataban los blancos de Antioquia á las gentes de color; ¿por qué no ocurrió lo mismo en el Cauca y en el resto del país?"

Por último, después de echar el Sr. Ospina por los campos de la sociología y psicología combinadas, para explicar el hecho de que "si las razas mixtas se encuentran entre no igual pie que la raza blanca, ¿por qué la mayor parte de la riqueza del Departamento la hallamos en manos de ésta?," concluye diciendo:

"Nosotros, como el Dr. Zuleta, opinamos que el gran remedio contra las malas consecuencias de la diversidad de razas y de castas, se hallará el día 'en que el espíritu del cristianismo penetre en todas las almas,' y creemos que la mejor muestra que se pudiera dar de que se desea sinceramente el advenimiento de ese día, será no concitar los odios de sangre; no infundir en los corazones la noción de una lucha que en realidad no existe."

Tal vez donde con más soltura se mueve la pluma del Dr. Zuleta es en el último capítulo—"Fin de siglo (En Londres),"—disquisición filosófica y crítica y con no poca erudición sobre los más importantes problemas de la vida de la sociedad contemporánea; viniendo á ser esa parte una especie de resumen del punto de la tesis que en la novela se desarrolla; allí el estilo tiene brío y facilidad, y parece que el campo de las lucubraciones filosóficas es el más apropiado para el espíritu del Dr. Zuleta; porque, en general, al lenguaje de *Tierra Virgen*, si correcto y limpio, le falta un poco de brillo é imaginación, elementos de tánto efecto en la novela.

IV

Inocencia, de Francisco de P. Rendón, fue muy bien recibida del público de Antioquia y es una novelita cono-

cida aun fuéra del país, y que ha merecido á su autor los elogios de la gente sensata. El Sr. Rendón promete mucho á las letras patrias, y aun sabemos que tiene una ó dos novelas inéditas que deseáramos ver impresas para solaz de muchos y mejor circulación de su talento realista para describir las costumbres de la montaña.

El argumento de *Inocencia* es atrevido y franco: podría quedar reducido á cuatro renglones: el matrimonio de una viuda de pasiones fuertes, de sentido práctico, con un guapo mozo campesino, práctico también, de atlética musculatura para el trabajo rudo, y por quien siente verdadero amor la niña Inocencia, hija única de la viuda. Esta resuelve sacrificar, sin mayor dificultad por supuesto, porque Angel no se da por notificado del amor de Inocencia, el cariño de su hija, y conquista á Angel, hasta que, llegado el día de las bodas, al efectuarse el matrimonio, Inocencia, que iba á dormir en la casa de su difunto padre, cae en medio de suspiros que se mezclan "con rumor de besos." La pobrecilla estaba muerta. Bien lo sabía Jacinta: que la última recomendación del *querido,* su esposo Lorenzo, había sido no ponerle padrastro á su hija. El desenlace, inesperado y todo, no es en realidad trágico. Es el ideal de una muchacha compesina arrancado por la muerte para evitarle la presencia de Angel y la de una madre rival. Inocencia, muerta, podría colocarse en blanco ataúd y ser coronada de flores. Su desaparición es de aquellas que hacen pensar en el cielo de los bienaventurados que se van de la tierra sin haberla casi hollado con sus plantas. Por eso las gentes que contemplaban el cuerpo tronchado de la virgencita de San Isidro, exclamaron: ¡ Dichosa de ella !

Nótase desde el principio de la novela la importancia que el autor da al detalle con menosprecio del conjunto, ya describa lugares como la vivienda de los campesinos, en que se cuela por todas partes, hasta el punto de hacer una verdadera disección anatómica, ya pinte los principa-

les personajes, tan gráficamente, eso sí, que es fácil adivinar la parte psíquica de cada uno, desde que el lector los conoce físicamente. La acción, por consiguiente, no avanza, y de tánta y tánta descripción, no viene á quedar sino muy poco, lo meramente indispensable para estar uno enterado de cómo es una vivienda campesina y sus habitadores. Para los que viven encariñados con las costumbres montañesas, *Inocencia* debe ser una novelita encantadora por el mucho sabor local de que está impregnada, por la naturalidad de muchas escenas, por el conocimiento que el autor tiene del corazón humano y por la acertada escogencia de elementos del bajo pueblo, con todo lo cual podría hacerse un drama en que no escaseara la pasión, "la profunda pasión que allí se ve expresada, una pasión con raíces y no una mera ficción psicológica, compuesta según los cánones de la novela francesa," como opinó de *Inocencia* el Sr. de Unamuno.

Sin disputa alguna, y á pesar de la nimiedad del detalle, el Sr. Rendón tiene arte para describir. Muchos de sus cuadros son bonitos y están llenos de verdad. Pocas veces se encuentra una pintura tan sencilla y natural, como la que hace de la administración del sacramento eucarístico al moribundo Lorenzo, donde no necesitó de postizos adornos para hacer pasar un oleaje de unción y reverencia por el corazón de esas pobres gentes, que en materias de amor de Dios están muy por encima de muchos á quienes ese mismo Dios, que miran con indiferencia, ha colmado de gracias y de dones sin cuento.

No queremos dejar de transcribir una de las páginas en que estuvo más feliz el autor: aquella en que la falange de peones da principio al trabajo de la rocería: la fuerza del verbo, la frase rápida y cortada que remeda muy bien el movimiento de aquellos hércules de la montaña que, "desafiándose, anhelantes por el triunfo de cuál aventaja á cuál; aullando, desgarrando como el tigre, avanzan como el fuego," trasplantan al lector al lugar del *fracaso*

y parece que se escucha el vibrar de las armas afiladas que con golpe certero caen sobre los enhiestos moradores de la selva.

"Dando lastimeros quejidos caen los árboles de la orilla entre las aguas del río, que indiferente sigue rugiendo de tumbo en tumbo. Tiembla el follaje y gime; despavorido el pájaro, levanta el vuelo; ruedan de los nidos huevos y *pichones*. Ni para éstos hay misericordia: son aplastados ó boquean víctimas de los rayos del sol. Huye la culebra que duerme al abrigo de las hojas; dispara la zumbadora abeja, dejando abandonado el panal, envuelto en hojarasca, que todos desprecian. El corvo calabozo hace trizas los velos y festones de florecidas trepadoras, de *popos* y de *chuscos*. Un tajo atierra al endeble arbusto cuando no queda oscilante prendido de las ramas de los que lo rodean. El acerado diente del hacha, á golpe seco y acompasado, ataca el tronco resistente del guamo que, regando las blancas borlas de sus flores, se rinde sereno y majestuoso; el *guacamayo*, dando al viento las hojas de fuego, que vuelan como las chispas de un incendio, cae junto al *guasco*, cuyo tronco fibroso se dobla como una rodilla desgarrada. Así como es derribada una hilera de naipes, van al suelo unos sobre otros crujiendo y quejándose con quejidos cuasi humanos los arbustos que han sido heridos por el pie, tapando con sus copas á los labriegos que se van quedando rezagados. Tocados éstos en su vanidad, y aguijoneados por las burlas de sus compañeros, desguazan adelante por ganar la vanguardia. Los que se creen impotentes, huyen perseguidos por la mofa. Detrás de la falange devastadora, la guerrilla de alegres muchachos asienta los brazos del rastrojo yaciente.

"Embriaga, confunde, aterra, pasma el rumor alado de las hojas que bailan la danza de la muerte; los olores penetrantes de selva desgarrada; aquel golpeteo de hachas y calabozos; aquel rugir del río; aquel crujir; aquel desquebrajar; aquel desastillar; el eco que retumba en olas, que ahora se alcanzan, ahora se atropellan, ahora se mezclan y se alejan hasta perderse en las entrañas de la selva."

Allí, en aquellos torneos de la labor constante, empieza á destacarse mejor la figura de Angel, llena de fuerza varonil, y que ha de ser no muy tarde el marido de Jacinta, porque en el corazón de la hembra apasionada pierden terreno lentamente los antiguos lloriqueos, para dar entrada franca al gallardo mancebo que lucha á brazo partido con la naturaleza para conquistarse mujer tan ricamente dotada para la vida.

Quien haya presenciado un baile de la gente baja de la sociedad, en una noche apacible y serena, en amplio salón, alumbrado por "cuatro velas de sebo," en que andan revueltos hombres y mujeres, en que todo es bulla y animación, con una música pedestre, que es para los bailarines "sencilla como el pueblo y alegre como el placer," podrá apreciar cuánto vale el sobresaliente trozo descriptivo que del baile de Jacinta y Angel hace el Sr. Rendón en *Inocencia*. Véase la entrada de los danzantes en la lid, que va á decidir de su suerte futura y que va á ser el golpe de gracia para Inocencia:

" Vibrantes los nervios, la sangre en combustión precipitada en las arterias, salta el mozo echando al aire el sombrero de caña, al hombro el canto de la ruana, atrás el carriel y, dándose con la barba en la ollita en són de cortesía, se le cuadra delante á Jacinta, que se levanta emocionada arreglándose las faldas. Gira él por la derecha, ella por la izquierda, describiendo ambos un número ocho. Pasea él la mirada chispeante; ella, la siniestra en la robusta cintura, la cabeza inclinada á un lado, baila serena. Aplauden los circunstantes, que se agolpan formando un redondel. Ella y él llevando el compás de las vibrantes vihuelas, van, vienen, se evitan y se persiguen.

" Resuenan gritos de entusiasmo.

"Parándose Angel enfrente de la dama, zapatea como si pisase sobre brasas; ella, clavando en él la negra pupila con tal fuerza que el iris parece salírsele de la córnea, álzase la saya dejando al desnudo el pie curtido y redondo,

que sale del nítido copo de las susurrantes enaguas, y se dirige á él á paso repicado, halagadora y cadenciosa.”

Volvemos á repetirlo: *Inocencia* es un libro que si se le observa por el lado puramente novelesco, quizá canse un poco, porque la trama sutil que lo anima está diluída en medio de las descripciones, y sólo hacia la mitad y al final de la obra hay algún interés. La sencillez del argumento, no obstante sus complicaciones de psicología, forzó tal vez á su autor á ser un tanto extenso en los demás componentes, muchos de los cuales sirven para conocer mejor el carácter de los personajes; pero si *Inocencia* se considera por el aspecto de los cuadros de costumbres, no será para muchos una novela, pero sí es, y seguirá siendo una obrita donde hay que admirar un estilo pulcro y sencillo, lenguaje del vulgo bastante bien adaptado, personajes llenos de vida, y cuadros y escenas muy del natural, tomados y descritos con gusto. Y ponemos punto final con las siguientes palabras del crítico há poco citado, quien dice: “Al leer la *Inocencia* del Sr. de Rendón se recuerda sin querer á Pereda, y por lo menos respira uno aires de campo y de una tierra real y efectiva, sintiéndose muy lejos de los artificios bulevarderos y de las tierras de ninguna parte puramente fantásticas. Aquello sabe á tierra, sabe á lugar, sabe á tiempo y sabe á humanidad.”

V

En 1905 apareció *Kundry*, cuyo autor, D. Gabriel Latorre, es, á decir de los de por allá, un verdadero hombre de letras, con una ilustración que muy pocos alcanzan, y que sin haber vivido en Europa conoce á fondo cuatro ó cinco idiomas extranjeros.

Kundry fue recibida de muy diversa manera: para unos fue aquello un triunfo alcanzado por Latorre; otros se sonrieron desdeñosamente ante aquel primer esfuerzo de un literato novel. La sociedad de Medellín tributó ho-

menaje al autor, haciendo de *Kundry*, durante algún tiempo, su lectura favorita.

Kundry es una novela aristocrática que se aparta del modelo generalmente seguido por los romanceros antioqueños, donde se siente la influencia de las literaturas extranjeras, y cuya acción pasa en las altas esferas sociales de Medellín.

Se le ha censurado por algunos el lenguaje tachándolo de rebuscado y pedante por el tono lírico que corre al través de sus páginas; y aunque estamos de acuerdo en afirmar que el lirismo es impropio en la novela, no vamos tan lejos que califiquemos de *desgraciado* un estilo correcto y delicado como el de *Kundry*. D. Alfonso Castro, defensor de Latorre en las lides de la crítica antioqueña, después de llamar sencillo, pulcro y muy sobrio el estilo de *Kundry*, agrega: "El ser aristocrático en el decir, el emplear las palabras más bellas y sonoras del idioma, el odiar el vocabulario soez de las gentes de baja clase, el limar párrafos como pulidos vasos para encerrar dignamente las ideas, no es señal de rebuscamiento, ni mucho menos. Podrá ser una modalidad del artista, laudable por lo demás, pero nunca un defecto. La plebeyez no es cualidad ni en el estilo ni en nada." Para nosotros el lenguaje de Latorre nos atrae más que el fondo de su novela.

El argumento no es complicado, ni actúan muchos personajes en su desarrollo: Pedro y Carolina se aman desde la infancia. El, joven lleno de vida, rico, mimado de la sociedad, una especie de *árbiter elegantiarum*, deseoso de viajar por Europa, y aborrecedor implacable del matrimonio, que no es para los espíritus superiores (como él) y del cual huye por cuantos caminos se le presentan. Ella, una morena encantadora, que lo ama con pasión y sufre las muchas veleidades de su novio, que se resiente cuando Pedro hace la corte á Julia, y que para atraer á Pedro corresponde á Guillermo. La pasión interrumpida se renueva y vuelve Pedro á las andadas; los amores se restablecen con más frenesí, pero apenas como una farsa de dos aman-

tes. Pero la farsa es tal que se trueca en amor verdadero, y cuando parece que todo va á quedar arreglado, Pedro se arredra ante el ridículo de la idea matrimonial y retorna donde Julia. Entonces Carolina, por no ser *boba*, arregla matrimonio con Guillermo. Al saber Pedro que Kundry, la paciente Carolina, no lo ama, cuando siente sobre su frente el peso de aquel *nó* pronunciado con *energía salvaje,* se desespera, recorre á grandes rasgos la historia de esos amores nacidos en la infancia, y en la madrugada del día en que Carolina debía desposarse con Guillermo, Pedro, el joven soñador, el buscador de libertades ilusorias, se corroe las entrañas con veneno. Y ella, la pobre desposada, en medio de la boda, al escuchar el exótico nombre de Kundry, "su rostro recibe por un momento su expresión antigua, brillan sus ojos con fulgor apasionado," pero después, con la rapidez del relámpago, "su cara se contrae con una expresión dura y extraña; sus ojos son como puñales, fríos, hirientes y despiadados; su cuerpo se yergue como el de una bestia felina que fuera á arrojarse sobre su presa; sus manos se crispan y lanzando de su garganta sofocada una especie de sordo ronquido, intenta abalanzarse sobre su esposo, y cae desplomada al suelo de un solo golpe." La pobrecita estaba loca. ¡Extraño caso de la suerte!

También se le ha consurado á Latorre el que los personajes de su bella novelita son inverosímiles, que allí no hay estudio de la pasión, del corazón humano, y que por consiguiente dicha creación está lisiada en sus fundamentos por no apoyarse en la verdad. Pedro, vacilante entre la libertad de la vida y el "yugo prosaico" del matrimonio, se decide por lo primero, á pesar del intenso amor que profesa á Carolina. Pero si ese amor es intenso, como parece serlo, en verdad no se explica claramente aquel placer que sentía el mancebo enamorado ante las desesperaciones de su novia. No es posible compaginar, á menos que se rompa la verosimilitud, esa indiferencia, ese goce que él sentía viéndola rabiar, con el cariño que la profesaba. Bien

puede un mozo petulante y rico como Pedro, burlarse del amor de una muchacha, complacerse en atormentarla á cada paso, pero entonces no es posible que él sienta por ella verdadero cariño, intenso amor. "El pretexto de Pedro para no entregarse de lleno al amor de Carolina—un proyectado viaje á Europa—es tonto é incapaz de producir el resultado que produjo," dice D. José Montoya. El Sr. Latorre quiso, para plantear tal vez sus propias opiniones, no sus afectos, presentar un caso por demás exótico que á fuerza de tal se trueca en inverosímil. Sin duda alguna, el estudio de los móviles del corazón en la criatura racional, es uno de los escollos del novelista, y laberinto del cual apenas han salido garbosos unos pocos verdaderos analizadores de esa parte tan heterogénea del compuesto humano.

Menos inverosímil, pero tampoco libre de alguna falsedad en el modo de presentarla, es Carolina, personaje del cual dice el Sr. Montoya ya citado: "No es tampoco natural que Carolina, una muchacha tan sincera, tan franca, tan leal, y por sobre todo enamorada de Pedro, resuelta á ser siempre boba, siempre amante, siempre mujer, cambie por completo de un momento á otro, sólo por realizar la banalidad de no ser boba ó de no parecerlo, y resultar así boba y media y por remate loca. Dejar su amor, renunciar á la dicha única de su existencia una mujer ferviente, porque se le presentan inconvenientes y porque en su casa le dicen que no sea boba, eso no; las mujeres, en amor, tienen una fuerza de obstinación que aterra."

En cuanto á Guillermo, el alemancito, creemos que es allí un personaje forzado, cuyo único papel se reduce á mostrar su incompetencia aun en el momento de proponer matrimonio á Carolina; su carácter tímido, su ignorancia de la sociedad, su irresolución ante los combates de la vida, forman un contraste con Pedro, cuya fogosidad y fácil impresionismo lo conducen al trágico fin que ya sabemos. Con todo eso, Guillermo, educado en Alemania, "cuna del

libre examen," no nos parece fuera de la realidad. ¿Qué significa que él no hubiera sacado fruto alguno de su educación (aunque sí aprendió alemán, de por fuerza, claro está), en un centro tan refinado como la Germania? ¿Acaso todos los que viajan por Europa sacan igual provecho? *Stultorum infinitus est numerus*, y muchos son también los que viajan por allá como viaja un fardo de mercancía en las bodegas de un buque mercante.

Por lo que hace á Julia, el otro personaje saliente de la novela, en ella encontró el Sr. Latorre modo de dar vuelo á su fantasía creando una coqueta destapada que sabe á maravilla representar todos los papeles en la farsa de los amores, y que poco honor hace á la sociedad de Medellín si se pretende mostrarla como un ejemplar de su seno. Más parece una refinada parisiense que una señorita de raza antioqueña.

Ahora, ¿qué se propone el Sr. Latorre con esos personajes? ¿Satirizar acaso la sociedad á la cual pertenece? A buen seguro que figuras de esa clase no se encuentran diariamente en Antioquia, donde pasa la novela, por lo cual, si él ha querido retratar en sus creaciones los miembros de la *high-life*, no ha andado muy acertado que digamos. Tampoco queremos nosotros afirmar—los menos autorizados para ello—que la alta sociedad de Medellín no es en todo y por todo como la pinta y la hace obrar el autor de *Kundry*; en todas partes se encuentran ejemplos de petulantes, de coquetas, de niñas que no quieren ser bobas, pero que al través de su naturaleza mantienen un lado de humanidad que los hace proceder como racionales.

Kundry ha debido dejar no muy grata impresión en los miembros de la sociedad que allí se describe, pues el Sr. Latorre, enamorado de París y en general de la vida europea, profesa aversión soberana á la *tierruca montañesa*, y de cuándo en cuándo la vapula con frases hirientes y desconsoladoras para los que no la conocen. Ya dice de ella que está "perdida entre las faldas abruptas de los Andes,

á millares de leguas de toda civilización y de toda cultura"; y en otro lugar: "la intimidad y *san-façon* á que invitaban las sugestiones del campo, obraban ya su efecto sobre aquellos mozos y mozas, de suyo un tantico repelentes y acartonados, como buenos hijos, al fin, de la ciudad más antipática y aburridora de la tierra.... No había mucho ingenio, ni hay para qué exigirlo de unos pobres mercaderes que todavía pisan con miedo la alfombra de los salones, y de niñas sometidas á quienes la severidad de costumbres ata la lengua y esteriliza el espíritu"; etc. Y si esto dice el Sr. Latorre de Medellín y sus moradores, ¡qué hubiera dicho de las otras poblaciones antioqueñas! En esto creemos ú opinamos simplemente que hay una exageración, debida quizá al espíritu cultivado del Sr. Latorre, quien, viviendo como un europeo en su tierra, juzga con el criterio del que vive en los centros de gran civilización. En cambio, cuando habla de la vida del Viejo Mundo, encuentra los más elegantes y característicos epítetos, y sube muy alto en su vuelo de idealista soñador. Oigasele un momento: "París, cerebro del mundo, centro de las elegancias, babilonia de las grandezas, compendio de las perfecciones, fuente inagotable de todos los placeres, tierra del champaña, y del *esprit*, y de las mesas opíparas, y de las muchachas alegres! ¡Italia, cuna del Arte! Inglaterra, suelo natal del sentido práctico y de las libras esterlinas! ¡Alemania, foco de la filosofía moderna, de la instrucción y de la ciencia! ¡España, patria de las castañetas, de las bnndurrias y de las andaluzas resaladas! ¡Suiza, la de los lagos azules y las montañas cándidas! ¡Bélgica, colmena rumorosa de trabajadores! ¡Los Estados Unidos, genitores del progreso potente, emporio de todo lo enorme, semillero de millones, tumulto de ferrocarriles!"

Con *Kundry* por este aspecto, y refiriéndonos á Antioquia, pasa algo semejante á lo que acontece al leer *Fraulein Emma* del diplomático Servert, novela que deja una impresión desagradable sobre Colombia; y si esto se extraña en un español como Servert, cuánto más habrá ex-

trañado Medellín el hecho de que haya sido uno de sus hijos quien la ha desacreditado en las páginas de *Kundry.*

Pero, en todo caso, la novela del Sr. Latorre, no obstante sus incongruencias, es hasta ahora una de las mejores y más bonitas que conocemos, por lo correcto del lenguaje, su extensión mesurada y el interés que despierta; allí hay trozos de verdadera literatura, y al paso que muchas novelas colombianas no resisten más de una lectura, *Kundry* puede y debe leerse varias veces, en la seguridad de que cada vez que su lectura se repita, se admirará más la complexión artística de su autor, uno de los jóvenes que en Antioquia cultivan con *amore* y por temperamento las bellas letras. Y si ésta ha sido la obra tomificada con que el Sr. Latorre ha lanzado su talento á la circulación, de esperarse es que en lo sucesivo nos regale con cosas todavía mejores, que las facultades del hombre siempre son susceptibles de perfeccionamiento.

VI

Réstanos hablar del autor de *Hija Espiritual,* D. Alfonso Castro, á quien conocimos en retrato en un tomito de cuentos elegantemente impreso en Medellín, que lleva por mote *El Recluta,* y que va exornado con los fotograbados de los literatos que tomaron parte en aquel torneo, abierto por *El Cascabel,* sin pretensiones de concurso, y sólo con el deseo de ver "un mismo asunto—la historia de un recluta—tratado por ocho escritores distintos, en ocho estilos distintos, de ocho distintas maneras."

El retrato del Sr. Castro, que á la vista tenemos, es el de un joven de frente despejada, rostro pensativo y una mirada inquisidora, á través de la cual parece brotar la bondad de una alma de artista. Alfonso Castro es mozo todavía, "el Benjamín de la literatura antioqueña," como lo llamó uno de sus panegiristas, porque apenas en la edad de la adolescencia ha entrado con paso firme por el difícil cami-

no de las bellas letras. Y si fuéramos á estudiar en este trabajo la serie ya numerosa de cuentos de todo género que existen en la literatura nacional, más de una ocasión tendríamos para hablar de Castro, porque es allí donde ha cosechado mejores lauros su pluma de artista y poeta á su modo. *Notas humanas* y *Vibraciones* son dos libros suyos juzgados con ventaja, donde hay frescura, sentimiento y vida, donde ha dejado conocer mejor su temperamento y que le han franqueado la entrada al campo de las letras. No quiere decir esto que la perfección esté allí llevada á su colmo: defectos han de tener esas obras que no nos incumbe señalar, pero haber llegado en su edad á producirlas, es tarea digna de elogio. Castro es una esperanza para las letras patrias.

Puede afirmarse, sin mucho temor de errar, que en Antioquia se producen mejores cuentos que buenas novelas, que más valen allí los cuadros de costumbres que los conflictos pasionales; y es porque la novela necesita de la vida tranquila y sosegada, de la estabilidad de las cosas, de un carácter perfectamente definido, al paso que el cuento está muy en armonía con el anhelo de impresiones, de movimiento cuotidiano, del trabajar incesante y variado. Los cuentistas antioqueños forman una legión: Carrasquilla, Velásquez, Latorre, Robledo, Rendón, Castro, Montoya, Olano, Gaviria, Velásquez García y Francisco Gómez, muy apreciado este último entre sus conterráneos por sus salientes dotes de literato.

Hija Espiritual dio margen en Medellín á una polémica escabrosa: se creyó ver en los personajes del autor, individuos de carne y hueso de la sociedad de Medellín, se olieron y se palparon las alusiones personales, en una palabra, produjo indignación en unos, protestas furibundas de otros, admiración en los de más allá, elogios de no pocos; se coló por todas partes como el viento y circuló con la rapidez del incendio. Que este personaje es Fulano, que aquella odiosa mujer es Zutana, que la chica otra es Menganita ... y se recordaron escándalos recientes y dolo-

rosos conflictos de familias respetables. Y como á los héroes de la novela se atribuían acciones é intenciones ajenas á los pretendidos modelos, se formó una atmósfera de difamación y de calumnia. Ayudó la circunstancia de que *Hija Espiritual,* no obstante estar muy bien escrita y parecer meditada con tiempo, produce el efecto de una explosión momentánea de la pluma ante algo que molesta y hiere, de obra escrita con el enemigo al frente.

En los lugares cortos—y cortas son para el efecto todas las poblaciones de Colombia, Bogotá inclusive—no puede el novelista retratar personas determinadas; no puede introducir acciones sucedidas en la vida real, sin faltar á la caridad, y muchas veces, sin pretenderlo, á la justicia. Por eso, en muchos años, no se lograrán buenas novelas realistas sino las que tienen por asunto las costumbres de las clases populares. Los retratados no leen la novela; y los que la leen, no conocen los modelos copiados por el autor.

La persona señalada por el público como ejemplar del personaje más odioso de la novela, publicó una carta dirigida al autor, bien pensada y bien escrita, con un vigor que le envidiarían muchos hombres, con exquisita mansedumbre cristiana y femenil delicadeza y recato. A aquella carta respondió la sociedad medellinense colmando á la afligida dama de testimonios de estimación y de respeto, y el Sr. Castro, como caballero, protestando que no había tenido intención de referirse en su novela á ninguna persona en particular. Así terminó el enojoso incidente.

El tema de la novela en cuestión, considerado en abstracto, no podía ser más interesante: de una importancia capital en todas partes y que lejos de enfriarse, adquiere mayor importancia de día en día, porque es trascendental y decide en muchas ocasiones de la suerte de la sociedad. La educación de la mujer es el asunto que aborda Alfonso Castro en *Hija espiritual.* Su novela es, pues, de las que han dado en llamarse *tendenciosas.*

El autor ha querido hacer palpables los perniciosos efectos que se siguen cuando una maestra, sin conocer el

verdadero carácter y temperamento de su discípula, quiere sólo dirigirla por sus propias ideas y sentimientos, hasta el punto de hacer de las niñas que se le confían verdaderos autómatas, y de pretender forzarlas en el arduo problema de la vocación. Muy bien. Pero en *Hija espiritual* se percibe un ambiente hostil á la vida religiosa; y se tratan con criterio puramente humano y utilitario delicados problemas psicológicos en que interviene el orden sobrenatural. El que quiere flores para tejer una guirnalda, no coge los pétalos con toda la mano y tira de un golpe. El arte vive de buen gusto y delicadeza.

El estilo del Sr. Castro es sobrio y elegante, enérgico como al asunto convenía; los personajes están bien sostenidos. Con el tiempo hará obras que lleven muy alto su reputación de novelista.

CAPITULO V

NOVELISTAS MÁS RECIENTES

I

El distinguido literato y polemista D. José María Rivas Groot, bien conocido en su patria y fuéra de ella, publicó con el título de *Resurrección* una novela corta, de no escaso mérito literario, como todo lo que sale de su pluma. La novela del Sr. Rivas Groot puede llamarse colombiana por su autor; por los personajes, las descripciones, el ambiente que la rodea, más parece sentida y vivida en tierra extranjera que en las alturas de los Andes. Su aparición produjo entusiasmo y dio margen á discusiones sobre su originalidad, pues al paso que unos la reputaron nuéstra, no faltaron quienes aseveraran ser *Resurrección* una traducción elegante y castiza de una novela francesa.

Nada más natural que ceder nosotros el campo á quien con tino y maestría ha sabido juzgar esta producción del Sr. Rivas Groot, y á lo cual no pudiéramos añadir nada

mejor. Mr. Armand de Nouvrac, en carta dirigida á la Sra. Condesa Maurice de Courville, se expresa así:

"Entre los numerosos folletos que me han llegado he encontrado un libro artístico que me remiten de España y se titula *Resurrección.*

"No es andaluz, ni catalán, ni vasco; es francés, completamente francés, sin dejar duda, á juzgar por el estilo; y con todo esto, concebido y escrito en la América del Sur, en Colombia, en medio de los Andes, lejos de nosotros, los *civilizados*, según nuestra opinión personal.

"Yo desearía dejaros saborear y apreciar vos misma esa novelita, que es una verdadera joya en su género, y en la cual se transparenta el espíritu profundo, analítico y psicológico del autor; pero siento el deseo de decir algo de lo que pienso respecto de esa obra, algo de lo que encuentro en esas páginas, escritas en un lugar tan lejano, y que sin embargo me han impresionado de tal modo, que las he leído sin interrupción, con gran placer y penetrado por las impresiones, las descripciones tan verdaderas y sentidas de ese americano que escribe con el espíritu de un francés de nuestra época.... El tema es sencillo, sin artificios complicados; la trama es natural, el estilo correcto, claro y sobre todo muy puro. Y se refleja ahí una alma que siente, que aspira la vida en medio de sentimientos delicados y nobles. No diré que el autor es un psicólogo como Pablo Bourget, un soñador exótico como Loti, ó un sentimental como René Bazín. En algo, sí, se asemeja á todos ellos y se comprende que son sus autores favoritos.

"El autor de *Resurrección* se dedica al estudio de los sentimientos nobles, al análisis del alma de sus personajes, á tocar aquellas fibras que más nos enternecen y conmueven. Su propósito es la moral, pero una moral suave, presentada con tan atractivo aspecto, en un estilo tan fluído, que al autor se le escucha y se le comprende aunque todos no participen de sus propias ideas.

"*Resurrección* es un verdadero cuento de artistas, puesto que sus personajes lo son en efecto, y el libro constituye un

poema en prosa hecho con leves pinceladas, numerosas é insinuantes, y hay en él notas musicales que se confunden y se suman, formando una armonía suave, que llega al corazón y esparce —es verdad— una suave melancolía, la melancolía que experimentamos inevitablemente al pensar que los tiempos cambian, que el género literario sentimental tiende á desaparecer en nuestra época, llevándose acaso consigo lo que hay más elevado en el pensamiento humano. Lo que más llama la atención en ese librito sentimental es la descripción perfecta de sus personajes, á quienes el autor no ha visto sino de paso, pero de los cuales conserva una memoria indeleble; y los sitios que ha visitado sin duda y que permanecen reflejados en su mente con tal nitidez, que los reproduce todos acaso en un estilo desconocido en América, si consideramos que las costumbres de aquellos países son tan diferentes de las nuéstras. Hay un verdadero color local, y para que un autor lo posea es necesario que el escritor vea, analice y comprenda las cosas que le son extrañas, tal como nosotros las observamos y sentimos.

"Entre nosotros vemos que Loti deja su amada Francia para emprender largos viajes y presentarnos luégo visiones pintorescas de países exóticos. En América, Rivas Groot abandona sus zonas ecuatoriales para venir á Francia á beber en una nueva fuente; se inspira en escenas de una tierra que no es la suya; describe en un estilo que le es propio lo que ha visto y vivido entre nosotros; y nos hace palpitar así una vida que es más nuéstra que suya. Hé ahí una propiedad especial del autor de *Resurrección*, que merece notarse. Por tal motivo, el prefacio de la obra nos habla de la sorpresa causada allá en los centros literarios, pues se creyó en un principio que esa novela no era un producto nativo de América, sino traducida de un autor francés á la lengua castellana.

"Cuando se descubrió que M. Roche Grosse no era sino un seudónimo, las controversias cesaron y se admiró, como yo admiro, ese librito azul, flor de la literatura, que se

abrió en la cordillera de los Andes, y cuyas hojas dejan escapar un aroma de gracia, de delicadeza; nos hace soñar por instantes en esa bella Margot, pura y pálida como las flores ecuatoriales, transportada á un país tan diferente del suyo y admirada por los corazones entusiastas y fervorosos de artistas auropeos, enamorados de la Belleza, cautivados por esa noble y delicada amiga, y unidos, á pesar de sus diversas doctrinas, en un mismo culto sentimental, de tal manera que esa joven, al marchitarse al soplo de la muerte, viene á ser el ideal secreto y puro que los hace estrecharse la mano á la orilla de una tumba y pensar y creer en la verdadera resurrección.

"Al terminar, Sra. Condesa, esta carta, me viene á la memoria el haber visto en la *Revue Bleue* y á propósito de la traducción de las obras de Víctor Hugo al español, una crítica de Madame Levynk, en que elogia al Sr. Rivas Groot como lo merece, según creo.

"Este hecho y algunas otros me explican su predilección por la literatura francesa, y me atrevo á esperar que el autor de *Resurrección* no se limitará á este primer trabajo, y que sus futuras publicaciones tomarán su puesto entre nuestros autores, que son—podemos decirlo con legítimo orgullo—los más leídos en el mundo entero."

II

La última producción novelesca—que sepamos—y precursora de días de bonanza para la literatura colombiana, es *Pax*, de D. Lorenzo Marroquín, obra en la cual colaboró el Sr. Rivas Groot, y cuya primera edición vio la luz en 1907.

Frescos están aún los laureles que el autor cosechó con la publicación de su novela, la que fue recibida del público con muestras de verdadero entusiasmo, llegando á ser el acontecimiento culminante de varias semanas, en esta Atenas, á ratos tan monótona, tan aferrada á las cosas de afuera, que muy difícilmente logra encariñarse de veras

con lo que es producto de su propio suelo. Explicable es esto si se tiene en cuenta que muy rara vez se le sirve una obra que tenga sabor de humanidad, donde palpite la vida, donde brille el realismo moderado, donde se sienta el esfuerzo y la persecución de altos ideales. El Sr. Marroquín, conocedor del gusto de sus conterráneos, acertó en esta ocasión á satisfacer las aficiones de una sociedad entera que impartió su aprobación á *Pax* con ruidosas aclamaciones de triunfo. De ella se ocuparon aventajadas plumas, y la segunda edición, hecha á raíz de la primera, va ya exornada con sendos prólogos de dos atildados y juiciosos escritores que pusieron en su punto el mérito intrínseco de *Pax* como obra de aliento, llamada á marcar nueva senda en la literatura patria. Se creyó en aquel tiempo—y tal vez se siga creyendo hoy—que con *Pax* había nacido al fin la novela colombiana, tanto tiempo intentada pero no satisfactoriamente realizada, y cuyos ejemplares anteriores apenas eran pálidos embriones, si bien necesarios para la factura de la obra del Sr. Marroquín, á la manera que de la unión continuada de los arroyos se forma ancho y caudaloso río. Al lado de los juicios encomiásticos, no escasearon las críticas acerbas, en las cuales se le hicieron patentes errores de todo linaje; se la llamó novela antipatriótica, destinada á desacreditarnos en el Extranjero. Hoy se ha disipado el humo de aquel combate literario: los disparos de la fusilería enemiga se perdieron en la sombra, y aunque *Pax* tenga defectos como todo lo que sale de las manos del hombre, la reputación artística del Sr. Marroquín se asentó de nuevo sobre sólidas bases, porque mostró al público una vez más los productos de su talento, á diferencia de muchos que se encierran en su *torre de marfil*, no sea que el público exija la factura de las obras que los consagran como literatos.

Bien comprendemos que no somos nosotros los llamados á emitir juicio sobre la mejor obra de D. Lorenzo Marroquín; bastante y bueno se ha dicho ya para que vayamos ahora á intentar algo nuevo. Cuando leímos por vez

primera á *Pax* por poco desistimos de tomar la novela colombiana por asunto de este trabajo: nos pareció que el fardo pesaba mucho sobre nuestros hombros; y aun pensamos que lo reciente de su publicación sería excusa para no tratar de ella, lo mismo que de otras muchas; pero meditando luégo que nuestro estudio quedaría incompleto si en él no se hablara de *Pax* aunque ligeramente, hemos venido en consignar aquí lo que ya se dijo por mejores y más autorizadas plumas que la nuéstra.

Ante todo, ¿quién es el autor? No es un desconocido en la cultura nacional. Espíritu cultivado, erudito con marca refrendada de autenticidad, católico de entendimiento y de corazón, escritor pulcro y correcto. Su obra literaria es extensa, meritoria, y está esparcida por diversos campos del saber humano: los estudios filológicos, las cuestiones religiosas, la crítica severa y razonada, la poesía, el drama, la comedia, las costumbres sociales, los problemas filosóficos y la política, á la cual parece haber dedicado muchas de las energías de su vida: hé ahí más ó menos la esfera en donde se ha ejercitado la pluma del Sr. Marroquín, dejando á su paso la huella de una privilegiada inteligencia.

Mas, á pesar del mérito de sus demás obras, con *Pax* ha dado la última nota en su ya larga producción literaria; en ella ha sumado todo el aliento de su cerebro y se ha dejado conocer por aspectos diferentes: enamorado del arte, de la naturaleza, de la política, del progreso de su país y de la lengua castellana. Por eso *Pax*, á diferencia de aquellas cuyo objeto es el desenvolvimiento de una pasión en un enredo más ó menos complicado, es una novela de combate, ante la cual nadie permaneció indiferente, y en donde, á pesar del detalle, no se ha despreciado la unidad del conjunto, pues es la pintura de una época de transición en nuestra vida política y social.

Mucho interés hubo en saber qué parte correspondía al Sr. Marroquín, cuál al Sr. Rivas, en la composición de *Pax*. Bien se colige de la carta del Sr. Marroquín al Sr. Rivas, que el primero lleva la mayor parte de la labor, por-

que afirma en la carta que hay en *Pax* capítulos refundidos, otros en que no queda sino el esqueleto, siete capítulos nuevos; si bien el plan general de la obra y los caracteres se han conservado tal y como los combinaron entrambos escritores, según declaración del mismo Sr. Marroquín; y aun cuando en medio de esas mutaciones sea difícil precisar lo que sobrenadara del ingenio del Sr. Rivas, el público no procedió en el caso de *Pax* de igual modo que cuando los mismos escritores hicieron representar su drama *Lo Irremediable*, ocasión en que se repartió el aplauso por iguales partes.

El Sr. Marroquín hubo de prevenirse contra la opinión de los lectores respecto de los personajes de *Pax*, creyendo que la suspicacia del público lo llevara hasta poner nombres propios á dichos personajes. Y así sucedió. No bien se iban recorriendo las páginas de la novela, cuando ya se señalaba con el dedo el personaje aludido. Sin embargo, muchos creyeron que el Sr. Marroquín no tuvo en mira retratar individuos determinados de nuestra sociedad, sino pasiones, vicios, virtudes, etc. Así lo dice él. El mismo fenómeno se ha observado con muchas obras semejantes, y el ejemplo no está lejos. Y si el parecido de los personajes de *Pax* se encuentra lo mismo en Colombia que en cualquier país hispanoamericano, eso está demostrando que el Sr. Marroquín ha hecho novela de costumbres latinoamericanas, tomando una pasión, una tendencia, y encarnándola luégo en un individuo que, en sus relaciones sociales, sirve de vehículo para llevarla á muchas partes. Lo cual corroboraría la siguiente tesis sentada por el autor:

"Y la bondad y perfección de la pintura de un tipo ó de un carácter se comprueba con la diversidad, número y viveza de parecidos que se le encuentren: el molde en ese caso está bien hecho. Pero esa misma circunstancia de la facilidad de aplicación ó de identificación, demuestra que los caracteres ó tipos de la novela no son, no pueden ser retratos fotográficos; el retrato de muchos hombres no es

el retrato de ningún hombre, no es retrato de nadie, se ha vaciado en el molde, en el carácter, una especie de hombres, no se ha reproducido particularmente ningún hombre." Y más adelante: "Esta clase de parecido es el que anhelo para los personajes de *Pax*, que habrán de encontrar sus congéneres y semejantes lo mismo en Colombia que en cualquier otro país de Hispanoamérica. *Pax* no busca ni el interés de actualidad, ni el encanto del chisme de parroquia, ni la difusión de la maledicencia, ni la boga del escándalo, ni el esplendor fugaz de la política; pero como el público puede proponerse darle esa clase de popularidad y resonancia, y empeñarse en particularizar, en determinar, en hacer aplicaciones, en señalar con el dedo, en confundir el individuo con la especie, el molde con la estatua, el troquel con la medalla, es indispensable que me apresure á copiar la declaración anunciada al encabezar estas líneas, y que un veterano de la novela de costumbres puso al frente de una obra cuyos caracteres, tipo de actualidad eterna, son reconocibles en todos los países y han pasado al través de los tiempos como los tipos de imprenta en que fueron descritos."

A pesar de esta declaratoria, que tiene visos de autoacusación, los personajes de la novela no tuvieron la acogida deseada por el autor, cuya intención mordaz y satírica contra algunos de ellos no fue un misterio para nadie. Quizá esos tipos de novela —si así pueden llamarse— tengan mejor aceptación en lugares fuera de Bogotá y aun fuera de Colombia. El Sr. Marroquín más ha pintado en algunos el cuerpo que el alma, más se ha detenido en el individuo que en la especie, más ha retratado que pintado. De ahí que el público se empeñe en no ver allí caracteres novelescos sino retratos tomados del natural, tanto más visibles cuanto más reducida sea la sociedad en que obran; y con este prejuicio, si el personaje no se mantiene siempre á la misma altura en todas sus acciones, se hallará falso ó dibujado con imperfección. Ahora, no todos los personajes de *Pax* son de una misma casta: muchos hay, los que parecen

formar uno de los bandos contendores de la lucha social que se vislumbra en *Pax*, estudiados con maestría de novelista, figuras hermosas, vivientes; otros un tanto reteñidos, cerrada para ellos la válvula de escape del sentimiento humanitario que hay en el corazón del hombre, como desafiando la antítesis entre el bien y el mal. Y si esta labor del Sr. Marroquín no es laudable desde cierto punto de vista, por el lado de la pintura no se puede pedir nada más gráfico, intenso é incisivo. Sobre *Pax*, por este aspecto, pudiéramos decir lo que de *Hija espiritual* apuntamos atrás; con la diferencia de que en aquella novela no son damas y doncellas las que aparecen en escena, ni á los personajes se les da á conocer por ningún lado que desdiga de la cultura é ideas religiosas del autor.

De los caracteres de *Pax*, como obra literaria, el de más mérito, el que ha sido colocado en primera línea, es el de Roberto. Oigase lo que de él dice uno de nuestros críticos (1):

"Describir malvados ó varones perfectos, tipos más ó menos ridículos, es fácil. En la academia de pintura se empieza el estudio de figuras humanas por el contrabandista, el caballero de golilla, el mendigo astroso, el vejete de capa verdosa y cubilete abollado. Roberto es un carácter dificilísimo, sostenido como se deben sostener, no haciéndolos perseverar en un solo rasgo, sino en el vaivén de la vida humana. El héroe de *Pax* está copiado del bogotano, como ya no existe, no sé si por desgracia ó por fortuna, salvo unas poquísimas excepciones rezagadas; del bogotano que yo conocí hace más de cuarenta años, cuando vine á estudiar á la capital. Inteligente, con todos los talentos, menos uno: el que se necesita para hacer valer los demás; pero no el talento macizo del profesor de Leipzig ó del escolar de Oxford, sino vivo, chispeante, á veces superficial, vuelo de golondrina. Tenía el *esprit* de un parisiense de

(1) V. la *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, número 25, pp. 296 y 297.

raza, el donaire de un madrileño de cepa, con más sobriedad que el primero y más blandura que el segundo. No estudiaba á derechas en el colegio, no concluía carrera profesional, no llegaba á doctor ni siquiera á bachiller; pero á poco sabía de todo, podía hablar con propiedad de cuanto hay, pero ocultaba su saber como si fuera una vergüenza. Artista por herencia, por naturaleza, el arte le servía para gozar y admirar, raras veces para producir algo. De repente hacía un soneto que Arguijo hubiera prohijado; lo leía á dos ó tres amigos y lo arrojaba á la cesta de los papeles inútiles; empezaba un paisaje, no indigno de Corot, un retrato de la novia ó el amigo, con rasgos de Velásquez, pero no los concluía jamás. Y no por pereza. Trabajaba, si era preciso, quince horas al día, pero con una condición: que la labor no fuera en provecho propio, sino para bien ajeno, ó que no condujera á nada útil. Virtuoso ó calavera, tenía dos virtudes contra las cuales no delinquía jamás ni levemente: la delicadeza y el honor. El honor en singular, porque los honores lo aterraban; y en punto á riquezas, era perfecto en el arte de gastarlas, nulo ó poco más, en el arte de adquirirlas.

"Cuando el espíritu moderno invadió la capital, el personaje de que estamos tratando se dejó arrojar sin protesta, digamos más bien, para ser justos, abandonó el centro de la ciudad, los puestos públicos, las influencias á los hombres nuevos, á los de acción, como dicen ahora. Con el alma entristecida hondamente, sin valor para luchar, ó por falta de fe en los medios, ó por desprecio al éxito, no dejaba ver sus quebrantos; por delicadeza, por buen gusto, ocultaba el dolor bajo el velo de suave jovialidad, y como único desquite contra sus vencedores, tenía el gracejo espiritual, finísimo, que nos rasguñaba la piel, pero rara vez ó nunca hacía echar sangre. El bogotano actual ha ganado mucho, es más activo, más constante, más enérgico; ha abierto el pecho, en mayor ó menor grado, á la ambición de gloria y de mando, al deseo de formar una

fortuna, cosa que, dentro de los límites de la moral y del decoro, son resortes poderosos para el bien."

Pero el señor Marroquín no sólo ha estudiado caracteres y costumbres de la sociedad elevada, con un sabor local tan puro y tan intenso, que basta leer el capítulo *La Alondra* para sentirse úno de cuerpo presente en medio de las carreras de caballos; no sólo ha sostenido, de un modo ú otro, sus personajes en toda la línea, lo cual requiere esfuerzo supremo é íntimo vivir con ellos, y ha sido escollo para muchos; el señor Marroquín va más adelante: el odio profundo é injustificable de los partidos—hoy extinguidos casi por completo,— el encarnizamiento de nuestras contiendas armadas, la ruina moral de la República, las agitaciones sociales y políticas, la necesidad de una paz asentada en graníticos cimientos, hé ahí más ó menos, los problemas que se agitan en *Pax*, abordados con intensidad de penetración y de análisis. Agréguese á esto la belleza de muchas descripciones en que se patentiza el temperamento artista del Sr. Marroquín, describiendo no únicamente lo que los ojos ven, sino aquello que requiere versación inteligente y meditaciones serias habidas en largas vigilias, y se comprenderá que Colombia tiene elementos grandiosos para una literatura propia; múltiples causas han estancado la corriente, y de aquí que el atraso material, fiscal y económico en que nos hallamos, derivado de las guerras civiles, haya trascendido á las Letras, ahogando en flor las primeras manifestaciones de un arte nacional. Por eso *Pax* ha venido como señal de cesación de infortunios, y su aparición coincide con el impulso progresista dado á la Nación por el mandatario que hoy la rige. Quiera el cielo que los primeros astros que empiezan á brillar en el campo sosegado y tranquilo de la literatura colombiana, sean precursores de toda una constelación formada por hijos de la Patria en las diversas esferas del trabajo, del estudio y de la perseverancia.

De más estará decir que el elemento psicológico tiene en *Pax* lugar prominente: capítulos hay que ni son des-

criptivos, ni de costumbres, sino de análisis del alma, del corazón humano, algo que va derecho al espíritu. El Arte también tiene allí puesto de honor. Y cómo nó, si el Sr. Marroquín lo ama, lo comprende, lo ha adquirido en sus viajes por el Viejo Mundo?

A la corrección, limpieza y buen gusto del lenguaje, se une un estilo sonoro, hirviente, palpitante, á la par que sencillo: se deja leer sin esfuerzo, se amolda á los diversos asuntos que trata. El Sr. Marroquín ha bebido en las fuentes puras de la lengua, y ojalá su ejemplo sirva de estímulo á la juventud estudiosa.

Tal vez peque por exceso de descripciones, por recargo de colorido, por falta de narración; quizá haya capítulos que se tornan pálidos al lado de otros; el anhelo patriótico de pintar completamente una faz medio borrosa de nuestra nacionalidad bajo muchos aspectos, llevó al autor á ese "pecado de inexperiencia," como dijo alguno.

Siendo la obra literaria fiel trasunto donde se mira el alma del que la escribe, imposible que el Sr. Marroquín prescindiera de sus ideas religiosas al componer su novela; por eso al través de esas páginas que recrean el ánimo y satisfacen el gusto, se siente el influjo de la religión católica, la fe hondamente arraigada; por eso también el autor de *Paz* ha logrado hacer de una obra realista lectura para las almas que viven en el mundo del candor y de la inocencia, y cuyo aplauso vale más que los elogios de la gente letrada.

....

No quiero poner punto final á este trabajo sin manifestar públicamente mi agradecimiento á nuestro amadísimo Rector, de quien los jóvenes que se educan reciben señaladas muestras de cariño, porque él, á la par que maestro, es padre amantísimo que nutre las mentes con la ciencia, modela las voluntades firmes para el bien. De sus labios y del ejemplo de su vida, consagrada hace un cuarto de si-

glo al servicio de Dios, de la juventud y de la Patria, ha manado continuamente la enseñanza para el entendimiento y para el corazón; enseñanza que, esparciéndose lenta por el territorio patrio, irá más tarde á contribuír á la regeneración total de la República. El Dr. Carrasquilla tiene para todos abiertos los brazos, para todos tiene un solo amor, el del verdadero maestro, que ama con amor sobrenatural, bebido en las fuentes purísimas de nuestro Salvador. Mas, ¿cómo hablar del Dr. Carrasquilla sin hablar del Colegio del Rosario, si á estos claustros ha vinculado él su nombre, si en ellos ha hecho revivir las enseñanzas de la Iglesia católica, la sana filosofía, el amor á lo bello, si ha despertado el amor á la Patria y formado hombres de carácter íntegro y firme? Las glorias de este Colegio no son de aquellas que se discuten: están en la mente de todos. Sólo que el Dr. Carrasquilla, merced á sus grandes virtudes de educador y de patriota, las ha afianzado en su ya largo período rectoral: haber resucitado las tradiciones del Instituto del Sr. Torres, haber ensanchado notablemente el edificio, devuelto al Colegio las Facultades de Filosofía y Letras y de Jurisprudencia, tener en vía de próxima realización la erección, en el patio principal, de la estatua de nuestro egregio Fundador, hé ahí algunos de sus méritos principales que le hacen acreedor á la gratitud nacional; gratitud que yo, el último de sus alumnos, al sentir la nostalgia de las dulces horas de este segundo hogar, he de guardar en mi corazón,

Dum memor ipse mei, dum spiritus hos reget artus.

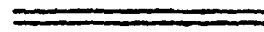




APENDICE



Nos ha parecido oportuno insertar, lo más completa que nos ha sido posible, la lista de las novelas colombianas publicadas hasta hoy. Muchas de las que aparecen en este catálogo corren publicadas en periódicos actualmente de difícil adquisición. Hacemos constar que una parte de estas obras ha sido tomada del libro *Bibliografía Colombiana*, de D. Isidoro Laverde Amaya, quien se dio con ahinco al estudio de nuestra literatura, en el sentido de catalogar los autores, si bien su libro carece de plan que lo haga utilizable. El Sr. D. Jorge Pombo, que actualmente prepara otra Bibliografía colombiana, nos ha suministrado galantemente algunos datos para este Apéndice, lo cual le agradecemos mucho.



Acebedo de Gómez Josefa

Cuadros de la vida privada de algunos granadinos, copiados del natural para instrucción y divertimiento de los curiosos. Obra póstuma de la Sra. Josefa Acebedo de Gómez. Bogotá. Imprenta de *El Mosaico*. 1861. Volumen de 196 páginas. Este libro contiene las siguientes novelas cortas : *El triunfo de la generosidad sobre el fanatismo político*, *El soldado*, *Valerio ó el calavera*, *Angelina*, *La caridad cristiana*, *El pobre Braulio*, *La vida de un hombre*, *Mis recuerdos de Tibacuy*.

Acosta de Samper Soledad

En su libro *Novelas y cuadros de la vida sudamericana*, se encuentran tres de sus novelas : *Dolores*, *Teresa la Limeña* y *El corazón de la mujer*. En los folletines de varios periódicos han aparecido las demás novelas suyas : *José Angel Galán*, episodio de la guerra de los comuneros. *Constancia*, *Laura*, *Los hidalgos de Zamora*, *Gil Bayle*, *La holandesa en América*, *Alonso de Ojeda*, *La juventud de Andrés*, *La familia del tío Andrés*, *Las dos reinas de Chipre*, *El talismán*

de Enrique, *Historia de dos familias*, *Una catástrofe*, *Historia de dos mujeres* y *Anales de un paseo.*

Aguilar Federico C.

Matilde ó escenas de la revolución de Col mbia en 1876.

Amézquita Cándido

La mujer infiel. Al que le caiga el guante....

Albarracín Jacinto

Almíbar. 1901. Imprenta de *La Luz.*

Angel Gaitán José María

El Doctor Temis. Introducción por José María Maldonado Castro. Nueva edición, aumentada con una noticia por Isidoro Laverde Amaya. París. Garnier Hermanos, Libreros Editores. Bogotá. Camacho Roldán y Tamayo. Librería Colombiana. 1897. 2 volúmenes con xxv+583 págs.

Arbeláez Juan Clímaco

Adelaida Helver. Bogotá. Imprenta de Nicolás Pontón y Compañía. 1868.

Avella M. Temístocles

Daniel Sikles, publicada en el *El Iris.*

Los tres Pedros, publicada en *El Mosaico*, de 1864.

Anacoana, novela histórica por Temístocles Avella M. 1865. Bogotá. Imprenta Constitucional. Por Nicolás Pontón. 29 págs.

Barco Jesús María

Susana y Mercedes. Impresa en Medellín.

Bayona Rafael

Amor de hija, publicada en *El Rocío* de Bogotá y reproducida en las *Horas de solaz*, de San José de Costarrica.

Bernal C. Raimundo

Viene por mí y carga con usted. Travesura histórico-novelesca de un curioso desocupado. Bogotá. 1858. Un volumen de 209 págs.

Borda José Joaquín

Morgan el Pirata, publicada en el folletín de *El Mosaico* y en *El Pasatiempo.*

Koralia, leyenda publicada también en su periódico *El Mosaico.*

Botero Guerra Camilo

De Paso.

Bueno R. Joaquín

Amar sin fe. Pablo. Publicadas en *El Rocío.*

Caicedo Rojas José

Don Alvaro *(Cuadros histórico-novelescos del siglo XVI)*, inserta en la *Revista de Bogotá.* 1871.

Camacho de Figueredo Pomiana

Escenas de nuestra vida, por Pomiana Camacho de F. Bogotá. Tipografía de Nicolás Pontón y Compañía. 1873. 115 págs.

Caicedo Juan E.

Julia. 1901.

Carrasquilla Tomás

Frutos de mi tierra. Bogotá. Librería Nueva. 1896. 413 págs.

Salve Regina. Medellín. Imprenta Oficial. MDCCCCIII. 95 págs.

Blanca. Inserta en *El Montañés.*

Entrañas de niño. Inserta en varios números de *Alpha.* 1906.

Castro Alfonso

Hija espiritual. Segunda edición. 1906. Tipografía Popular. Director, Enrique Castro.

Cervantes Pedro Pablo

Un recluta. 1878. Imprenta de Echeverría Hermanos.

Cortés C. Francisco de P.

Amor de dos especies. Luisa Norval.

Cuéllar Adolfo

Margarita. El hombre inédito.

De Guzmán Diego Rafael

La cruz de Mayo, novela ejemplar publicada en *El Zipa.*
Resignación, publicada en *La Tarde.*

De Rahavanez Rodrigo

Contrastes. Novela de costumbres bogotanas. 1905. Ediciones de *El Mercurio.* G. Forero, Editor. Bogotá. Colombia.
Caprichos. Escenas de la vida íntima. Novela colombiana. Barcelona. F. Granada y Cª, Editores. Calle de la Diputación, 344. 1907.
Pasiones. (En prensa).

De Silvestre Luis Segundo

TRÁNSITO, por Luis Segundo de Silvestre. Bogotá. 1886. Imprenta de Silvestre y Compañía. 211 págs.

Díaz Castro Eugenio

MANUELA. Novela de costumbres colombianas. París. Librería Española de Garnier Hermanos, 6, rue des Saints-Péres, 6. 1889. 2 volúmenes con XVI+526 págs.
Una ronda de Don Ventura Ahumada, Carranza, El rejo de enlazar, Bruna la carbonera, Pioquinta ó el Valle de Tensa, Los Aguinaldos en Chapinero.

Espinosa Antonio R.

Insondable. Novela. Bogotá. Imprenta Eléctrica. 168, calle 10. 1907.

Franco V. Constancio

Fragmentos de la vida de Ester. Bogotá. Imprenta del Estado de Cundinamarca. 1864. Cuaderno de 40 págs.

Gómez Mercedes

Los hijos del misterio.

Gómez Jaime de Abadía Herminia

Dos religiones ó Mario y Frimea. 1884. *Del colegio al hogar.* 1893.

Guarín José David

Ruth, La hija de Chirca, Las bodas de un muerto. Bogotá. Imprenta Constitucional. Por Nicolás Pontón. 1866.
Las aventuras de un santo. Bogotá. Imprenta de *El Progreso.* 1877.
Las dos Julias, publicada en folletín de *El Hogar.*
Tres semanas, en *La Pluma;* una y otra no se publicaron íntegramente.

Hinestrosa León

Rodríguez el ajusticiado, publicada en el folletín de *El Pasatiempo,* de 1851.

Hurtado de Alvarez Mercedes

Alfonso, cuadros de costumbres por la Sra. Mercedes H. de Alvarez. Imprenta y Estereotipia de Medardo Rivas. 1870. 81 págs.

Isaacs Jorge

MARÍA. Novela americana, por Jorge Isaacs. Ilustrada por A. Riquer y J. Passos. Grabados de Thomas y Gómez Polo. Sexta edición. Barcelona. Biblioteca *Artes y Letras.* Arturo Simón. Rambla de Canaletas, 5. 1894.

Jaramillo Marco A.

Mercedes. Sonsón. Mayo de 1900. Medellín. Tipografía de San Antonio. 1907.

Latorre Gabriel

KUNDRY. Medellín. Librería de Antonio J. Cano. 1905. 178 págs.

López Penha Abraham Z.

Camila Sánchez.

Lorenzana Máximo

Diego Velasco. Bogotá. Imprenta de *La Luz.* Puente de San Francisco. 1905.

Madiedo Manuel María

Nuestro siglo XIX. El Moján. La Maldición, publicada en *El Mosaico,* de 1860.

Mantilla Daniel

Una tarde de verano. París. 1860. Imprenta de C. Thunot y Cª Calle Racine.

Márquez Antonio

En lo silvestre (en preparación).

Marroquín José Manuel

Blas Gil. Bogotá. Casa Editorial de J. J. Pérez. 1897.

Amores y Leyes. Bogotá. G. R. Calderón, Editor. MDCCCXCVIII

Entre Primos. Bogotá. Imprenta de Eduardo Espinosa Guzmán. 1897.

El Moro. Por José Manuel Marroquín. De la Academia Colombiana y Correspondiente de la Española. Edición ilustrada con dieciséis fotograbados. Segunda edición. New York. D. Appleton y Compañía, Editores. 1904.

Marroquín Lorenzo

Pax. Novela de costumbres latino americanas. Bogotá. Imprenta de *La Luz*. Carrera 7.ª, número 590. 1907. xvi+643 págs.

Navarro Nepomuceno J,

La estrella del destino, El camarada, El zapatero, El gamonal.

Neira Acebedo José Ignacio

El sereno de Bogotá. Novela histórica, por José I. Neira. Bogotá. Imprenta de *La Nación*. 1867. Cuaderno de 67 págs.

Nieto Juan José

Ingermina ó la hija de Calamar. Novela histórica ó recuerdos de la conquista, 1533 á 1537, con una breve noticia de los usos, costumbres y religión del pueblo de Calamar, por Juan José Nieto. Publicada á expensas de unos amigos del autor. Kingston, Jamaica. Imprenta de Rafael J. de Córdoba, en la oficina del *Gleaver* Harbour Street, número 66. 1844. 2 volúmenes, el primero de 93 págs., el segundo de 109.

Los Moriscos, por Juan José Nieto. Kingston, Jamaica. Imprenta de Rafael de J. Córdoba, en la oficina del *Gleaver*. Harbour Street. 1845. 1 tomo de 119 págs.

Obeso Candelario

Las cosas del Mundo. Novelas semi-históricas por *Publio Chapalet*. La familia Pigmalión. Primera serie. Bogotá. Imprenta de Medardo Rivas. 1871.

Ortiz Juan Francisco

Carolina la Bella, publicada en *La Guirnalda*.

El Oidor Cortés de Mesa, publicada en los *Cuadros de costumbres y descripciones locales de Colombia*. Artículos escogidos y publicados por José Joaquín Borda. Bogotá. Librería y Papelería de Francisco García Rico. 1878. Volumen de 398 págs.

Ortiz José Joaquín

María Dolores ó Historia de mi casamiento, publicada en *El Condor* de 1840.

Huérfanas.... de madre, publicada en *La Caridad* y en cuaderno.

Ortiz Melitón

Los dos amigos, novela de costumbres, por M. Ortiz y G. Gooding. Bogotá. 1873. Tipografía de Nicolás Pontón y Compañía. 33 págs.

Ortiz Rafael

Eduvigis.
La semilla del clavel (en prensa).

Palacios Eustaquio

El Alférez Real. *(Crónicas de Cali en el siglo XVIII)*. Imprenta Popular. Palmira. 1903.

Plaza José Antonio

El Oidor. Romance del siglo XVI.

Pereira Gamba Próspero

Amores de estudiante, novelas de costumbres nacionales, sacada de un precioso manuscrito neivano, por Próspero Pereira Gamba. Bogotá. Imprenta de Echeverría Hermanos. 1865. 132 págs.

Pérez Felipe

HUAYNA CAPAC, novela original, por Felipe Pérez. Bogotá. Imprenta de Echeverría Hermanos. 1856.

ATAHUALPA, novela original, por Felipe Pérez. Bogotá. Imprenta de Echeverría Hermanos. 1856.

LOS PIZARROS, novela original, por Felipe Pérez. Bogotá. 1857. Imprenta de Echeverría Hermanos.

GILMA *ó continuación de los Pizarros*, novela original, por Felipe Pérez. Bogotá. Imprenta de Ovalles y Compañía. 1858.

El caballero de la barba negra, novela original, por Felipe Pérez. Bogotá. Imprenta de Ovalles y Compañía. 1858.

LOS GIGANTES, novela original, por Felipe Pérez. Imprenta de Gaitán. 1875.

Imina, novela original, por Felipe Pérez. 1881. Bogotá. Imprenta de Colunje y Vallarino.

Carlota Corday, novela original, por Felipe Pérez. 1881. Bogotá. Imprenta de Colunje y Vallarino.

Los Pecados sociales, publicada en el folletín de su periódico *El Relator*.

Estela ó los Mirajes, que forma parte de su libro *Folletines de "El Relator,"* en donde se encuentran también cuatro narraciones cortas de su pluma, tituladas: *El Doctor Jenner, Las cuentas del Gran Capitán, Las Golondrinas, El Piloto de Huelva*.

Sara, El caballero del Rauzan, 1887.

Price Jorge W.

Emma Perry. Novela católica. Bogotá. Imprenta de *La Luz*. 1907.

Rendón Francisco de P.

INOCENCIA. F. de B. Tip. del Comercio, Casa editora. Librería Restrepo. Medellín. MCMIV.

Rivas Medardo

Las dos rosas, El destino, Memorias de un ajusticiado, La vida en América, Dolores, Tradiciones de Tocaima. Publicadas en la *Revista de Colombia*.

Rivera Garrido Luciano

Un sentenciado á muerte, publicada en el folletín de *El Bien Público*. Sus ensayos literarios contienen tres novelas cortas tituladas: *El Sargento Pedro, La novia del desertor, La venganza de una mujer*.

Rivas Groot José María

RESURRECCIÓN. Novela por D. José María Rivas Groot. Miembro de varias Academias. Ex-Ministro de Instrucción Pública. Senador, etc. Nueva edición. Bogotá. Cándido Pontón, Editor. 1905.

Rozo Jesús S.

El último Rey de los Muiscas. Novela histórica, por Jesús S. Rozo. Bogotá. Imprenta de Echeverría Hermanos. 1866. Volumen de 112 págs.

Las travesuras de un tunante. Historia que parece novela, dividida en cincuenta y cuatro capítulos ó cuadros de costumbres nacionales, por Jesús S. Rozo. Bogotá. Imprenta de *La América*. 1873. Volumen de 249 págs.

Rodríguez Moya Francisco

El Nazareno.

Santamaría Eustasio

La confidencia del cura de mi pueblo, José de la Gruz Rodríguez. Ambas salieron en el folletín de *El Tiempo*.

Scarpetta Adriano

Julia. Palmira. Imprenta de Teodoro Materón. 1871.

Eva, novela caucana. Imprenta del autor. 1873.

Serrano Nepomuceno

Paulina ó los dos plebeyos, publicada en *El Pestalozziano* del Socorro.

Samper José María

MARTÍN FLÓREZ. Novela, por José María Samper. Imprenta de Gaitán. 1866.